VIAJE
AL
CORAZÓN
DE LA
TIERRA

Autor: Quintín García Muñoz
Portada: Alejandro García Gil

Registro de la Prop. Int : Z-192-13
Impreso en Eimpresión
Depósito Legal: Z-911-2013

Capítulo 1

Julio Ríos era profesor de Geografía en un instituto de educación secundaria de Zaragoza. Sin embargo, su verdadera afición era la lectura de libros misteriosos. Su padre le había introducido en el mundo de Jules Gabriel Verne, y también le había bautizado con el nombre del inmortal escritor francés.

Las matemáticas siempre le habían encantado, pero como tantos y tantos universitarios se había quedado atascado en el primer año de carrera. Parecía ser que su cerebro no soportaba tanta intensidad, y se inclinó por la educación. Nunca le había desagradado la enseñanza, es más, parecía estar hecho para ella. Su espíritu juvenil se encontraba en un hábitat natural y siempre explicaba más de lo necesario. A la menor sugerencia de sus alumnos viajaba por mundos desconocidos. En más de una ocasión los estudiantes, cuando no tenían muchas ganas de atender a explicaciones técnicas, lanzaban la piedra al estanque de sus mundos interiores, y no tardaba en generar ondas concéntricas de curiosas anécdotas.

-La ciencia ficción tuvo su momento en los años cincuenta y sesenta, les comentaba. Casi todas las películas que veis en la actualidad están basadas en la literatura y en los cómics que surgieron durante aquellos años-les decía en numerosas ocasiones.

-Pero lo más emocionante ocurre ahora, cuando jugamos al Starcraft en 3D-le respondían algunos.

-Ya-les contestaba Julio-albergando dentro de sí mismo las dudas que le sugerían los nuevos métodos de diversión de la juventud. Era cierto que eran extraordinariamente interesantes, que parecían reactivar la capacidad mental e imaginativa, pero los libros concedían la libertad de crear imágenes que nadie había concretado hasta el más mínimo detalle. La lectura proporcionaba una armoniosa paz entre el lector y lo leído, especialmente en los primeros minutos, antes de avanzar a través de las peripecias de los protagonistas.

Tampoco había que menospreciar la actividad cerebral reflejada en las pantallas de los ordenadores. No se activaba la misma zona cuando se leía un libro que cuando se veía una película. El hecho de leer estimulaba las zonas creativas del

cerebro, mientras que jugar a un videojuego se semejaba más al trabajo realizado por el órgano cerebral cuando recibía una imagen, por ejemplo: observar una calle.

Fuera lo que fuese, cada uno de los humanos había nacido en una época determinada. Tal era su limitación y, a la vez, su oportunidad.

Capítulo 2

La vida, monótona para otros pero nunca para Julio, fue transcurriendo. Se enamoró de Lucía. Coincidió con ella en un curso de verano que el gobierno regional aragonés había promocionado en la hermosa ciudad de Albarracín. Ambos eran profesores, y muy pronto sus miradas se atrajeron. Los dos tenían los ojos risueños, esa extraña alegría que brota del alma y que durante la mayoría de las horas permanece enterrada bajo la inconsciencia de las actividades naturales del mundo físico.

Tuvieron un hijo: Santiago. Cursó dos carreras: Ingeniería mecánica y Geología.

El joven sonreía cuando escuchaba las fantasías de su padre.

-Hace años, creo que fue en un libro de la colección "*Realidad Fantástica*", de los años setenta, apareció una fotografía que el satélite ESSA-7 había tomado del Polo Norte. Según decían, la NASA había intentado prohibir y evitar su publicación. En ella se podía observar un círculo negro, como un inmenso agujero.

-Ya-sonreía Santiago. Otra fábula, como la de que Elvis todavía está vivo. Si tal cosa fuese verdad, hoy en día, que casi cada país tiene su propio satélite, habría dejado de ser un secreto. Lo estudiaríamos en los libros de texto.

-Hay algo que me da qué pensar-razonaba el padre.

-¡Ah! ¿Pero piensas?-se burlaba con cariño su hijo.

-Pues sí. De vez en cuando pienso.

-¿Y qué piensas papá?

-Pues que tal vez, Jules Verne escribió su *Viaje al centro de la Tierra* porque había accedido a algún manuscrito antiguo.

-Vamos, papá. Ya sabemos que Jules Verne tenía una extraordinaria capacidad imaginativa. Era un genio.

-Sí, pero… ¿y si la Tierra estuviese un poco más hueca de lo que la ciencia admite?

-¡Por Dios, papá! Está demostrada la densidad de la Tierra por la transmisión y recepción de diversas ondas. Para que los sismógrafos perciban los temblores de tierra de la forma en que lo hacen, se considera el modelo actual como el más óptimo. Todo el mundo sabe que hay un núcleo interno, un núcleo externo, manto interior, manto exterior, corteza continental y corteza oceánica.

-Pero, que nosotros sepamos, ningún científico ha ido al centro de la Tierra y ha expuesto sus experiencias.

-Es cierto. Sin embargo, todo apunta a que para que la Tierra tenga un campo magnético como el que posee, para que los movimientos sísmicos ocurran de la forma en que lo hacen, existen hipótesis que se corroboran con la realidad.

-Está claro que es aconsejable hacer caso a los científicos. A ellos les debemos nuestra salud, nuestra vida y nuestro bienestar actual, aunque

también es cierto que en ciencia todo lo comprobado es verdad hasta que nace alguien más sabio o con mejores posibilidades técnicas y revoluciona las ideas de la comunidad científica.

-Tu argumento es válido, sin embargo, hay cosas que podemos dar por ciertas.

-Ya. Que el núcleo de la Tierra tiene el tamaño que se cree y que es de la materia que se supone.

-En tal caso, lo que sí que sabemos, con toda seguridad, es que el núcleo de la Tierra no es de mantequilla-respondió el hijo mientras reía a carcajada limpia.

-Qué gracioso-dijo sonriendo Julio.

-¿Te ha gustado?

-Eres muy chistoso.

-¡Vamos! -gritó desde la cocina Lucía-. Es hora de poner la mesa.

-Te diré algo-continuó el padre- Antes de que naciesen los científicos actuales ya existía la sabiduría y la ciencia.

-Demuéstralo, listo.

-La demostración es muy sencilla. La tenemos delante de nosotros, pero no queremos verla.

-Seguro-respondió el hijo con sorna.

-Mira-abrió el padre la ventana y señaló a las escasas estrellas que se divisaban.

-No veo nada.

-¿No ves las estrellas?-preguntó el padre.

-Sí, claro.

-Pues para mí, no hay mayor demostración que la misma existencia del universo.

-A mí no me dicen nada.

-Normal, siempre estás delante de la pantalla del ordenador.

-Tampoco entiendo qué quieres decir.

-El físico-matemático más insigne que pueda existir en nuestra raza humana, es simplemente un estudioso de las leyes universales. Dicho de otra forma, el universo ya existía cuando la Tierra no se había formado. Ya existían las leyes que rigen el cosmos. La materia ya obedecía a las leyes que nuestros genios han descubierto.

-Tienes parte de razón, papá, pero los científicos y matemáticos han estudiado numerosos modelos de comportamiento de las ondas a través de la Tierra, han contemplado y desarrollado infinidad de integrales, derivadas… han tenido en cuenta multitud de variables, de compuestos materiales… y parece que han llegado a la conclusión de que la constitución de la Tierra es la que es.

-Si no me equivoco, el profesor Otto Lidenbrock, el protagonista de la novela, solamente llega hasta un punto, que muy bien podría haber sido el final de la corteza terrestre, aunque el título fuese más rimbombante.

-Es verdad. Después de la travesía-continuó Santiago- por el inmenso mar interior, la cueva, que debería continuar hacia el centro de la Tierra, está obturada y posteriormente salen disparados por el cráter de un volcán.

-Creo que los científicos-continuó el padre- de momento no podrán negar categóricamente que en la corteza terrestre, que en ocasiones llega casi a cien kilómetros, puedan existir muchas más cavernas de aire de lo que se supone, incluso podrían, en sus vastos espacios, albergar ciudades subterráneas de alguna civilización desconocida.

-Quizás algún día podamos viajar al centro de la Tierra, de verdad-bromeó Santiago.

-Sería maravilloso-respondió el padre.

-¡Te imaginas los titulares del periódico!-exclamó Santiago- *"Candidato español, descartado para el viaje a Marte, llega al centro de la Tierra"*

-No sé si sería posible que alguien que llegase al centro de nuestro planeta pudiese volver para contarlo-dudó Julio.

-Tampoco importaría mucho, ¿no?-respondió Santiago con el atrevimiento que da la juventud.

-¡Hombre! Me gustaría volver a ver de nuevo el Sol y las estrellas, la verdad.

-¿Y si tuvieras que elegir?

-Los seres humanos perseguimos la libertad, el amor y la sabiduría. Si pudiesen cumplirse los tres objetivos en una expedición tan fantástica, sería un milagro. Pienso que no sería capaz de afrontar una aventura tan arriesgada que fuese imposible de todo punto el regreso. Otra cosa es que fuese soltero y sin familia, entonces, probablemente, aceptaría el costoso precio de la adquisición de sabiduría.

Capítulo 3

Los amigos de Santiago habían decidido marcharse a Alaska. En el viaje habían invertido todos sus ahorros de tres años y todas las ilusiones por ver un mundo salvaje y agreste.

Y aunque al ingeniero y geólogo le apetecía sobremanera hacer tan emocionante incursión en la naturaleza, se decidió por disfrutar de quince días de vacaciones con sus padres en las islas Bermudas.

Lucía, Julio y Santiago visitaron, en primer lugar, New York, y, después de tres largos días de caminatas sin descanso, tomaron un avión hacia las Bermudas.

Los dos primeros días los pasaron tumbados en una hamaca en Warwick Long Bay Beach. Cada uno tenía en sus manos la novela más gruesa que habían podido llevarse. Nada había para ellos como disfrutar de la lectura con el rumor del mar de fondo y bajo una buena sombrilla.

Lucía leía a Rosamunde Pilcher, más concretamente, ***Septiembre.*** Se había llevado tres novelas más de la misma autora.

Julio sostenía entre sus dedos ***La caída de los gigantes*** de Ken Follet, pero al lado de la

hamaca, por si se lo leía en un día-se dijo temeroso de quedarse sin nada que leer: *El invierno del mundo*. De vez en cuando miraba a su mujer, y sonreía al observar que tenía una novela rosa y en las islas Bermudas… ingleses…

Santiago no solía leer mucho. Apenas tenía tiempo. Se compró, en New York, *Core* de Paul Preuss. Aunque había visto la película *El núcleo*, le interesaba la novela sobre la que se había basado el film que tanto le había gustado.

Capítulo 4

-Ten cuidado-le dijeron sus padres a Santiago cuando salió a las siete de la mañana del cuarto día de vacaciones para hacer una bella excursión y bucear.

-Tranquilos, que ya no soy un niño-contestó con resignación y sonriendo.

Lucía y Julio estaban felices de ver que por fin su hijo haría algo que le gustaba de verdad: bucear.

-No te preocupes, que se cuidará-afirmó el padre.

-No sé. Lo veo tan niño, todavía.

-Sí, ¿verdad?-añadió el padre con fina ironía.

-Soso-contestó Lucía, sonriendo.

-Esto sí que es vida. Desayuno, cargar las hamacas, la sombrilla y los libros, y a contemplar el océano.

-Sin demasiados turistas en la playa.

-Es una verdadera suerte.

-Creo que Santiago va a conocer a alguna chica en estas islas-dijo premonitoriamente la madre.

-Pues vaya un problema.

-El amor no es siempre una cárcel, es también una gran bendición.

-No, si lo digo porque si tiene que venir todos fines de semana desde España hasta las Bermudas, no le llegará con el sueldo de novecientos euros.

-Gracioso.

-Bueno… como domina el inglés, seguro que podrá trabajar aquí, aunque sea de recogepelotas de golf.

-¿No tienes cosas más importantes que decir?

-Conocí a un compañero de colegio. Era cuando los americanos estaban en la base de Zaragoza. Se llamaba Gimeno, y era famoso entre nosotros porque le gustaba el culturismo. Algo inusual en los años sesenta. Además, era muy buena persona, y recuerdo que a veces nos traía alguna pelota de golf. Se hacía extraño. Todos los niños éramos hijos de labriegos. En España todavía existían los carros, los remolques, los burros y las mulas.

-No hace falta que me cuentes tu vida, que yo también he ido en carreta. Coge las hamacas y vamos, que se va el sol de la playa.

-A la orden, jefa.

-No me gusta que me digas jefa.

-Vale… tranquila.

-No me digas que me tranquilice, no estoy nerviosa.

-Bueno, pues… cojo las hamacas…

-Siempre igual. Dándome el día.

-Disculpa…

-Ya no hay remedio. Ya has medito la pata.

-Pero…si… mejor, me callo.

Capítulo 5

El barco estaba lleno de buceadores jóvenes. Santiago ya no era un novato en el buceo. Tenía dos estrellas, y había pasado la difícil época de aprendizaje en la que a veces los nervios hacen que el buceador gaste antes de tiempo la reserva de aire. Siempre se le quedaría grabada la imagen de su primera gran inmersión. Nada menos que a veinte metros. Los nervios pudieron con él, y tuvo que ser ayudado por el monitor, que también le cedió parte del aire de su botella.

Casi todos los buceadores tenían pareja o algún amigo. Él había ido sólo, pero en absoluto sentía la soledad. Se conformaba con ver reír a los buceadores.

Había un grupo de chicos y chicas que eran especialmente bulliciosos. Entre ellos estaba Elisabeth.

En la primera inmersión, Santiago fue acompañado por uno de los monitores que a la vez observaba y vigilaba a los aficionados.

Santiago almorzó en compañía de tres monitores. Simplemente, les caía bien.

Elisabeth tenía el cabello dorado, caía sobre sus esbeltos hombros en forma de suaves tirabuzones al estilo "Alberto Durero". Llevaba varios años buscando algo, y todavía no lo había encontrado. Al final, casi era más difícil encontrar un ser humano con un bello corazón que descubrir las piedras preciosas más valiosas bajo la tierra.

Observó durante horas a Santiago. Y justo antes de la última inmersión se acercó a él.

-Hola.

-Hola-saludó con una enorme sonrisa Santiago.

-Eres español.

-¿Cómo lo has sabido?-le dijo con cierto tono de broma Santiago.

-Soy muy lista.

-Seguro. En mi acento, apenas se nota-sonrió el joven.

-Me llamo Elisabeth.

-Santiago. Encantado-dio la mano a la mujer.

-La última excursión es una cueva. Si no tienes compañero, me gustaría ir contigo. Mi amiga se ha cansado y dice que no quiere bajar.

Santiago la miró. La había visto durante todo el día. Era demasiado bella para él, se había dicho a sí mismo.

-Sería estupendo-le dijo mirándola a los ojos.

-Te he visto bucear y lo haces bien.

-Gracias.

-Me estás quitando un brillante alumno-bromeó el monitor.

-Te lo devolveré sano y salvo-respondió Elisabeth.

-Eso espero.

-¿Vamos? –sugirió la joven inglesa.

Santiago no se lo podía creer. Si existía el cielo debía ser, sin duda alguna, menos atractivo que Elisabeth. El corazón del ingeniero y geólogo iba a doscientas pulsaciones por minuto. Sinceramente, no se fijó mucho en las cristalinas aguas. Él siguió a Elisabeth y soñó. El agua de color azul índigo era armonía pura. Nunca le habían parecido las "profundidades" tan maravillosas. Se había enamorado en apenas unos segundos. Ella le sonreía.

-No puede ser tan sencillo-se decía una y otra vez a sí mismo.-Que sea lo que Dios quiera. Aunque dure una sola tarde, no importa. Que brille el amor.

Ambos emergieron al mismo tiempo en la gruta. Todavía les quedaba una hora de estancia para admirar las estalactitas y estalagmitas.

-¿Te gusta?

-Nunca he visto algo tan hermoso-afirmó Santiago.

-Sigamos-indicó Elisabeth, sonriendo.

La inglesa caminaba como si hubiese recorrido aquellos lugares cientos de veces.

-Unos metros más adelante, a la izquierda hay que tener cuidado con la cabeza. La mayoría de las personas se dan un golpe con una estalactita. Es necesario avisar al que viene por primera vez.

Santiago resbaló y Elisabeth tendió la mano para ayudarle a mantener el equilibrio.

-Cuidado-le dijo.

-Gracias-respondió el geólogo.

-Aquí hay innumerables cuevas, tantas que ni siquiera los monitores conocen su existencia-

señaló hacia un lugar opuesto a un grupo de jóvenes.

-¿Por allí lejos?

-Sí. Ahí, a unos cincuenta metros hay una pequeña abertura. Hasta ahora a casi nadie se le ha ocurrido introducirse por ella, pues apenas si cabe una persona que sea delgada.

-¿Tú lo has hecho?

-Sí.

-¿Y tus amigos?

-De ellos, ninguno.

-¿Y yo, podría entrar?

-Creo que sí. Eres también muy delgado.

-Soy un poco miedoso-confesó Santiago.

-¿Confiarías en mí?

-Sí- afirmó el joven. Por aquella mujer se tiraría a un pozo sin fondo si ella le aseguraba que había una red para recogerle.

-Tenemos media hora-recordó la joven.

-De acuerdo.

Elisabeth dio la mano a Santiago. Esperaron a que los buceadores más próximos estuviesen alejados, y la inglesa se introdujo en la oscuridad.

-Vamos.

Había una ranura en una enorme roca. Santiago dudó.

-No te preocupes, confía en mí.

Por un segundo, el español pensó que aquello no podía acabar bien. Apenas conocía a aquella mujer. Quizás era una paranoica esquizofrénica que cazaba a insensatos como él. Tal vez no era buena idea hacer caso a una mujer con tan extraordinaria belleza. Cuando a alguien se lo ponían tan fácil, es que había gato encerrado. Titubeó durante unas décimas de segundo. Pero… ¿se podía dudar de la belleza del universo? Era verdad que algunas serpientes y animales venenosos suelen ser los más vistosos de la selva. ¿Era Elisabeth una serpiente venenosa que le atraía hacia algo desconocido y terrible?

-Voy-respondió Santiago, quien por primera vez en la vida dejaba su destino en manos de quien creía que era algo maravilloso y extraordinario.

Durante unos segundos sintió la opresión de la piedra sobre su espalda y sobre su pecho. Su

cabeza apenas si cabía. Había tenido que introducirse haciendo varias contorsiones.

-Tranquilo, Santiago-tocó Elisabeth con su mano el hombro del joven-.Ya estamos.

Y así fue. La angosta grieta había desembocado en un pasadizo mucho más ancho. Ya no le oprimía nada. Era una oscuridad silenciosa, impresionante y sobrecogedora. Él era ingeniero y geólogo, pero nunca había hecho espeleología.

-Ahora te mostraré un secreto que casi nadie sabe, pero antes me tienes que prometer que no lo revelarás jamás, ni siquiera a tus seres queridos, y menos utilizarás para tu propio beneficio o abusarás de tan extraordinario regalo de la madre naturaleza.

-Te doy mi palabra, Elisabeth.

La mujer inglesa encendió una bengala y la lanzó unos metros más allá.

Si en aquel instante brillaron, cientos, miles de cristales multicolores, quizás fueron pocos.

Santiago no había visto nunca algo tan asombroso. Era como si multitud de estrellas brillasen resplandecientemente y, a la vez,

cercanamente. Parecían estar al alcance de su mano.

-¡Dios mío!-exclamó.

-¿Dios existe, verdad?-le preguntó la joven

-Creo que sí.

-Es hora de marcharse-sugirió Elisabeth.

La salida fue sencilla. Santiago caminó en silencio. No soltó la mano de Elisabeth hasta que llegaron al agua. No quería perder aquel regalo tan excepcional. Se preguntó si él también representaría para ella lo mismo que ella para él. La luz se abría paso de nuevo sobre el agua.

Cuando emergieron a la superficie, Elisabeth observó a Santiago. Era muy probable que hubiese encontrado lo que hacía tanto tiempo que estaba buscando. Había superado un tercio de las pruebas. Por su parte, esperaba pacientemente. Ya eran varios los jóvenes que habían llegado hasta ella, pero al final, todos habían caído en una u otra dificultad. En ningún caso había sido esquiva o reservada. Siempre les había regalado su bello y dulce amor. Otra cosa era que la respuesta hubiese sido de la misma calidad que ella había entregado.

Durante el regreso en el barco, el atardecer se teñía de color dorado. Elisabeth miraba al Sol.

Su mano derecha estaba puesta en el hombro de Santiago. El joven no quería pensar en nada. Desde el momento en el que había confiado en ella, dejó de temer lo que podría acaecer en el futuro. El amor era un río de fuego que brotaba de su corazón y de su frente, y entregó su suerte a Dios. Fuese lo que fuese tan extraña palabra para él.

-La cueva de diamantes que me has mostrado es lo más maravilloso que he visto- comentó Santiago en voz baja.

-El diamante, la esmeralda, el topacio, el rubí, el zafiro, la malaquita, el berilo, la celestina, la calcita, el cuarzo, la selenita, la kunzita... son la expresión mineral del reino de los dioses- respondió Elisabeth.

Santiago miró sorprendido a la mujer.

-Ya sé que como ingeniero y geólogo que eres no crees en estas fantasías que parecen propias de "**Alicia en el País de las Maravillas**"

-Por supuesto que no creo en tales supersticiones. Mi mundo está formado por el rigor de los estudios científicos y la representación de la realidad mediante modelos de interpretación de la misma.

-Ya. Y sin embargo, la cueva de piedras preciosas ha hecho aflorar en ti algo dormido en el fondo de tu corazón.

-Normal. La belleza siempre nos sorprende.

-Te voy a demostrar que, tal vez, y sólo tal vez, los científicos no llegáis todavía a interpretar la cierta parte de la realidad.

-No creo en algunas demostraciones. A veces la lógica puede ser aplastante, pero si no está basada en premisas correctas, entonces, todo el razonamiento no es nada más que un armazón que lleva a la falsedad.

-Tienes razón. Simplemente te voy a exponer lo que puede ser y realmente es imposible de demostrar.

-Bien.

-Vamos a imaginar que un niño, desde pequeño comienza a estudiar música.

-Creo que tu argumento empieza como un cuento-sonrió Santiago.

-Estarás de acuerdo conmigo en que a lo largo de los años el cerebro y la mente de un niño que ha estudiado música y aprendido a tocar algún instrumento, por ejemplo el piano, no será el

mismo que el de un pobre chiquillo que ha vivido toda su vida en los suburbios de una ciudad, no ha ido a la escuela y únicamente ha malvivido entre el barro y la suciedad, sin posibilidad de salir de una cárcel tan terrible.

-Supongo.

-Dicen que la mente también realiza distintas ramificaciones cerebrales, gracias a la costumbre, dependiendo del tipo de estímulos a los que es sometida.

-Parece lógico.

-Imagina que se demuestra dentro de poco, pues estamos a pocos pasos de descubrir y describir ciertos funcionamientos del cerebro, que gracias a la música, la electricidad, en forma de sensaciones agradables, reactiva ciertas neuronas y las hace resplandecer ininterrumpidamente.

-Entiendo.

-Y ahora imagina que tú eres una minúscula partícula que vive cerca de las neuronas situadas en la zona cerebral afectada por los inacabables sonidos que llegan desde el piano hasta el cerebro del mencionado estudiante.

-Sin duda, es de suponer que ejercerá un efecto, en principio, beneficioso.

-Y si tales neuronas y centros receptores transmutasen algunas micropartículas en algún tipo de materia más sutil, más bella, más liviana, más resplandeciente, gracias a los impactos acústicos e imaginativos del estudiante de música, ¿no podríamos decir que esos minúsculos átomos, que ni siquiera los vemos con el microscopio, serían algo así como materia modificada y transmutada?

-Creo que podría ser.

-Entonces… si ahora trasladamos algo que ocurre en el microcosmos, un cerebro, al macrocosmos, un planeta como puede ser el nuestro… ¿No podría pensarse que la materia que ha sufrido cierto tipo de transformaciones debido al calor y la energía suministrada, además de un elemento X que no conocemos todavía se convierte en piedras preciosas?

-Bueno. Lo que dices no es ningún misterio. Es el abecé de la ciencia.

-Ya. Pero lo que la ciencia estudia es la composición de los materiales, los compuestos químicos, las moléculas, los átomos. Dicho de otra forma. La ciencia estudia lo que ya ha sido creado, por denominarlo de alguna forma.

-Sí.

-Pronto el ser humano comenzará a crear materiales nuevos gracias a la nanotecnología.

-Así es.

-Pero la evolución ha seguido algún proceso por el que ha transmutado de materia grosera en materia más sutil.

-Claro. Gracias a los procesos derivados de la presión, el calor y también la forma de sedimentación.

-Sin embargo, la causa última no está determinada.

-No te entiendo.

-La causa por la que un cristal es verde y sólo verde, por ejemplo. O la causa original por la que el oro es oro… sinceramente ¿crees que está resuelta?

-Sabemos por qué el oro es oro. Por su composición atómica.

-Pero, creo que es posible afirmar sin desvariar mucho que todavía no sabemos por qué causa definitiva surgen vetas de oro, o cuevas de cristales en un lugar y no en otro.

-La causa es la concatenación de ciertos parámetros, que cuando se cumplen, acontece el nacimiento de una veta.

-Creo que si eres sincero contigo mismo y con todo lo que has estudiado, quizás debas admitir que el origen último de la causa de los elementos no está todavía demostrada.

-En lo que respecta a la Geología siempre trabajamos con hipótesis que deben llegar a ser demostradas. Y es cierto que la Geología es como el estudio de las consecuencias. Investigamos la corteza terrestre, que es el resultado de los movimientos más profundos del magma que aflora a la superficie y es erosionado por los diversos elementos atmosféricos…

-Ya.

-Pero lo que no entiendo es qué tiene que ver el niño que estudiaba música con la existencia de los cristales.

-Quizás has escuchado alguna vez que el origen del mundo está en el canto de los dioses.

-Algo me suena.

-¿Y si lo que determinase la creación de los distintos cristales fuese en última instancia el canto de los creadores?

-Vamos, Elisabeth.

-Ya veo que no te voy a convencer.

-No.

-Sin embargo, la luz y el sonido están producidas por ondas, y posteriormente estas ondas afectan a la materia.

-Dicho de una forma burda: sí.

-Bien. Luego no parecería imposible que algún tipo de energía procedente del cosmos se pudiese reflejar en la materia maleable y determinar la estructura de la misma. Dicho de otra forma. Tal vez, energías incomprendidas por el ser humano se sumergen en el océano de la materia terrenal y generan la multitud de formas del reino mineral.

-Creo que me estás liando-dijo sonriendo Santiago.

Elisabeth tomó la mano de Santiago. El barco estaba llegando al puerto.

-¿Recuerdas la visión de la inmensa geoda?

-Creo que sí.

-¿No te ha llamado algo especialmente la atención?

-Ha sido como una visión imposible.

-Pero… ¿no te han sorprendido ciertos colores?

Santiago se quedó pensativo.

-La multitud, la diversidad de colores…

-¿Sí?-preguntó con gran interés la mujer

-Eran… en conjunto…

Elisabeth escrutaba misteriosamente a Santiago.

-Eran como difuminadas franjas interrumpidas de colores.

Elisabeth le estrechó la mano fuertemente.

-¿Es eso lo que esperabas que dijese?

-Sí.

-¿Por qué?

-¿Es normal que tan extraordinaria gama de cristales esté reunida en un mismo lugar?

-En absoluto.

-¿Y cómo puede ser, señor geólogo?

-La formación de los cristales responde a un mismo patrón circunstancial. Por lo tanto es difícil que en un mismo lugar se den todas las

circunstancias, coincidan todos los parámetros para que, dicho de una forma vulgar, una veta de oro, una de plata, las esmeraldas y los diamantes coincidan en un mismo espacio. Es algo prácticamente imposible, pues las diferentes génesis responden a distintas causas que no pueden coincidir a la vez en una misma ubicación.

-Ya.

-Entonces… ¿tu teoría es que algo así únicamente ha sido originado por el canto de los creadores?-preguntó Santiago.

Elisabeth sonrió. El barco estaba llegando a puerto.

-Quizás-respondió con mirada y sonrisa enigmática.

Los pasajeros se estaban levantando de sus asientos y enfilaban para descender.

-Te he confiado el secreto de la cueva. Por favor, no lo reveles a nadie.

-Te doy mi palabra.

-¿Hacemos la misma excursión dentro de dos días?-le sugirió Elisabeth.

-Sería maravilloso.

Elisabeth besó la mejilla de Santiago y se fue con sus amigos. Estaban esperando en el muelle junto a las escalerillas.

Capítulo 6

En el autobús desde Hamilton a Warwick, Santiago se sentía flotar. Si le hubiesen dicho que era una nube blanca, vaporosa, enorme cual gigantesco cúmulo reflectante por los últimos rayos de una puesta de sol, no lo habría negado. Si le hubiesen asegurado que era una inmensa catarata de agua que se deja caer, y respirando el aire que atrapa, se sumerge bajo las cristalinas aguas de un lago para emerger posteriormente como un ángel que zigzaguea entre las penumbras de un gigantesco bosque de álamos plateados a la luz de la luna, habría asentido. Si le hubiesen intentado convencer de que era un rayo de luz que partiendo del Sol recorría todo el Sistema Solar y se transformaba en una banda de colores cual si se tratase de un infinito arco iris, no habría opuesto ni la más mínima resistencia. Si le hubiesen confirmado que era etéreo como el aire que todo

lo penetra y se introducía por cada una de los minúsculos poros de su bella amada… habría respondido que aquello empezaba a explicar el extraordinario estado de arrobamiento en el que se había visto sumergido.

El autobús se detuvo. Sonriendo, como un tonto enamorado, caminó hasta Warwick Long Bay donde todavía estaban sus padres despidiendo a los últimos tonos dorados y azules del atardecer.

-Hola-Saludó Santiago.

-Hombre-el buceador-dijo el padre.

-Ya era hora, don ingeniero,-le saludó Lucía.

-Cualquier día el conductor de la máquina que limpia la playa se os llevará. Pensará que sois material de reciclaje.

-¿Qué tal ha ido?-preguntó Lucía, sabiendo que algo pasaba.

-Genial.

-¿Ha merecido la pena la excursión? –preguntó Julio.

-Mejor de lo que me imaginaba.

-Has visto las cuevas.

-Sí. Maravillosas.

-¿Y?-preguntó Lucía.

-Vale, mamá. Ya sé lo que quieres decir.

-¿Has hecho amigos?-preguntó la madre.

-No disimules, mamá. Ya sé que en lugar de amigos quieres saber si he conocido a alguna chica.

-¿Yo?-fingió con cariño Lucía.

-Deja al chico. Está muy bien como está.

-De eso nada. Sabes que una mujer en la vida siempre es un tesoro.

-Sí. Por eso hay cerca de un cincuenta por ciento de divorcios y separaciones-respondió el padre.

-Todas mujeres no son iguales.

-¡No!-respondió con fina ironía el padre.

-Hay matrimonios que duran toda la vida.

-¡Sí!-respondió con guasa Julio.

-Menos mal que todos los hombres no son como tú.

-Ya, ya-añadió sonriendo el padre.

-Eres un antiguo.

-Sí. Lo que te digo.

-Pues sí. Ahora los jóvenes tienen más libertad.

-Si te digo que sí, mujer.

-No, no me dices que sí. Me estás diciendo que no.

-¿Yo?

-Sí, tú.

-Yo he dicho que sí.

-No. Tu has dicho que no.

-Disculpa. Una s y una i más un acento ortográfico o tilde para diferenciarlo del condicional es sí.

-Ya. Pero has dicho que sí queriendo decir no.

-No. Yo he dicho sí con retintín, simplemente.

-Pues eso.

-No. Yo no he dicho que no. Lo que he intentado expresar es un sí dubitativo, o sea, dudoso.

-Ya no sé lo que me digo-dijo la madre.

-¿Ves? Lo que yo te decía.

-Bueno. Que las mujeres de hoy son más libres y no tienen por qué acatar las órdenes de sus maridos. Y punto-terminó Lucía.

-Pues lo que yo decía, que sí.

-¿Puedo hablar?-preguntó Santiago con chispa.

Lucía miró a Santiago. Ya sabía lo que le iba a decir.

-La excursión ha sido extraordinaria, pero tal vez, lo mejor es que he conocido a una chica.

-¡Bien!-gritó la madre.

-Seguro que es inglesa.

-Sí.

-Lo que te decía esta mañana- dijo sonriendo Julio a Lucía.

-¿Es guapa?-preguntó con curiosidad la madre.

-Sí. Pero ya vale. Que apenas la conozco de un día.

Capítulo 7

Durante toda su vida, Santiago había sido un hombre equilibrado. Es cierto que había pasado malos momentos como todo el mundo. Nadie hay en el mundo que se libre de vivirlos. Si los seres humanos más sabios que han existido, como pudieron ser Buda y Cristo, sufrieron penurias, aunque en muchas ocasiones fueran voluntariamente, ¿qué podríamos decir de los demás mortales como Santiago? En verdad muy poco. El mal existe porque estamos vivos. Tener un sistema nervioso es sinónimo de conciencia, de sabiduría y de conocimiento tanto del placer como del dolor. Es algo intrínseco a la constitución humana. Acrecentar la conciencia es sinónimo de experimentar el frío y el calor, o dicho de otra forma, percibir una cierta gama de vibraciones que por un extremo queman y por el otro congelan. En el intervalo entre los dos extremos está la sabiduría. Por lo tanto, experimentar y aprender lleva implícito el contacto con toda la gama de vibraciones que estén dentro de las capacidades de un ser humano.

Pero a partir del momento en el que Santiago estableció contacto con Elisabeth, todo cambió en su interior. Estaba más contento, alegre y dicharachero de lo que nunca habían visto sus padres.

Lucía y Julio se miraban.

-Parece que Cupido ha hecho su trabajo-le dijo el padre a la madre.

-Ya lo creo. Está irreconocible.

-¿Qué decís?-les preguntó Santiago.

-No. Que este lugar es extraordinario.

-Este es un mundo de ángeles-añadió Santiago mientras se iba al salón.

-¡Madre, cómo está!-exclamó Lucía.

-Esperemos que la chica valga la pena.

-Seguro. Santiago no es tonto.

-Sería estupendo.

-¿Pero no te quejabas de las mujeres?

-Bueno. Es normal quejarse de todo, ¿no?

-Anda, bate los huevos, que las patatas ya están casi.

Los tres salieron al porche y disfrutaron de una extraordinaria tortilla de patata. Estaban lejos de España, lo que no era obstáculo para disfrutar uno de sus platos favoritos.

-Todavía recuerdo la tortilla de patata para la que utilicé una docena de huevos-comentó Julio mientras cenaban.

-Estuviste casi un año sin volver a intentarlo.

-Lo más importante para hacer una perfecta tortilla de patata es tener una buena sartén que no tenga ni el más mínimo arañazo, y que no se quede pegado en el centro.

-Dijiste algo también de la calabaza… intentaba recordar Santiago.

-Tienes que aprender a hacerla para cuando vengas a casa con la inglesa-dijo Julio.

-El chico ya sabe cómo se hace.

-Primero, recuerda, se pelan las patatas.

-¡Qué gracioso!

-A ver, demuéstrame que sabes hacer una tortilla de patata-desafió Julio a su hijo.

-Primero, se pelan las patatas.

-¡Bien! –ya veo que eres todo un experto.

-Luego se cortan a rodajas finas y se echan a la sartén, con aceite, a ser posible de oliva.

-Sigue, hijo. Vas por buen camino.

-Mientras se fríen las patatas se pela y se corta a trocitos una cebolla, y si lo deseas una calabaza.

-Recuerda. A veces echar demasiada calabaza hace que no quede bien la tortilla.

-Sí, papá.

-Siempre dices lo mismo, Julio. Eres un pesado-dijo Lucía.

-¿El fuego?

-Al principio fuerte, y después más lento cuando ya está dentro la cebolla.

-¿Y después?

-Se baten entre seis y nueve huevos, dependiendo de la sartén, y cuando las patatas y la cebolla están doradas, se extraen, procurando que tengan poco aceite, y se vierten en el recipiente donde están los huevos.

-¿Sí?

-Se quita el aceite de la sartén, si hay mucho, se deja lo justo para que no se pegue la tortilla, y se vierten las patatas y la cebolla diluidas en los huevos batidos. A fuego lento se va dorando y compactando. Al cabo de un rato, se pone un plato sobre la sartén, se le da la vuelta a la tortilla, se deja sobre el plato y de nuevo se vierte en la sartén para terminar y tostar la otra cara.

-Genial-dijo sonriendo Julio.

-¿Ves como sé hacer una tortilla de patata?

-Todo muy bien-respondió el padre.

-Creo que os ha faltado algo, listos- añadió Lucía con fina ironía.

-Ya hemos dicho que también se puede poner un poco de calabaza-respondió Julio.

-¿Y la sal?

-¡Dios, qué fallo!-exclamó Santiago.

-Yo ya me había dado cuenta-bromeó Julio-, lo que ocurre es que no lo había dicho para ver si estabais atentos.

-Papá, pediré un taxi a Hamilton esta noche.

-¿Verás a la inglesa?

-No sé. No hemos quedado, pero tal vez tenga suerte y esté por allí.

-Sobre todo…

-Sí, mamá. No beberé alcohol.

Lucía y Julio estaban felices. Por fin su hijo parecía haber encontrado el amor.

Capítulo 8

Santiago no sabía lo que le iba a deparar aquella noche. Era muy probable que ni siquiera viese a Elisabeth, pero no podía quedarse quieto en el apartamento. Necesitaba volver a verla, comprobar que era verdad lo que aquella tarde le había revelado la excursión.

La gente paseaba tranquilamente por la zona del puerto. Turistas de todas clases. Un descomunal crucero parecía que había aportado una enorme cantidad de visitantes. Perdido entre la multitud, intentó disfrutar del bullicio de la muchedumbre. Muchas parejas jóvenes con niños pequeños disfrutaban de aquellos días de verano. Sin duda alguna, todavía había dinero en aquella

parte del mundo. El lujo se palpaba. Ingleses y americanos, se decía a sí mismo, altos, rubios, adinerados, despreocupados, en bermudas, nunca mejor dicho, y con las manos en los bolsillos.

Todos ellos parecían felices. Él también lo era, o lo había sido hasta aquella misma noche. Ahora que se había enamorado, penaba por la ausencia de su amada. ¿De su amada?-se dijo-creo que estoy enfermo.

Sí. Estaba enfermo de amor. Sólo unas horas de separación, y ya necesitaba imperiosamente ver a Elisabeth de nuevo. Pero…le asaltaban las dudas. ¿Y si ella no quiere volver a verme? ¿Y si tal vez tiene novio? ¿O si tiene ya esposo? En ningún momento le había dicho que no lo tenía. Pero… le había dado la mano. Había visto la luz en sus ojos. La sensación que le había envuelto estando junto a ella no era ningún espejismo. Las oleadas de cálida luminosidad que había sentido en su alma no podían ser reflejo de algo falso…

Pero… ¿y si ella era rica o hija de algún político de renombre? Él no era nada más que un mileurista (y gracias) empleado español, de la miserable y paupérrima España que había gastado todos sus ahorros de un año en llegar a aquella isla.

Él era un ser humano suficientemente culto y educado. No tenía sangre azul (financiera) en las venas, pero su corazón y su alma volaban como el de cualquier lord inglés. Seguro que ella no era rica, ni pertenecía a ninguna familia que tuviese varios apartamentos en Trafalgar Square. ¿Y si trabajaba de camarera? Santiago deambulaba en la oscuridad de las calles cuando una voz le llamó por su nombre.

-¿Santiago?

El joven se volvió. Un hombre alto, de casi dos metros de altura, pelo rubio, ojos azules de unos cincuenta y cuatro años, vestido con indumentaria marinera, una señora rubia y al lado ella: Elisabeth.

-¿Qué haces por aquí?-preguntó Elisabeth.

-Paseaba.

-¿Buscabas a alguien?-preguntó la joven.

-Sí-dijo tímidamente Santiago.

-¿A quién?

-A ti.

-Te presento a mis padres.

-Encantado-dijo el hombre alto dándole la mano.

-Elisabeth nos ha hablado de ti-dijo la madre besándole en ambas mejillas.

-Vamos a tomar algo. ¿Quieres venir?-le sugirió el padre.

Santiago miró a Elisabeth. Ella le dio la mano y le animó.

-Vamos.

Santiago no pensó nada, tampoco dudó. La situación era un poco extraña, pero había andado buscando a Elisabeth y ahora ella estaba allí. La luz de la vida llenaba de nuevo su corazón, y ella lo sabía.

Los cuatro se sentaron en una terraza. El camarero les conocía.

-¿Lo de siempre señor Scott?

-¿Qué deseas, Santiago?-preguntó al joven.

-Un batido de chocolate.

Elisabeth sonrió.

-¿No prefieres un whisky?

-No suelo beber alcohol. Además, tengo que regresar al apartamento.

-Para mí, lo mismo-indicó Elisabeth.

-¿Te gusta la isla?-preguntó la madre.

-Es maravillosa.

-Nos ha comentado Elisabeth que eres ingeniero mecánico y geólogo-añadió el padre de Elisabeth.

-Así es, aunque ahora estoy trabajando más como geólogo. Hago estudios sobre aguas subterráneas.

-Imagino que en España puede llegar a ser importante el estudio del agua subterránea.

-Este año ha llovido en España como no lo hacía desde 1947 aproximadamente, pero hay veces en que numerosos pueblos del interior no tienen agua ni siquiera para lo más elemental.

-En Reino Unido siempre está lloviendo. El agua, afortunadamente, es un bien muy abundante.

-Mis padres lo han visitado varias veces. Me comentaron que una vez que estuvieron allí, estaban muy preocupados porque llevaban un mes sin llover.

-Tal vez fue en la década de los ochenta. No suele ser muy habitual.

Hubo un silencio que aprovechó para preguntar la madre de Elisabeth.

-¿Por qué habéis venido a Bermudas?

-Tal vez no se lo creerá, si le digo la razón-contestó sonriendo Santiago.

-Imagino que no habrá sido por los campos de golf.

-Me da un poco de reparo comentarlo.

-¿Por qué habéis venido aquí, Santiago?-preguntó con una sonrisa cariñosa Elisabeth.

-Por lo del triángulo de las Bermudas.

Los tres sonrieron.

-Ya sabía que les haría gracia.

-No sois los únicos, Santiago.

-¿No?

-Por supuesto que no. Siempre hay algún aventurero que espera ser engullido por la niebla y sueña con pasar a otra dimensión-contestó amablemente la madre de Elisabeth.

-Entonces… me consuela una poco.

-Si te apetece, mañana saldremos unas horas a navegar-le ofreció Scott.

Santiago miró a Elisabeth. Sonreía.

-Sería maravilloso.

-Me llamo John.

-Me encantaría… no se atrevió a decir: John.

-Mi nombre es Rosamunde-le dijo la madre de Elisabeth.

-La escritora favorita de mi madre.

-Bueno, mi marido y yo no somos escritores, pero ambos tenemos nombres "ilustres escritores"-sonrió la esposa de Scott.

-Rosamunde Pilcher y Sir Walter Scott

-Veo que conoces algo de la literatura inglesa.

-No me pregunte, no sé muchos más.

-Seguro que te suena alguno.

-Tenía aproximadamente trece años-continuó Santiago-, estaba en segundo de bachiller. Me gustaba la literatura y quería lucirme delante del profesor. Y había un tal Shakespeare inglés.

-No te entiendo-indicó John Scott.

-Yo no sabía la pronunciación inglesa. Así es que me pasé casi una hora aprendiendo a pronunciar Shakespeare.

-Ya... lo pronunciabas como si fueran fonemas en español.

-Eso es. El profesor pidió voluntarios. Como me quería lucir delante de todos los alumnos, y estaba seguro que lo sabía muy bien, salí a la pizarra.

-¿Y qué pasó?-preguntó Elisabeth.

-Yo dije en voz alta: WI-LLI-AM SHA-KES-PEA-RE.

-Y toda la clase se echó a reír. Luego me enteré que en inglés se pronunciaba "SHESPIR"

-¿Tanto se rieron?

-Mucho, aunque no me importó, ni sentí demasiada vergüenza. Éramos todos muy amigos.

-Cuando aprendemos un idioma distinto al nuestro, es bueno no tener miedo de equivocarse en la pronunciación-añadió Rosamunde.

-Ustedes hablan muy bien.

-Nos defendemos-respondió con sencillez Rosamunde.

-A los españoles nos cuesta más aprender un idioma.

-Sí, es algo que hemos notado a menudo. Pero, lo que importa es el corazón, ¿no crees Santiago?

-Para mí es más importante la inteligencia.

-¿Qué sería de la inteligencia sin amor, Santiago?-preguntó Rosamunde mirando a Elisabeth.

-Creo que tiene razón. Inteligencia sin amor sería soledad.

-Así es. ¿De qué nos serviría ser los más inteligentes del mundo si no hubiese alguien a quien amar?

-El amor es como una piedra preciosa. Da brillo a la vida-continuó Santiago al recordar lo que sentía por Elisabeth.

-El amor es lo que el ser humano persigue desde que nace hasta que vuelve a nacer.

-Bueno... eso ya es más difícil de comprender para mí-reconoció Santiago.

-Mamá, se está haciendo tarde-indicó Elisabeth.

-Tienes razón. Nos tenemos que levantar a las cinco.

-Te acompaño hasta el taxi-sugirió Elisabeth.

-Gracias-se despidió Santiago.

-Les has encantado-dijo Elisabeth dándole la mano.

-¿De verdad?

-De verdad.

-Disculpa si tal vez he sido algo inoportuno.

-En absoluto, Santiago. Has sido muy espontáneo.

-Estaba en casa y no podía estar quieto. Necesitaba verte, Elisabeth.

-A mí me pasaba lo mismo-respondió ella.

-¿Mañana en el puerto?-preguntó Elisabeth a Santiago al llegar junto a la parada de taxis.

-¿A qué hora?

-¿Te va bien a las siete?

-¿De la mañana?

-Claro.

-¿En el club náutico?

-Sí.

Elisabeth leyó los ojos de Santiago. Le besó en los labios.

-Hasta mañana, Santiago.

-Hasta mañana, Elisabeth.

La joven se perdió entre la cantidad de viandantes. Santiago no sabía qué pensar. Sólo sentía el fuego en su corazón, y le dio miedo. No sabía que el amor podía llegar a quemar. La paz interior que solía poseer se había desvanecido. La armonía, la belleza y la bondad parecían depender ahora de Elisabeth.

Capítulo 9

-**V**amos a tener que verte en vídeo-le había dicho Lucía cuando ella y Julio se despidieron de él.

-Vale, ya os mandaré uno.

Para un padre nada había como la felicidad de sus hijos. No necesitaban verlos mucho, sólo de vez en cuando. Saber que eran felices bastaba. La vida transcurría rápidamente. Parecía que hacía apenas unos días que Santiago jugaba en la playa con sus primos. Y ahora, ya era todo un hombre. Era como si nunca hubiese sido un chiquillo. En cierto modo la infancia de su hijo parecía estar perdida entre las brumas de un nebuloso pasado.

Elisabeth permanecía de pie. Vestía sencillamente. Una blusa blanca y un pantalón corto del mismo color. Sonreía.

Santiago llevaba una pequeña mochila. Tímidamente acercó la cara a Elisabeth y se besaron como si se tratase del saludo de dos conocidos.

-Espero que te guste el barco.

-Estar contigo es todo lo que deseo.

Mientras caminaban por los muelles, Santiago intentaba adivinar cuál sería el barquito de Elisabeth. Probablemente sería alquilado. De cuatro o cinco metros de eslora. Lo justo para alejarse unas millas del puerto, sentir la brisa del amanecer y regresar. Se equivocó. Era una pequeña chalupa.

-Sube-le indicó Elisabeth.

-¿Aquí?-preguntó sorprendido Santiago.

-Sí.

-Es un poco pequeña si tienen que venir tus padres, ¿no crees?-bromeó él.

-¿Te esperabas un barco más grande?

-No sé… quizás uno de cuatro o cinco metros de eslora.

-Ya-sonrió Elisabeth.

-Por otro lado, mejor. Así estaremos más cerca.

-Me gusta la idea.

-A mí también.

-Yo llevaré el timón, tú coge los remos.

Santiago miró a Elisabeth.

-Siento que te haya decepcionado mi barco.

-Bueno… tampoco es para tanto. Yo no tengo ninguno.

-Lo importante es que estemos juntos, ¿no?

-Por supuesto, Elisabeth-respondió a la joven sintiendo que el corazón se le iba a escapar en cualquier momento.

-Cuando demos la vuelta al muelle, veremos a mis padres. Nos están esperando.

-Lo que no sé es cómo vamos a ir los cuatro.

-Todo se arreglará, no te preocupes.

-Imagino que estarán esperándonos en las rocas del rompeolas.

-Exactamente-afirmó fingiendo la inglesa.

-Bien. Esperemos que aguante la chalupa.

Viraron a babor y en las rocas no había nadie. Cien metros más adentro había un gran yate de color metálico.

-Jolín. Eso es un barco de verdad-bromeo Santiago.

-No sabía que fueses tan chistoso.

-Se hace lo que se puede.

-Mira, allí están mis padres.

Santiago miró a las rocas, pero no vio a nadie.

-Nos están saludando.

El joven escrutó en el rompeolas. Siguió sin encontrar a Rosamunde y Scott.

-Estás mirando en la dirección equivocada-le corrigió Elisabeth.

-¡Dios! ¡No puede ser!

-¿Te parece pequeño?

-Parece un submarino… o una nave espacial.

-Pero… ¿no es de tus padres, verdad?

-Sí.

-Tierra, trágame-pensó Santiago mientras ascendían la escalerilla.

-Hola Santiago-saludó cariñosamente Rosamunde.

-Hola-respondió tímidamente.

-Siento que hayas tenido que sufrir la pequeña broma de la chalupa-le dijo sonriendo John Scott.

-Elisabeth ya me había convencido de que navegaríamos los cuatro en la pequeña barquita.

Sonrieron los tres.

-¿Te gusta el Starlight?-preguntó Scott

-Nunca había visto nada igual.

-El diseño es de un ingeniero sueco.

-Es impresionante.

-Materiales nanotecnológicos.

-Pensaba que no se fabricaban a gran escala.

-Siempre hay una primera vez para todo.

-Quiere decir que este barco es el primero que se ha construido con "materiales de laboratorio"

-Sí.

-¿Paneles solares?-preguntó Santiago indicando con la mano.

-Además, es capaz de utilizar la fuerza del viento y de las olas.

-¿Alguna sorpresa más? –preguntó sonriendo Santiago.

-Bueno. Creo que es hora de desayunar-interrumpió la conversación Elisabeth. Parecía como si hubiese salvado a su padre de decir algo que no debía anticipar.

-Por cierto-sugirió Scott-Si te animas, la travesía podríamos prolongarla algunos días.

-Mis padres esperan que regrese esta noche.

-Les puedes llamar-sugirió Rosamunde- o mejor… se lo podemos decir a ellos en persona. Incluso si les apetece venirse con nosotros, hay camarotes libres.

-Quizás es demasiado. Parecería un abuso de su hospitalidad.

-En absoluto-recalcó Scott.

-Creo que es una excelente idea-animó Elisabeth a Santiago.

El joven lo deseaba pero…

-Mira-continuó Elisabeth- como tenemos que rodear la isla, recogemos a tus padres en Warwick Long Bay Beach.

-Quizás es demasiada molestia.

-No se hable más-asintió Elisabeth-. Si tus padres quieren venir, están invitados, si por el contrario desean descansar, se quedarán tranquilos al ver que estás en buenas manos.

-De acuerdo.

-¡Bien!-gritó Elisabeth.

Capítulo 10

-¡Qué extraño!-exclamó Julio Ríos mientras se levantaba de la hamaca.

El helicóptero aterrizó a unos cincuenta metros del lugar en que se encontraban los padres de Santiago. Ambos observaron cómo del mismo bajó su hijo junto a una bella mujer. El corazón de Lucía no pudo resistir una escena tan perfecta y se tradujo en lágrimas que se deslizaron por sus mejillas hasta diluirse con las olas del océano.

-Hola-saludó como si nada Santiago.

-Hola- dio la mano Elisabeth a Julio y besó a Lucía.

-Es Elisabeth.

-Mis padres desean invitarles al barco-señaló Elisabeth el pequeño punto que se divisaba desde allí.

-No sé-contestó pensativo Julio mientras pedía la aprobación de Lucía.

-Anímate, mamá. Es un barco maravilloso.

-Prefiero la playa, soy propensa a marearme.

-Mamá, van a ser varios días.

-No te preocupes por nosotros, Santiago. Estaremos encantados de saber que tienes una compañía tan bella.

-Pero…

-Verte con Elisabeth es el mayor regalo que nos puede dar Dios-respondió Lucía.

-Apenas me conoce-se disculpó la inglesa.

-El brillo de tus ojos no mienten-respondió la madre de Santiago.

-Entonces… ¿no les podemos convencer?

-No os preocupéis por nosotros-añadió Julio.

Santiago abrazó a sus padres.

-Nos vemos.

-Creemos que la travesía va a durar entre cinco y siete días-añadió Elisabeth mirando a Santiago por si ponía alguna objeción.

-Tranquilos. Disfrutad-respondió Lucía.

Elisabeth y Santiago dieron media vuelta y se dirigieron hacia el helicóptero. La joven inglesa tomó la mano del geólogo español. Unos pasos más allá, rodeó el torso de Santiago con su brazo e inclinó la cabeza sobre el hombro.

Lucía y Julio observaron atónitos cuando despegó el helicóptero y se dirigió hacia el punto lejano.

-Creo que vamos a tener que comprar más novelas para estas vacaciones-se expresó como si nada Lucía, haciéndose la fuerte.

-Es peor de lo que imaginaba. Con novecientos euros al mes, Santiago tendrá que venir desde España todos fines de semana e invitar a la novia a tomar un refresco… No sé…

-Deja ya de decir tonterías.

-Y con lo que le sobre podrá llenar el depósito del helicóptero.

-Es imposible decir más estupideces por minuto-respondió la mujer

-Pues imagina si tienen hijos y los llevan a colegio de pago…

Al final, Lucía echó a reír, le dio un cachete en la cabeza a su marido y miró al horizonte. El punto se desplazó en dirección sur.

-El agente 007… un aficionado… en comparación de Santiago-añadió Julio.

-En eso te doy la razón. Una rubia, un helicóptero y un barco…

-¿Crees que la inglesa hará separación de bienes?

-No, por favor…Ya basta

-Luego no digas que no hablo-finalizó Julio

Lucía miró a su marido, sonrió y prosiguió con las aventuras de Rosamunde Pilcher.

Capítulo 11

-**N**o teníamos pensado navegar durante este mes-comentó Scott mientras desayunaban los cuatro.

-Me alegro de que hayan cambiado de opinión-respondió Santiago-. Espero no haber sido yo el causante de su cambio de planes.

-Pues sí-contestó con una bella sonrisa Elisabeth.

-Soy inmensamente feliz, pero, de verdad, no es necesario que me dediquen tanto tiempo.

-Tal vez, sí-indicó Rosamunde.

-Por Dios, no digan eso. Harán que me sienta demasiado responsable.

-Confiamos en ti, Santiago-añadió Elisabeth.

-Creo que habría preferido continuar en la chalupa.

-Pero… conmigo, ¿no?-preguntó con cariño Elisabeth.

-Por supuesto.

-Es por eso que hemos decidido, si tú lo deseas, ir a la fosa de Puerto Rico-dijo Scott.

Santiago miró a John, a Rosamunde y a Elisabeth. Apenas creía lo que decían.

-Sería maravilloso, pero de verdad, no se molesten por mí. Sólo soy un humilde becario español que no sabe si le renovarán la beca dentro de unos años.

-¿Ves como tenemos motivos para confiar en ti? –dijo tomándole la mano Elisabeth.

-Es muy difícil para nosotros, debido a nuestra situación de privilegio económico, encontrar personas que posean un corazón sano y una mente desarrollada-comentó Scott.

-¡Soy tan poca cosa en la sociedad!

-¿Y eso te importa?-preguntó Elisabeth.

-En absoluto. Soy feliz… bueno… era feliz antes de conocerte a ti.

-¿Deseas hacer el viaje a la fosa de Puerto Rico, sí o no?

-Me encantaría.

-Bien. Entonces no hay que dar la vuelta-aseveró con énfasis Rosamunde.

-¿Puedo preguntarte algo, como geólogo que eres? –habló Scott.

-Por supuesto.

-¿Es posible un viaje al centro de la Tierra a través de algún tipo de túnel?

-Las distintas capas del interior de la Tierra, como son la litosfera, separada de la astenosfera por la discontinuidad de Mohorovicic, la mesosfera, el núcleo externo separado por la discontinuidad de Lehmann del núcleo interno están muy estudiadas por los sismógrafos.

Las ondas P pueden atravesar líquidos pero se desvían en el camino una gran cantidad de ellas. Por lo tanto, se hace difícil afirmar que estamos hablando de una ciencia exacta. Las ondas S todavía lo tienen peor, pues, al no ser capaces de atravesar partes líquidas, generan sombras mucho más anchas. Dicho de otra forma. Si existiesen algunos pequeños canales sólidos, semisólidos, líquidos, e incluso gaseosos, algo aparentemente imposible, que llegasen en forma de zigzag desde la litosfera hasta el núcleo, de momento, serían indetectables. Otra cosa sería si todas las ondas emitidas por un terremoto llegasen a su destino. Por lo tanto, si bien podemos afirmar que la composición general de la Tierra es tal y como se

supone, sin embargo no existe, todavía, forma humana de saber si una pequeña franja de ondas se ha cortado debido a los supuestos canales.

-Quieres decir que si hubiese un canal perpendicular desde el Polo Norte hasta el Polo Sur, podría ser detectado.

-Claro. Puesto que las ondas S no atraviesan líquidos, en el hemisferio opuesto al epicentro no se detectarían ondas del tipo cizalla. Conclusión: una pared líquida se estaría interponiendo entre el punto de origen y el sismógrafo de destino.

-¿Y el mar interior que proponía Jules Verne?-preguntó Elisabeth

-Personalmente, creo que puede haber enormes cuevas internas en la litosfera, incluso en la astenosfera. Algunas bolsas de agua, pero no parece lógico que exista un océano tan enorme como el que se propone en *Viaje al centro de la Tierra*, porque se habría detectado que gran cantidad de las ondas de tipo S se habrían perdido también.

-Parece razonable lo que dices-respondió Scott.

-De momento, creo que el viaje al centro de la Tierra, o hasta el núcleo, que se propone en la

novela The Core, no es posible. No imagino una nave que pueda soportar la presión inimaginable que se supone existe en el interior.

-¡Entonces… no podremos aventurarnos en un viaje tan extraordinario!-exclamó Elisabeth.

-Hoy por hoy, no creo que esté la nanotecnología tan avanzada como para fabricar una máquina tan resistente.

-Pero si existiesen canales de acercamiento desde la litosfera al núcleo de la Tierra, así como corrientes ascendentes y descendentes de magma, todo sería más sencillo.

-Aun así, ¿cómo se iba a evitar el calor interno y la presión?

Capítulo 12

-¿**Q**ué es lo que hace que un ser humano necesite amar?-preguntó al atardecer Elisabeth a Santiago mientras el Sol se ocultaba tras el horizonte hacia donde ambos miraban desde la barandilla.

-Tal vez es una pregunta imposible de responder-contestó Santiago.

-Tú eres ingeniero y geólogo. Has estudiado durante toda tu vida el comportamiento de la materia.

-Todo el conocimiento que he acumulado a lo largo de los años apenas si araña un gramo de sabiduría-dijo humildemente Santiago.

-En mi caso siempre he necesitado expresar mis sentimientos a través de la música, de la pintura, de la escultura y de la literatura. He buscado sin descanso en la religión y en la filosofía, pero ambas no explican todo, mejor dicho, casi nada.

-Quizás es que el ser humano es algo incompleto-dijo Santiago sin saber realmente qué podía significar aquella enigmática frase.

-Puede ser que sea así. Cuando parece que tenemos todo, siempre necesitamos algo más. Mis padres me aman, mis amigos me quieren, yo les amo también, y sin embargo, todavía añoro algo más.

-Mi vida también ha sido así hasta que te he conocido-se atrevió a expresar Santiago.

Elisabeth se incorporó, Santiago también hizo lo mismo. Los brazos de la bella inglesa abrazaron el torso de Santiago, apoyó su cabeza sobre el pecho del joven, quien la rodeó con su brazo izquierdo y acarició la dorada melena rizada de la muchacha.

-Eres el primer hombre que me abraza con tanto amor.

-Mi corazón rebosa felicidad, Elisabeth. Solo expreso lo que me dicta.

-¿Sabes?-continuó la joven mientras ambos se reclinaban de nuevo en la barandilla.

-Dime.

-He conocido a varios buceadores. A dos de ellos les conduje a la cueva de piedras preciosas, pero no se atrevieron a entrar, no confiaron en mí tal y como lo has hecho tú. Pensaba que ya nunca encontraría a alguien que me amase con el corazón.

-Yo…tengo que confesarte que soy un inexperto en el amor. Nunca he salido con una mujer.

-Pero… en la universidad… ¿conocerías a alguna chica?

-Sí. Sin embargo, no sé la causa, ninguna se enamoró de mí. Parecía que buscaban alguien más apuesto, más inteligente más… Realmente, no sé qué es lo que perseguían.

-Creo que no vieron el interior de tu corazón.

-Ya estaba pensando que nadie me amaría en el mundo.

-Tus padres te quieren, Santiago.

-Disculpa, me refiero a alguna mujer.

-Yo me he enamorado de ti. ¿Crees que te será suficiente?

-Mucho más que eso. Tú eres el aire que respiro, la luz que llena mis ojos, el calor que disuelve el frío de mi soledad.

-¿Sabes por qué los hombres y las mujeres se buscan?

-¿Porque desean completarse?

-¿Ya… como si fuesen enlaces químicos?

-Supongo.

-No has recibido una educación demasiado mística.

-Debe ser.

-¿No crees en el mundo de las almas?

-Una vez hablé con un estudiante de química.

-¿Sí?

-Me dijo: Dios es como el mercurio. Los seres humanos son como las diminutas gotas que se separan y luego se unen en un mismo conjunto.

-Tal vez es una comparación muy acertada.

-No sé, Elisabeth. La ciencia nunca me ha hablado de Dios. La evolución, la causalidad, la estadística…

-No crees que exista Dios.

-Me gustaría creer, pero no lo veo por ningún lado.

-Quizás es que no miras bien, Santiago.

-Contemplo la belleza del océano, las múltiples olas que forman una unidad, los majestuosos árboles que constituyen un bosque, la inmensa cantidad de piedras en que se pueden descomponer las más grandes montañas, y quizás… todo ello es parte de Dios, pero ¿y los seres humanos?

-¿Qué quieres decir, Santiago?

-Los seres humanos siempre están en pie de guerra. Y cuando se cansan de estar en paz comienzan, sin importar el motivo, otra más terrible.

-Ya.

-¿Dónde está la armonía y la belleza de un Dios justo?

-Si lo miras así, es lógico que no veas a Dios.

-Pero es lo que hay. Personas desequilibradas que hacen daño en el trabajo. Insensatos que quieren herir a los demás.

-Tal vez, alguien les hirió antes a ellos.

-Pero, ¿es justo que un malvado se salga con la suya en la vida?, ¿es correcto que algunos corten las cabezas de sus semejantes para sobresalir ellos?

-No sé, Santiago. Es algo que tal vez se escapa de nuestros conocimientos.

-Todo eso es lo que intento decirte, que en ocasiones admiro la armonía de la vida de los seres humanos que construyen maravillosas ciudades, y al punto recuerdo que algunos de ellos no parecen dignos de pertenecer a la raza humana.

-Sin embargo…

-¿Sí?

-Sin embargo, tienes un cálido y amoroso corazón.

-Es una respuesta a tu belleza, Elisabeth.

-Quizás es algo más, y ni tú mismo lo sabes.

-Sueño con un mundo donde, sin obligaciones externas, mi corazón y mi mente puedan expresarse libremente. Imagino un mundo de seres extraordinarios que no se pelean por un miserable trozo de pan. Anhelo un planeta donde el deseo del bien se traduzca instantáneamente en felicidad y armonía. Busco un lugar en el que las personas no se hagan daño.

-Lo que persigues es el mundo de los dioses, Santiago.

-Imagina, científicos descubriendo los misterios de los sistemas solares, de las galaxias; viajando de hogar en hogar y amando. Imagina no necesitar trabajar para comer y vivir. Imagina la unión de los seres humanos a la vez que la libertad más absoluta, que haciendo lo que desean hacer, nunca se desvían del bien universal. ¿No debería ser así el universo? ¿Un estado de conciencia en el que la libertad más absoluta nos lleva al cielo de los dioses?

-Pero el universo no es así, Santiago. Siempre existirá el bien y el mal, o dicho de otra forma, la distancia entre dos puntos dentro de la conciencia universal.

-No sé, Elisabeth.

-Lo que sí que es cierto es que tus anhelos han surgido de algún lugar.

-No te entiendo.

-Cuando alguien sueña con algo, quizás es porque tal vez en algún momento ha saboreado lo que anhela volver a encontrar.

-Pero… ¿cómo puede ser si no se ha vivido tal realidad?

-Que no lo recuerdes, no significa que no lo hayas vivido.

-Intentas decirme que pudiera ser que en sueños hubiese participado de tan extraordinarias sensaciones.

-Sí.

-Los sueños… sueños son.

-Sí y no. Hay diversas clases de sueños. Unos sin duda alguna pertenecen al recuerdo de la realidad más cotidiana, pero otros, por el contrario, han surgido del contacto con otros mundos.

-¿De otras dimensiones?

-Si deseas denominarlo así.

-Diría que casi tengo más pesadillas que sueños divertidos.

-Es porque solo recuerdas lo que sueñas cuando estás a punto de despertarte, y no traes a la conciencia lo que sucede cuando duermes profundamente.

-No puedo afirmarlo ni negarlo.

-Sin embargo, sí que puedes asegurar, sin lugar a equivocarte, que en el fondo de tu ser añoras otro estado distinto al que es habitual.

-Sin duda.

-¿Quizás es lo que nos mueve a amar?

-No sé, Elisabeth.

La mujer inglesa miró a Santiago. Probablemente ella sabía más del español que él mismo. Santiago era un tanto tímido. Elisabeth estaba segura de lo que sentía por él, y de lo que él sentía por ella. Rodeó con sus manos al joven científico, y con los ojos cerrados besó dulcemente los labios de su amado. Ambos mantenían los ojos físicos cerrados, mientras sus corazones recibían

la luz de la vida que se ocultaba tras la aparente oscuridad en habitaban sus almas.

-Es hora de descansar-sugirió Rosamunde que había subido a cubierta.

-¡Qué tarde!- exclamó Elisabeth.

-¿Te ha mostrado mi hija tu camarote?

-No.

-Bien. Entonces te acompaño.

-Gracias.

-Hasta mañana, Santiago. Que tengas bellos sueños.

-Igualmente, Elisabeth.

-Nunca habíamos visto tan contenta a nuestra hija-detalló Rosamunde mientras descendían las escaleras.

-Creía que siempre era así.

-No. Ha conocido a varios hombres, pero ninguno había llegado hasta su corazón como tú.

-Me da un poco de miedo, saber que es así.

-No tienes por qué tenerlo. Simplemente, sé tú mismo.

-Lo soy.

-Entonces, si os tenéis que amar, así será.

-Creo que nunca seré un hombre rico-se sinceró Santiago.

-Ya lo eres-contestó sonriendo, Rosamunde, mientras abría la puerta del camarote

-¡Jolín, qué majo!-exclamó el joven.

-La semana pasada durmieron en él una pareja de magnates árabes.

-¡Josplis!-volvió a exclamar el ingeniero y geólogo.

-Son socios nuestros. Se encargan de distribuir en Arabia Saudí y en todo el Oriente Medio, nuestras piedras preciosas.

-No es necesario que me de tantas explicaciones.

-Normalmente no lo hago. Es la sonrisa y el brillo de tus ojos. Transmiten confianza.

-Ojalá, nunca les defraude.

-Ni nosotros a ti. Buenas noches, que descanses.

La puerta se cerró. Santiago no sabía si podía existir mayor felicidad. Únicamente le faltaban sus padres. Aunque estaba seguro de que

estarían felices recordando la chica rubia, el helicóptero y el barco... Seguro que su padre había dicho alguna gracia al respecto.

El camarote era muy acogedor. El material imitaba las vetas de confortable madera. A simple vista no había diferencia. Sin embargo, gracias al tacto se percibía que no provenía del reino vegetal. Junto al armario empotrado había una repisa de cristal. Por el tamaño supuso que no era de esmeralda... o ¿sí? ¿Acaso podía haber alguien en el mundo que depositase algunos enseres sobre una lámina de esmeraldas? Imposible.

Tenía un pijama de caballero sobre la cama. Se lo puso después de ducharse. Había sido un día muy excitante y se sentía cansado. Sacó de su mochila una agenda y un bolígrafo. Prefería el contacto del papel, a la antigua usanza, a la frialdad de un smartphone. Escribió unas mínimas anotaciones de los detalles más importantes y depositó la agenda y el bolígrafo sobre la mesilla. El bolígrafo se deslizó y fue a caer bajo la cama. Estiró el brazo y palpó con los dedos algo metálico, parecía una cadena. Saltó de la cama, se arrodilló y levantó el edredón. Había una cadena de oro con seis piedras preciosas. En el centro de las mismas, un corazón de rara belleza diamantina.

Se ruborizó, se puso nervioso, y con la cadena en la mano salió de su camarote, ascendió las escaleras que llevaban a cubierta y miró. Rosamunde, Scott y Elisabeth estaban tomando un helado bajo la luz de las estrellas.

-¿Pasa algo?-preguntó John.

-He encontrado este collar debajo de la cama... se me ha caído el bolígrafo y…

-¡Mi diamante de la suerte!-exclamó Elisabeth.

-Bueno... me voy a dormir-contestó Santiago ruborizado al recordar que iba en pijama.

A ninguno de los tres le dio tiempo a decir palabra alguna. El joven español ya había desaparecido. Rosamunde y Scott se miraron. Se lo dijeron todo con los ojos. No se había equivocado Elisabeth.

-¿Crees que le gustará el chico a tus padres?-preguntó John.

-Esperemos que sí-. Rosamunde envolvió con su mano derecha la de su hija, que tenía sobre la mesa, y sonrió.

-Creo que todavía hay humanos que tienen un enorme corazón-añadió John.

-En el mundo de las finanzas y los negocios es casi imposible encontrarlos-añadió Rosamunde.

-Siempre hay algún interés oculto bajo la apariencia de amistad-dijo John.

-Es el precio de la riqueza y del poder-terminó la conversación su esposa.

Starlight cruzaba rauda y silenciosamente el océano Atlántico. Las novecientas sesenta y seis millas, aproximadamente, que le separaban de su destino estaban siendo recorridas a una media de treinta nudos. La luz, el viento y las olas movían aquel ingenio del ser humano. Cuanto más movimiento más energía adquiría.

Capítulo 13

-Santiago, es la hora de desayunar- le llamó Elisabeth desde el otro lado de la puerta del camarote.

-Enseguida voy-atinó a contestar.

El joven tuvo que recapacitar y repensar dónde se encontraba. Durante unos segundos

creyó que estaba en casa de sus padres. Por fin, se despertó, se aseó y subió a la cubierta. Elisabeth vestía totalmente de blanco. Su piel medianamente morena, el cabello delicadamente rizado y sus ojos azules no fueron los únicos depositarios de su mirada. Sus senos se adivinaban tras el lino. Desvió la mirada y ella lo notó.

-Vamos dormilón. Ya es hora.

-¿Tus padres?-le preguntó mientras se sentaba.

-Han bajado a las bodegas con Duncan y tres tripulantes.

-¿Duncan... es el más mayor?

-Sí.

-Parece tener sesenta y pico años.

-Setenta y ocho, para ser exactos.

-¡Nadie lo diría! Es muy simpático.

-Es amigo de la familia desde que mi madre era muy joven.

-¿Es de total confianza?

-Más que eso. Gracias a cierto favor recibido, juró que sería siempre fiel a mi abuelo y

a mi familia, y ahí está. Es casi como un padre para mi madre.

-¿Tus abuelos se murieron?

-Sí, algo parecido.

Santiago no dio mayor importancia a las últimas palabras que había dicho Elisabeth y recordó que habían bajado a las bodegas.

-¿Se ha estropeado algo?-preguntó sobresaltado.

-Están preparando la inmersión.

-¿También les gusta a tus padres bucear?

-No.

-¿Entonces?

-Es una sorpresa para ti.

-¿Vamos a ir alguna cueva tú y yo?

-Algo parecido-respondió enigmáticamente.

-¿Quieres?-ofreció Santiago pan tostado untado con mantequilla.

-Gracias.

-Esta noche he tenido un bello sueño.

-Cuenta-le rogó la inglesa.

-No sé si conocerás la música de Pink Floyd.

-Me encanta.

-Entonces... ya somos dos. -¿Ves como nuestro destino estaba escrito?

-No creo en el destino, Elisabeth.

-¿No piensas que vivimos por algún motivo, y que todo ocurre por alguna causa?

-Claro que no. Somos diminutas partículas perdidas en un universo cruel e impertérrito ante el dolor de sus criaturas.

-Está claro que eres de ciencias-sonrió Elisabeth.

-Por supuesto.

-¿Tiene algo que ver tu sueño con Pink Floyd?

-Sí.

-Ardo en deseos de que lo cuentes.

-No sé si habrás escuchado su obra musical *Obscured by Clouds*.

-Es maravillosa.

-Entonces sabrás que es la banda musical del film *La Vallé*.

-Sí-sonrió Elisabeth permaneciendo anhelante.

-Pues he soñado que tú y yo marchábamos a un lugar lejano, a un mundo de fantasía donde veíamos seres extraordinarios.

-¡Dios!

-Ha sido algo maravilloso.

-Y ¿qué puede significar?

-Los sueños, sueños son. Creo que el subconsciente interpreta todo lo ocurrido estos dos días de esa forma.

-Ya-respondió Elisabeth comprendiendo que él había captado en sueños parte de su futuro.

-Parece que no te ha gustado mi explicación.

-No, simplemente estaba concentrada en lo que decías.

-Siento no ser un soñador.

-Tranquilo, muchas veces lo que los soñadores necesitamos es una persona que nos ate a la tierra.

-Disculpa.

-No te preocupes, Santiago. No tienes la culpa de ser un ser humano normal.

-Parece que estás indicando que existen personas que no son normales...no sé...

-Quiero decir que a veces debemos ver con nuestros propios ojos lo que la vida puede llegar a ser.

-No te he dicho que me presenté a las pruebas de selección para ir a Marte.

-Entonces... no eres tan materialista como tú mismo te calificas.

-Será.

-Quien desea ir a otro planeta es porque tiene el anhelo de encontrar algo mejor de lo que existe en el suyo.

-Ciertamente. Pero nos estamos perdiendo en palabras y no me has dicho qué es lo que están haciendo tus padres y los hombres de la tripulación en las bodegas.

Elisabeth sonrió.

-¿He dicho algo gracioso?

-En absoluto.

-Entonces...

-No sé cómo decírtelo.

-No creo que sea difícil.

-Tal vez.

-Seguro que hay que estudiar algún doctorado en literatura para decir unas palabras- bromeó Santiago.

-Entonces ¿quieres que te haga la pregunta de tu vida?

-Vamos, Elisabeth. Eres un poco graciosa, ¿no?

-Te vas a reír de mí.

-Por Dios, Elisabeth.

-¿Prometes no reírte?

-Te doy mi palabra.

-Bien. Allá va.

Elisabeth no se atrevía a soltar la pregunta.

-Vamos, señorita. Lance la pregunta.

Elisabeth contuvo la respiración y por fin enunció en voz alta

-¿Quieres ir al centro de la Tierra?

Santiago sonrió.

-¿Ves como te estás riendo?

-Bueno... no me río de ti.

-Entonces ¿por qué sonríes?

-Creía que ibas a preguntarme algo más serio.

-¿Hay algo más serio que una pregunta así?

-Bueno... para mí, sí.

-Te perdonaré si me dices cuál es la pregunta que pensabas que iba a plantear.

-Me da vergüenza.

-Claro, y ¿cómo crees que me he sentido yo antes de preguntar?

-Tú no eres tan tímida como yo.

-Vamos, no disimules y dime qué pregunta era la que esperabas.

-Pensaba...

-¿Sí?

-Creía...

-¿Sí?

-Me da vergüenza.

-Vamos... canta o no te perdono.

-Creía que me ibas a decir si pasaríamos toda la vida juntos.

Elisabeth miró a Santiago. Le tomó la mano.

-Soy muy iluso, ¿verdad?

-En absoluto.

-Apenas nos conocemos hace tres días.

-Sí.

-Ves como tenía yo razón.

-He dicho que sí a tu pregunta.

-¿Quieres decir que sí deseas pasar la vida conmigo?

-Sí-. Elisabeth tomó la mano de Santiago.

-Yo también, Elisabeth.

-Mi corazón vibra cuando está contigo.

-Yo... nunca he sido tan feliz.

-Green is the colour of her kind-. Susurró enigmáticamente Elisabeth.

-Es una bella canción de Pink Floyd en *More*.

-¿Ves, tonto? Estamos hechos uno para el otro.

Las lágrimas asomaron por el rostro del español.

-Buscaré más allá del horizonte azul de mi isla. Es donde encontraré a mi amor.

-Es bello, Elisabeth.

-Más allá de Reino Unido, está España.

-Sí, reina Elisabeth.

-¿Ya se lo has dicho?-la voz de Scott sacó de aquel sueño a los enamorados.

-No se lo cree-respondió Elisabeth secándose las lágrimas.

-Normal.

-¿Sí? contestó Santiago sin saber realmente qué decir.

-Entonces, vamos a presentar al geólogo a Black Hole.

Capítulo 14

-Tal vez te sonarán los nombres de James Cameron y Challenger Deep-le indicó Scott mientras descendían las escaleras.

-El Challenger Deep es el submarino en el que el famoso director de cine descendió en dos horas y media al fondo de las fosa de Las Marianas.

-Entonces ¿crees posible que alguien pueda utilizar un prototipo biplaza del mismo submarino?

-Sí-respondió sonrojándose.

-Bueno... pues aquí lo tienes.

Santiago pensó por un segundo que estaba soñando. Saludó a los tres ingenieros que revisaban el Black Hole.

-Ven a ver su interior-tomó de la mano Elisabeth a Santiago.

La inglesa rogó a Santiago que se sentase en el segundo de los asientos. Ella se instaló en el primero.

-Es impresionante-dijo el joven mientras escrutaba los mandos.

-¿Te fiarías de mí para conducirte al fondo del océano?-preguntó Elisabeth.

-Contigo iría al fin del mundo.

-Entonces no se hable más. Los ingenieros te darán un curso acelerado para que seas mi copiloto.

-Gracias, Elisabeth, por confiar en mí.

-Fuiste tú quien determinó todo esto cuando me diste la mano y entraste a la cueva de cristal.

-Lo pasé un poco regular, pero me dije: si no confías en una mujer así, ¿en quién vas a confiar?

-Si no confiásemos en las personas ¿qué sería de los humanos, Santiago?

-Un infierno.

-Procura aprender rápidamente-terminó la conversación la joven mientras salían del interior de Black Hole.

-Tengo una duda, Elisabeth.

-¿Sí?

-¿Lo del viaje al centro de la Tierra es broma verdad?

-¿Te parece poca aventura ir al fondo de la fosa de Puerto Rico?

-Es que en este momento me parece todo posible.

-¿Si fuese así, vendrías conmigo?

-En el hipotético caso, aunque fuese en sueños, no lo dudaría un segundo.

-Puede ser peligroso. Podríamos perder la vida en el intento, Santiago-fue la primera vez que vio el rostro serio de Elisabeth.

-Peligroso es vivir sin amor y sin esperanza.

-Al final de la fosa de Puerto Rico hay un túnel de agua que desciende rápidamente durante varios kilómetros entre las rocas basálticas. Digamos que es parecido al momento en el que una nave espacial entra en la atmósfera. Una vez pasado ese tramo, estaremos a salvo. Lo que hay más abajo, lo tendrás que ver con tus propios ojos. No te puedo dar ninguna indicación al respecto.

Elisabeth no bromeaba. Era la primera vez que Santiago sentía temor. Para él las aventuras de la vida habían transcurrido en el cine, en la televisión y en los videojuegos. El buceo le había fortalecido mentalmente, le había acostumbrado a no agobiarse ante alguna situación imprevista, pero aquello era distinto. Un abismo de agua cubriría sus cabezas dentro de unas horas. Las máquinas solían ser casi perfectas. Apenas se estropeaban. De nuevo ponía su vida en manos de ella.

-Cuando termines, te espero en cubierta-le dijo sonriendo de nuevo Elisabeth.

-De acuerdo-respondió Santiago con cara de miedo.

-Vamos... no es para tanto, geólogo-bromeó la joven.

Capítulo 15

Las compuertas de la bodega se abrieron. Black Hole salió rumbo al abismo. Momentos antes, Santiago se había despedido de sus padres. Les había dicho: hasta dentro de una semana, pero justo cuando el submarino comenzaba el descenso, temió que quizás nunca más volviese a verles.

-¿Estás preocupado?-preguntó Elisabeth.

-Un poco.

-Tranquilo. Todo va a ir bien.

-Relataba James Cámeron que sintió una gran soledad cuando descendió a Las Marianas.

-En nuestro caso, vamos dos. No será lo mismo.

-¿Has descendido alguna vez más?

-He atravesado los rápidos dos veces, con mi padre. Y en unas veinte ocasiones he descendido al fondo del océano.

-Entonces, eres una experta.

-Creo que sí. Muy pocos en el mundo podrán decir lo mismo.

-Haces que me sienta más seguro.

-Cuando se va en automóvil también hay momentos de peligro, ¿no crees?

-Sobre todo si el que conduce es un insensato.

-Aquí en el océano hay una cosa muy positiva. No se pueden infringir las leyes de tráfico. No hay ningún stop.

-Graciosa.

-El humor es bueno. Incluso el negro.

-Te voy a contar un chiste.

-No tienes pinta de chistoso.

-Ya, pero en esta oscuridad que nos rodea, comprenderás que algo hay que decir.

-Puedes aprovechar para escribir poesías.

-Para poesías estoy yo.

-Puedes empezar... si quieres.

-Le preguntan a un marido:

-¿Grita tu esposa cuando hace el amor?

Y contesta el marido

-Creo que sí, porque desde el bar de la esquina, cuando estoy jugando a las cartas, se la oye.

-Muy gracioso, Santiago.

-¿Sí? ¿Verdad?

-Mira a tu derecha, un stauroteuthis syrtensis.

-Un pulpo luminiscente.

-Hay muchos por esta zona.

-La madre naturaleza siempre nos sorprende-añadió el español.

-Sin lugar a dudas.

-En las profundidades abisales, en la oscuridad más densa, aparece la luz.

-La vida nos deparará todavía muchas sorpresas, Santiago.

-Cuando dijiste viajar al centro de la Tierra, imagino que era una forma de hablar, una metáfora ¿no?

-¿Tú qué crees?

-Si el viaje dura de cinco a siete días, está claro que no hay tiempo para recorrer, entre la ida y la vuelta, doce mil kilómetros bajo tierra y fuego.

-Vamos a ver qué sorpresa nos depara el futuro.

-¿Siempre eres tan enigmática?

-Green is the colour of her kind-Elisabeth estiró el brazo hacia atrás y cogió la mano de Santiago.

-Sunlight on her eyes-respondió el joven.

-¿Ves?, eso es una metáfora. Viajar al centro de la Tierra no lo es.

-Por Dios, Elisabeth, me vas a matar con tus enigmas.

-En la oscuridad más densa aparece el alma que nunca muere.

-Gracias por recordarme que el peligro nos acecha.

-La vida es el camino entre tinieblas que nos lleva de la luz al resplandor más excelso.

-Creo que cada vez lo vas arreglando más.

-Los hijos del Sol nos están esperando, Santiago.

-¿Cómo debo entenderlo, Elisabeth? : ¿como afirmación de la realidad o como metáfora?

-Tú mismo-respondió la bella mujer. Santiago no pudo observar el brillo de los ojos de Elisabeth. Si lo hubiera visto, entonces habría sabido que la cosa iba en serio.

-Creo que este viaje quedará marcado en mi corazón durante toda la vida.

-Sin duda, Santiago.

-Pase lo que pase, Elisabeth, gracias.

-A ti.

-¿De qué sirve todo el oro del mundo si no hay amor?

- De nada. El amor es la esencia que colma los corazones de los seres humanos. Independientemente de lo que quieran decir los religiosos, es una verdad universal.

-El amor es el canto de los dioses.

-El amor es el alfa y omega.

-Es buena la oscuridad, Santiago. Si no estuviésemos en ella, tal vez no nos atreveríamos a hablar así.

-Entonces... por favor... Elisabeth, dime ¿qué hay al otro lado de los rápidos de agua?

-Ya te lo he dicho.

-¿Los hijos del Sol? ¿Quieres decir que moriremos y pasaremos a otra dimensión?

-Abróchate los tres cinturones y ponte el casco. Comienza el verdadero peligro.

Capítulo 16

Black **H**ole se acercó hacia algún lugar predeterminado en el ordenador de a bordo. Santiago no sabía si era mejor apagar todos los

focos y mirar únicamente a las pantallas. Por lo menos, mirándolas le habría parecido que estaban jugando a algún tipo de video juego. Pero el hecho de escrutar por los diminutos ventanucos circulares producía una terrible sensación de aislamiento y soledad. Observó la espalda de Elisabeth y lloró. Las lágrimas fluyeron imparables por todo su rostro y descendían hasta su cuello. Supo con extraordinaria certeza que la amaba. Había escuchado en muchas ocasiones a los frikis, snobs o como quiera que se pudiesen llamar que existían las almas gemelas. Y aunque le seguía pareciendo una tremenda estupidez, lloró. Su corazón estaba unido al de aquella mujer. Parecería como si toda su vida hubiese estado preparándole para aquel magno acontecimiento. Una vez más no tenía nada que hacer. Únicamente rezar y confiar en Elisabeth. Justo en ese preciso instante entraron en un embudo. No es que viesen algo. El submarino perdió el control absoluto ante la fuerza de la naturaleza que les comenzaba a arrollar. Sólo la luz de emergencia permanecía encendida. Las pantallas y los focos se apagaron. Ocho mil metros de profundidad eran ochocientas atmósferas de presión que les empujaban como un gigantesco remolino hacia algún lugar desconocido. Quizás descendían por alguna chimenea volcánica con

muy pocas aristas y curvas, porque de lo contrario ya haría minutos que se habrían estampado contra alguna de ellas. El rugido del agua que se estaba saturando de burbujas gaseosas parecía semejante al producido por un terremoto en el momento que levantaba la tierra como si de una alfombra se tratase. La imagen de sus padres vino a su mente, su ciudad, el barrio donde vivían, los amigos de universidad, los compañeros de instituto, los niños con los que estudió en las escuelas del pueblo, la calle que recorría a toda velocidad que le daban las piernas en su infancia, de nuevo sus padres. El rugido, el bramido del agua atronaba. Elisabeth te amo, fue el grito con el que se fue desvaneciendo su conciencia.

Justamente cuando terminaba de caer en un abismo de oscuridad, percibió la posición vertical del submarino. Estaban ascendiendo, las burbujas y la luz se acercaban a ellos vertiginosamente, les envolvían y cuando el cerebro ya no era capaz de mantenerse consciente, sintió que el submarino se desplomaba hacia abajo. Siguió el enorme impacto de la máquina contra el agua.

Capítulo 17

-Vamos, geólogo, nos vienen a recoger-fueron las palabras de la dulce Elisabeth.

-¿Estoy muerto?-preguntó Santiago.

-Creo que has visto demasiadas películas-sonrió la joven.

-No te he entendido bien.

-Creo que hablo correctamente tu idioma.

-Sí, pero no sé... me ha parecido entender que venían a buscarnos.

-Es lo que he dicho.

-¿Tan pronto ha terminado nuestro viaje? ¿Ya hemos salido a la superficie?

-¿Qué te parece si te despiertas, ingeniero?

Santiago miró a través de los ojos de buey. Volvió a ojear otra vez.

-¡No puede ser!

-Pues lo es.

-Entonces, sí que creo que estoy muerto.

-¡Qué obsesión por la muerte!

-Yo no creo en platillos volantes.

-Y no es un platillo volante-respondió sonriendo Elisabeth.

-Entonces... ¿qué es ese artilugio del diablo?

-Una nave intraplanetaria.

-Ya-seguía mirando con la boca abierta.

-Puedes quitarte el casco y desabrochar los cinturones-sugirió Elisabeth.

-Voy-respondió, pero lo cierto es que Santiago se sentía desubicado y estúpido.

Elisabeth abrió la escotilla y salió del submarino. Por fin el joven despertó, o eso creyó. Cuando asomó la cabeza se sumergió en un mundo imposible. Elisabeth estaba de pie, sobre una plataforma metálica hablando con dos figuras de color dorado. Lo peor de todo es que parecían tener dos veces la estatura de Elisabeth. Si la inglesa medía un metro ochenta y cinco, aquellas figuras abstractas debían medir tres metros ochenta o quizás cuatro metros. La joven dejó a los intraterrestres y regresó a por Santiago.

-¿Te fías de ellos?

-Vamos, Santiago. Deja de decir tonterías.

-Creo que no estoy muy cuerdo, todavía.

-Es difícil asimilar para un científico lo que estás viviendo a lo largo de los dos últimos días.

-Sin duda.

-No creías en el amor, no pensabas que sería posible viajar al interior de la Tierra, y tenías el prejuicio de creer que el ser humano es el único habitante del universo.

-Es cierto.

-No te preocupes. Lo que te pasa es producto del shock. Ahora sígueme y no temas. Podría decirse que son de mi familia.

-¡Dios!-es lo que me faltaba por escuchar. Tal vez eres una alienígena.

-Bueno... no del todo-Elisabeth sonreía-. Vamos, tonto-le animó dándole la mano.

Capítulo 18

El submarino se mantenía sujeto a una larga plataforma "metálica" que unía la nave intraplanetaria con el minúsculo ingenio humano. Elisabeth y Santiago caminaron los treinta metros aproximadamente que les separaban de los dos hombres de fuego. No se le ocurría al ingeniero otra forma de expresar lo que veía. Tenían forma humana, de un color dorado, como si tuviesen una coraza de oro, y a la vez multitud de llamas de luz disminuían y aumentaban de tamaño intermitentemente. Elisabeth hizo un gesto a Santiago para que se detuviese. El geólogo miró a los ojos de los hombres de fuego. Recibió una descarga eléctrica que recorrió todo su cuerpo. Percibió que la electricidad entraba y tomaba principalmente dos caminos. Desde el interior del

cerebro una línea ascendió, como si llegase más arriba de su cabeza y otra ramificación penetró a través del alta mayor hacia el cuello, la garganta en la parte posterior, siempre recorriendo la columna vertebral. Percibió claramente que cada uno de sus órganos recibía descargas eléctricas. Se sintió como si fuese un árbol eléctrico con innumerables ramificaciones y multitud de raíces que llegaban hasta las plantas de sus pies. Se sentía maravillosamente vivo. No había ni una minúscula parte de su sistema nervioso que se salvase de aquella placentera invasión eléctrica.

Elisabeth supo que todo iba bien. Que Santiago había pasado otra prueba: el análisis energético y psíquico de sus "ancestros". Tomó la mano del joven, ella también se sentía extraordinariamente eléctrica. Santiago se observó a sí mismo. Resplandecía con un color azul que le hizo estremecerse. Elisabeth tendía al color esmeralda.

-Bienvenidos-escuchó en su mente Santiago.

-¿Quiénes sois?-preguntó anhelantemente el ingeniero.

-Son hijos del Sol, Santiago-respondió Elisabeth.

Un corto silencio, seguido de multitud de preguntas que necesitaban respuestas, inundó la mente de Santiago.

-Tranquilo, ya irás comprendiendo poco a poco-le susurró la mujer inglesa.

Los dos hombres gigantes de fuego se dieron la vuelta y los dos humanos le siguieron.

-Parece muy grande el platillo volante-exclamó Santiago.

-Ciento ochenta metros de diámetro.

-¡Dios!

-Los hay más grandes, Santiago.

El joven no sabía qué decir. Cada uno de los detalles de la nave que podía observar era todo un misterio y una sorpresa tan extraordinaria que le parecía ir flotando por el aire. Se sentía vibrante, vivo, diferente, como si hubiese llegado a ser. Soy un ingeniero, un geólogo, Darwin siempre ha tenido razón. El ser humano es el máximo exponente en lo que respecta a la inteligencia... Esto sólo puede ser un sueño.

-Vamos, Santiago-le dijo como si hubiese escuchado sus pensamientos Elisabeth-, nunca has estado tan despierto.

-Esto no puede estar pasando. Voy de vacaciones a Bermudas, buceo, la mujer más hermosa, jamás imaginada me conduce a una cueva

de esmeraldas y diamantes, vamos en el yate de su padre, nos sumergimos en una fosa marina, nos jugamos la vida en el descenso de los rápidos de una chimenea volcánica y ahora estamos entrando en un platillo volante, después de que dos hombres de fuego nos incendien por dentro, y a los que escucho sin que hablen.

-Tampoco es para tanto, Santiago-bromeó Elisabeth, la de color esmeralda.

-Ja, ja-rió nerviosamente el geólogo, al ver lo que había dentro de la inmensa nave.

-¿Te gustan?

-Por favor Elisabeth, no me sueltes. Eres lo único que me hace pensar que estoy cuerdo.

-Te comprendo. Es lo que me ocurrió la primera vez que me trajo mi padre.

-Sólo faltan los come rocas... por Dios.

-También los verás.

-No-por favor... que alguien me despierte...

-Los científicos no poseen la verdad absoluta, Santiago.

-Había escuchado algo sobre los hombrecillos verdes, pero nunca me habían dicho que existiesen sombras que se mueven, y de diez metros de altura.

-Vienen por nosotros, Santiago.

-No te entiendo.

-Los hijos del Sol no necesitan respirar, pero cuando llevan humanos en la nave solicitan la ayuda de los transmutadores del aire.

-¿Son inteligentes?

-¿Tu pregunta es si son autoconscientes?

-Sí.

-Más bien se parecen la conciencia del reino animal. Tienen inteligencia muy desarrollada en los procesos de transmutación de la materia, poseen conciencia, pero les falta la autoconciencia. Responden al pensamiento y a las necesidades expresadas en términos eléctricos.

-¿No nos ven?

-Nos sienten, nos perciben como bruma. Disfrutan absorbiendo el dióxido de carbono y transmutándolo en oxígeno.

-Son plantas.

-Son la esencia de las plantas.

-He traído un regalo para ellos.

Elisabeth extrajo de su mochila un minúsculo mp5 del que salían dos altavoces.

-¡Qué bueno!

-Vamos a ponerles música.

-Me tomas el pelo.

-En absoluto, Santiago.

Elisabeth y Santiago se acercaron a las formas gigantescas de tono esmeralda y la mujer

activó el mp5. Las ondas de música de Pink Floyd, *La cara oculta de la Luna,* comenzaron a escucharse suavemente. Las formas esmeraldas se acercaron a Elisabeth y extendieron sus extremidades entre tentáculos y ramas hasta rodear a la joven y la música que surgía de la palma de su mano.

Elisabeth depositó el regalo sobre la palma de uno de los gigantes, quien la acercó a sus congéneres que parecían moverse al compás de la música.

-Si no lo veo, no lo creo.

-Ya te he dicho que son la esencia del reino vegetal. La música y los sonidos les afectan. Las vibraciones de la música colman sus almas. Pueden ser armoniosas o estridentes, todo tipo de sonido impregna su forma de energía.

-Parece que la nave se está moviendo- exclamó Santiago.

-Ya hemos comenzado el viaje al centro de la Tierra.

-No están los hombres de fuego.

-Se han ido a la sala de control.

-¿Hay más de ellos?

-En esta nave, no

-Entonces, ¿con dos tripulantes es suficiente para llevar una máquina tan gigantesca?

-Y Ómicron.

-El jefe.

-No, el ordenador...

-¡Ah, claro!

Elisabeth sonrió.

-Creo que debes saber algo respecto a los hijos del Sol.

-Dime.

-No todos se dedican a enseñar a los seres humanos. Es más, muchos de ellos, el hecho de venir al interior de nuestro planeta lo consideran como un trabajo científico de cuarto o quinto orden.

-¿Los humanos no somos lo más importante para ellos?

-En absoluto. Es algo parecido a lo que piensan muchos seres humanos de aquellos instructores de perros.

-Quieres decir que nos desprecian.

-A la mayoría de seres humanos nos consideran como especie peligrosa. Como puedan ser un rottweiler, un pit bull, un bull terrier...

-¡Dios!

-Aunque también, hay que decirlo todo, en ocasiones reconocen la valía de humanos con gran corazón y sabiduría.

-Creo que siento mi orgullo herido.

-Tranquilo. Si estás aquí es porque te han dado su visto bueno.

-¿Cuándo ha sido?

-Cuando has percibido que la electricidad recorría tu cuerpo.

-¿Y si no hubiese superado la prueba?

-En este momento estarías convertido en ceniza.

-Exageras.

-En absoluto, Santiago. ¿Comprendes que para mí y para mi familia sería un enorme riesgo que un indeseable supiese sobre nuestra vida?

-Tal vez os podría hacer la vida imposible.

-Sería un gran trastorno, y si llegase a la prensa es probable que nos viésemos obligados a defendernos pasando a la acción.

-¿Quieres decir que quizás lo eliminaríais?

-No tanto. Primero le asustaríamos, luego, él mismo decidiría qué hacer, si vivir o morir.

Santiago se quedó pensativo. Aquel mundo en el que había entrado era algo muy serio. Desde luego, coincidía con las leyendas y cuentos de siempre. La adquisición de cierto tipo de sabiduría requería mantenerla en secreto. Cuando regresasen a la superficie, nunca más volvería a ser el mismo.

Capítulo 19

-Después de que friegues los cacharros de la cocina, pongas la lavadora, tiendas la ropa, hagas la cama, abrillantes el suelo del salón y planches las cuatro cosillas que hay en el tendedor iremos a comprar patatas, verdura, pescado y frutas para que puedas hacer la comida y la cena -le recordó Lucía desde la hamaca donde descansaba del agotador trabajo de tomar el sol en la playa todos los días anteriores.

-Sí, cariño -contestó sin inmutarse Julio Ríos, el insigne profesor.

-Y espero que no fumes como ayer ¿Crees que no lo noté?

-Sí, cielo.

Mientras barría, recordó aquellos tiempos en los que hacía el amor con su esposa. Nunca se imaginó que las relaciones decayesen a lo largo de su vida matrimonial en forma inversamente proporcional al aumento de años que llevaban casados.

El primer año de casado se permitió el lujo de mantener cerca de cincuenta y cinco relaciones sexuales. Casi una por semana. Cuando ya habían pasado tres días, los nervios le traicionaban y el mal humor afloraba. Los dos primeros días estaba

agradecido por la belleza de la relación anterior, otros dos días se mantenía en tensión esperando que la fruta madura cayese del árbol, pero como no caía, explotaba; lo que retrasaba otros dos días hasta que la reconciliación llegase. Pero, claro, cuando la reconciliación había arribado, todavía quedaban unos días en los que la cosa no podía acaecer, así, tan de repente, y cuando coincidía con una cena de amigos, y regresaba echando chispas, después de unos tragos, venía la frase tan inoportuna: me duele la cabeza.

Julio Ríos cogía aire, estaba sin respirar setenta y cinco segundos seguidos, hasta que soltaba el elemento aéreo vital. Lo volvía a repetir, y si era verano se iba a la ducha. El agua tibia apagaría el fuego en el que se había sumido su cuerpo.

Luego vinieron los años dorados , y por fin consiguió hacer el amor una vez al mes si la cosa iba rodada, porque claro, en un mes podía suceder de todo, y nada bueno. Imagínese el día que toca y por un pelín se discute, con lo cual hay que proceder a tachar el día indicado en el calendario de relaciones sexuales, y se pasa al siguiente mes, confiando en que no ocurra nada raro, porque si sucede... se traslada a otro mes posterior y vuelta a empezar.

Llegaron tiempos mejores, el trabajo de mantener relaciones alcanzó la no despreciable cantidad de tres veces al año, luego dos, que con suerte coincidían con las vacaciones de verano, y por fin, para que no hubiese un desgaste excesivo de energía masculina se quedó en una única en trescientos sesenta y cinco días. Pero, la verdad, para que la relación se mantuviese en armonía, se quedó a los sesenta años en la mitad del signo del infinito, es decir en un 0.

Así pues, Julio Ríos, el egregio profesor de instituto, se mantenía casto, casi virgen, y mártir. Lo que le serviría de enorme ayuda cuando tuviese que partir hacia el otro mundo, pues ya no recordaría lo que era disfrutar de un placer. Por lo demás, todo maravilloso.

En ocasiones como aquel día, limpiando el polvo, allí en las Bermudas, se decía a sí mismo que escribiría una comedia al estilo de los hermanos Quintero. Seguro que tendría un gran éxito.

Para más inri, tal y como decían los antiguos, lucía un bello delantal en el que había dibujadas unas zanahorias y unas peras. Y mientras escuchaba música, continuó barriendo.

Ironías y exageraciones literarias aparte, Julio amaba a su esposa con el profundo amor que

existe entre quienes han vivido a lo largo de toda su vida juntos. Habían acaecido momentos difíciles, pero no dudaba en absoluto de que amaba a Lucía. Muchas mujeres y programas de televisión eran unos insensatos cuando propugnaban ideas infernales para mantener la pasión. El matrimonio era como el alambique de un alquimista, en él se forjaba un amor profundo por el cónyuge. No era menos amor porque no hubiese relaciones sexuales, ni pasión, ni apariencia de cariño. La pasión de juventud se transmutaba en un amor que podría ser equivalente al de una madre o un padre hacia sus hijos. Ninguno de ellos mantenían relaciones sexuales, pero nadie en el mundo podía dudar de que padres e hijos se amaban.

Lo mismo ocurría con las parejas que a lo largo de medio siglo de convivencia habían compartido momentos de alegría y de sufrimiento. Habían visto crecer a sus hijos y habían estado ahí, presentes, para echarles una mano ante la dureza de la vida que les quedaba por delante.

Julio Ríos no necesitaba mucho más. Su esposa le recriminaba en muchas ocasiones su falta de atención y cuidado hacia los problemas psicológicos que en toda mujer surgían. Ya se sabía: las mujeres eran más inteligentes. Sin embargo, raramente llegaban a ser sabias, se decía

a sí mismo. Siempre estaban alerta a los impulsos de la vida, y parecía que no conseguían adquirir la capacidad de comprensión que les llevase hacia la luz de la armonía y de la paz.

Seguro que había excepciones, pero como norma general, su sistema nervioso parecía estar hecho para el contacto físico de minúsculas y delicadas situaciones, que pasaban inadvertidas para un hombre.

En definitiva, los niños siempre habían sido más brutos que las niñas.

Julio Ríos aprovechó que no podía pisar el suelo del salón, recién fregado, para fumarse uno de los tres cigarros rubios que diariamente exprimía. Se metió en el servicio, abrió la ventana que daba al océano, absorbió el nocivo elemento, se recordó a sí mismo que aquella era una práctica insalubre, miró con resignación las nubes, se cepilló los dientes, se masajeó el rostro con unas gotas de colonia, se miró al espejo como si fuese un estudiante que ha faltado a clase y comunicó a Lucía que ya podían ir a comprar.

Capítulo 20

Elisabeth condujo a Santiago hasta el puente de mando. Se sentaron a diez metros de distancia de los dos hijos del Sol. Los tripulantes no hablaron entre sí. Ambos permanecían observando dos pantallas.

-Bienvenidos hijos del exilio-se escuchó desde algún lugar.

-Gracias Ómicron-respondió Elisabeth.

-¿Cómo están Rosamunde y Scott?

-Muy bien, y ¿tú?

-Sabes, Elisabeth, que yo no estoy ni bien ni mal, simplemente calculo, pienso, evalúo y recuerdo.

-Disculpa, me parecía que hablaba con un humano.

-Dentro de sesenta segundos vamos a comenzar el viaje por el manto.

-¿Iremos rápidamente?

-No. Los muchachos tienen que recoger multitud de muestras para su doctorado.

-¿En cuánto tiempo calculas que terminaremos el viaje?

-Navegaremos por los flujos semisólidos a cuarenta kilómetros por hora. Necesitaremos tres

días para atravesar el manto. Aumentaremos la velocidad a ochenta kilómetros por hora para cruzar el núcleo externo. Antes de todo eso, habrá dos paradas. Una, muy pronto, en la caverna de Zorg y otra en el lago del Kragken. El resto, ya lo sabes.

-Gracias Ómicron.

El ordenador no respondió. La nave se estaba elevando sobre el agua de la cueva. Más allá de los enormes ventanales, se contemplaban, iluminadas por los focos, las paredes basálticas de la enorme caverna. Lentamente, la nave se fue acercando hacia las rocas. Unos segundos antes de llegar hasta ellas, descendió un escudo protector que dejó sin visibilidad a Elisabeth y Santiago. Tres décimas de segundo antes de que las inmensas placas terminasen de descender, un haz de luz de extraordinaria potencia se filtró hasta el interior de la nave.

-¿Qué ha sido eso?-preguntó Santiago.

-Son los anillos eyectores de plasma.

-¿Giran?

-Así es, aunque tan rápidamente que parecen estáticos.

-¿Se utilizan para fundir las rocas?

-Sí-sonrió Elisabeth.

-A su derecha se iluminó una enorme pantalla. Era difícil distinguir las rocas fundidas envueltas en la luz.

-Tengo un regalo para ti, Elisabeth-comentó Ómicron.

-Ya es suficiente con el don de tu presencia-respondió amablemente la mujer inglesa.

-¿Serías capaz de adivinar de qué se trata?

-Si fueses un hijo del exilio lo adivinaría, pero siendo lo que eres, no me siento capaz de intentarlo.

-Que no exprese sentimientos, no significa que no te conozca, Elisabeth. Tengo información acumulada de tus padres y de ti misma... y...

-Pero, tal vez no sepas todo acerca de mí.

-Quizás te lleves una sorpresa.

-Vamos, Ómicron.

-Conozco tus gustos, Elisabeth.

-Veamos si es verdad.

En aquel instante, en toda la sala comenzó a escucharse "*Have a Cigar*" de Pink Floyd. Apenas habían transcurrido cinco segundos y Elisabeth iluminó su rostro con dos pequeños diamantes que se deslizaban lentamente por la mejilla. Tomó la mano de Santiago y permanecieron en silencio. Cuando cesó la música dijo al ordenador.

-Gracias, Ómicron.

-¿He acertado, bella Elisabeth?

-¿Cómo lo sabías?

-Es la música que más escuchaste en el último viaje, aunque casi fueses una niña. Al mismo tiempo que lo hacías, percibía el cambio de humedad en la sala. Era muy sutil, tal como ha ocurrido ahora.

-Seguro que sabes más cosas de mi vida-continuó la joven con una amplia sonrisa.

-Tu cerebro es un libro abierto para mí, Elisabeth.

-¡Lees también los pensamientos!-se hizo la sorprendida, si bien lo sabía perfectamente. Era una manera de que lo supiese Santiago.

-La mayoría. Además, cada una de las canciones, cada una de las escenas que observas en cada viaje dejan su huella en mis registros. Sólo tengo que buscar, encontrar las distintas coincidencias, y descubrir el patrón.

-Y en este viaje, ¿hay algo nuevo?

-Por supuesto.

-¿Puedes decir algo al respecto?-continuó el juego, Elisabeth.

-Vuestros corazones-respondió el ordenador.

-No te entiendo, Ómicron-se hizo la despistada.

-Están unidos por cálidos haces de luz.

-¡Dios!

-Son parecidos a los que unen a los hijos del Sol, si bien un poco más débiles.

-Cuando concurren tales rayos, se denomina en el lenguaje humano: amor.

-Estoy sonrojando, Ómicron.

-Percibo que los latidos de tu corazón han aumentado en intensidad y cantidad.

-Tal vez sería mejor dejar el experimento. Me has convencido.

-A la orden, Elisabeth.

-Tranquilo, Ómicron. Si un día deseamos llegar a ser hijos del Sol, deberemos acostumbrarnos a la transparencia.

-Este año es más fácil atravesar la Tierra.

-¿Por?

-Por la enorme actividad de las manchas solares. Tal y como ocurre en otras ocasiones, éstas han hiperactivado el núcleo interno y, por ende, el núcleo externo y el manto.

-Entendido.

-Estamos llegando a la caverna de Zorg.

Capítulo 21

-**N**o puede ser-gritó Santiago cuando miró detenidamente a la pantalla frontal.

-¿Qué no puede ser, ingeniero?-sonrió Elisabeth.

-Los come rocas.

-Los urlxs.

-¿Así se llaman?

-Sí.

-¿No podemos salir a verlos más de cerca?

-La presión ahí afuera es extraordinaria.

-¿No tienen que estudiar el terreno los becarios?-preguntó Santiago con un poco de ironía.

-¿Te refieres a Sorx y Lxunx?-miró Elisabeth a los dos tripulantes.

-Sí.

-Ellos suelen recopilar muestras.

-Y nosotros ¿no podemos?

-No lo sé. Nunca hemos estado tan cerca de los urlxs.

-¡Vaya una pena!

-Sí.

-Pero... quizás podamos salir con ellos.

-Nos comprimiríamos inmediatamente. No quedarían ni nuestros huesos.

-¿Elisabeth?-interrumpió Ómicron.

-¿Sí?

-Os prepararé un vehículo y podréis examinar el exterior.

-Es demasiada molestia, Ómicron. Incluso, puede resultar peligroso.

-Tranquila. Para nuestros vehículos de plasma no resulta ningún problema.

-Pero, quizás a Sorx y Lxunx les parezca inadecuado.

-Ellos no tienen la última palabra, Elisabeth.

-Pero...

-En realidad son unos simples estudiantes. Están aprendiendo bajo mi responsabilidad. Cualquier error que puedan cometer, y cometen muchos más de los que ellos creen, es supervisado por mí.

Elisabeth y Santiago no creían lo que estaban escuchando.

-Gracias,

-¡Qué raro es todo, Ómicron!

-¿De quién creéis que es la nave?

-De mis abuelos-intentó adivinar Elisabeth.

-Exactamente.

-Y tú, Ómicron, ¿quién eres?

-Si te dijese que soy parte de ellos, ¿lo creerías?

-Es difícil, para nosotros entender tal cosa.

-Cuando eras muy niña, Scott y Rosamunde te enseñaron el corazón de la nave, ¿no lo recuerdas?

-Creo que no.

-Sin embargo ya has estado en el séptimo nivel.

-Apenas lo recuerdo.

-Subid ambos la escalera hasta el final.

-De acuerdo.

Santiago y Elisabeth ascendieron los peldaños de la escalera de caracol.

-¡Nunca habría pensado que tuviese que ascender noventa escalones dentro de una nave espacial!-comentó Santiago.

-¡Madre mía! exclamó Elisabeth.

-¿No conocías este nivel, Elisabeth?

-Era una niña, apenas lo recuerdo.

Se encontraban en la cúpula de la nave intraplanetaria. Por encima de ellos, sólo luz y más luz. Más allá de la luz parecían encontrarse envueltos por un océano de materia en movimiento. Materia licuada, de múltiples colores que se desplazaba de un lado a otro en forma de

ríos circulares. El centro del séptimo nivel estaba ocupado por una esfera de "cristal" que envolvía materia dorada resplandeciente.

Elisabeth y Santiago se acercaron. Un extraordinario respeto invadió a ambos. La masa dorada radiante parecía estar viva. El oro gaseoso se desplazaba armónicamente en el interior de la esfera diamantina. Quizás la figura que dibujaba era parecida al signo del infinito que rotaba tanto en sentido longitudinal como latitudinalmente. Su belleza era indescriptible y la paz que emanaba de aquella forma viva colmó los corazones de los visitantes.

-Hola Elisabeth- habló la esfera.

-Abuelo-exclamó la joven mirando casi obsesivamente al centro de la esfera dorada.

-Siempre estamos con vosotros.

-Sí-respondió Elisabeth instintivamente.

-Quizás es una grabación-dudó Santiago.

-Tú mismo, Santiago. Quizás sólo tu corazón sabrá si lo que ha ocurrido ahora responde a la realidad.

Elisabeth miró al geólogo. ¿Tal vez le reprochó su falta de fe?

-Lo siento, Elisabeth. Esto es demasiado para mí.

-¿Viajar hacia el centro de la Tierra? preguntó la joven intentado comprender.

-No sé...debe ser que ya no puedo asimilar tantos y tan extraordinarios acontecimientos.

-Tal vez es el momento de salir al exterior- sugirió Ómicron-. Sorx y Lxunx ya están tomando muestras.

-¿Vamos, Santiago?-preguntó Elisabeth.

-Sí.

El sí del geólogo fue un tanto extraño. Era como si le hubiese dado igual salir que no salir. Fue un sí frío, distante. Fue un sí incomprendido por Elisabeth. Incluso, Santiago no comprendía totalmente cómo había ocurrido aquel cambio en su carácter. Sinceramente, no sabía qué le estaba oscureciendo el corazón. ¿Podía ser que aquella luz inmortal le estaba cegando? ¿Quizás era que la magnitud de aquellos acontecimientos le estaba mostrando la nimiedad de su existencia? ¿Podía ocurrir que del interior de su corazón brotase junto a tanto amor, la oscuridad de un enorme complejo de inferioridad?

Elisabeth tomó la mano de Santiago. Sintió la terrible frialdad de un ser humano como nunca lo había sentido antes. Le miró mientras se dirigían al vehículo que les llevaría hasta los urlxs. El geólogo no respondió a la extrañada mirada de ella.

Subieron a la nave. Al igual que su madre nodriza, el minúsculo biplaza se desplazaba por la materia como si estuviesen en el interior de un chicle neblinoso que cambia de forma continuamente.

-Parece como si no nos viesen los urlxs- indicó Santiago, que se había olvidado momentáneamente de su complejo de inferioridad.

-Nos ven, pero no como nosotros.

-¿De qué forma nos perciben?

-El órgano que es similar a nuestra vista capta una imagen. Su "cerebro" tarda en procesarla cinco minutos. Significa que nosotros podemos pasar por delante de ellos, si nos ven en un momento determinado, tardan cinco minutos en darse cuenta de que hay alguien, pero en la siguiente imagen que analiza su cerebro, nosotros ya no estamos allí.

-Entonces... nos ven como si fuésemos fantasmas.

-Exactamente. Aparecemos y desaparecemos. Por lo tanto, si deseáramos relacionarnos con ellos, deberíamos quedarnos quietos en el mismo sitio, al menos cinco minutos.

-¿Y los becarios?

-Parece que te sientes un poco molesto, por algo que no llego a entender.

-No.

-Entonces... ¿siempre eres tan irónico?

-¿Irónico, yo?

-Sí.

-En absoluto.

-¿A quién quieres engañar?

-Quizás me deberías haber dejado tranquilo en las Bermudas-soltó tan duras palabras Santiago como si de cargas de profundidad se hubiese tratado.

-Pensaba que me amabas, Santiago.

-Y te amo, Elisabeth.

-Pues desde hace dos horas, no lo parece.

-No sé qué me ocurre, Elisabeth.

-Confiemos que no sea nada grave.

-¿Grave?

-Esperemos que no nos hayamos equivocado-respondió la inglesa, con amor.

-Tal vez deberíamos dar la vuelta.

Elisabeth no creía lo que estaba sucediendo.

-Si es tu deseo, Santiago.

-Prefiero retirarme a mi habitación-contestó el español.

-Lo que tú desees.

Elisabeth pensó que se le partía el corazón en dos cuando su amado Santiago cerró con llave desde el otro lado de la puerta.

-Debemos continuar el viaje, Elisabeth- indicó Ómicron.

-¿Y si Santiago desea regresar?

-Ocurra lo que ocurra, la nave debe continuar hasta la curvatura del espacio tiempo.

-Lo que tú digas, Ómicron.

-Ha subido el porcentaje de humedad, Elisabeth.

-Lo siento.

-Las lágrimas en los humanos son por dos motivos, por alegría y por tristeza.

-Sí, Ómicron.

-¿Quizás son por tristeza, querida Elisabeth?

-Sí.

-No es necesario que estés triste.

-No lo puedo evitar.

-Los humanos son impredecibles. Lo sé muy bien.

-Es que no entiendo qué le ocurre a Santiago.

-Quizás es la cantidad de luz que se ha acumulado en su cuerpo.

-¿Tú crees?

-Es la única diferencia que observo en él.

-Pero la luz es buena.

-No siempre, Elisabeth.

-La luz es el alma de la naturaleza humana.

-Así es. Pero cuando hay excesiva luz, las plantas, los animales y los seres humanos pueden llegar a quedar irritados o cegados.

-Quizás tengas razón, Ómicron.

-Sus hilos de amor llegan hasta ti. No debes preocuparte, Elisabeth.

-Y en la laguna Kragken, ¿qué ocurrirá?

-Nadie lo sabe.

-Tal vez mi abuelo.

-Incluso él, en su inmensa sabiduría, es probable que no lo sepa.

-Pero...

-Sé lo que vas a decir. Él sabe que un ser humano en última instancia tomará la decisión adecuada, pero nadie sabe cuánto tiempo debe transcurrir hasta que ocurra. Puede ser ahora, un año más tarde, cien años o cien vidas después. El tiempo es extraordinariamente extenso.

-Pero... necesito que sea ahora cuando tome la decisión acertada.

Ómicron no respondió. Elisabeth se despidió de los universitarios solares y se encerró en su cuarto. Intentaría dormir.

Capítulo 22

Ni Elisabeth, ni Santiago pudieron dormir. El joven miraba por la ventana. En general era algo monótono. Siempre la misma luz y parecidos movimientos de la materia en estado líquido.

Por su parte, Elisabeth no podía hacer nada. Estaba llegando la hora de la decisión y lo acaecido el día anterior presagiaba malos augurios. Se acercó a la estantería y tomó el libro de relatos de su abuelo Strung. No tuvo fuerzas para abrirlo.

Por un lado, el corazón la animaba a confiar en Santiago, y por otro, unos segundos más tarde las dudas más terribles asaltaban su mente. Amaba a Santiago como nunca había amado a ningún hombre. No importaba que apenas hiciese una semana que se habían conocido. Desde el primer instante que le vio en cubierta, volcó tanto amor en él que incluso para una mujer normal era algo desconocido. Por su sangre corría el aura del sol. Todavía no sabía qué le reportaría concretamente, pero su corazón dorado se sintió atraído por el de Santiago. Miró anhelante hacia el exterior. Preguntó a Ómicron cuánto tiempo restaba para llegar al lago de la decisión.

-En diez minutos entraremos en el lago de magma Kragken, el final del manto y el principio del núcleo.

Elisabeth y Santiago salieron al mismo tiempo de sus habitaciones. Elisabeth miró a Santiago, pero éste le devolvió la mirada más fría que nunca hubiese imaginado. Si algo podía convertir en piedra el corazón de un ser humano, sin duda sería algo así. ¿Qué le estaba sucediendo a su amado? Necesitaba una respuesta. Mientras Santiago salió al puente donde se encontraban los jóvenes dioses solares, Elisabeth comenzó a llorar sin poder evitarlo, y ascendió los interminables peldaños que le separaban del corazón de la nave. Necesitaba hablar con Ómicron y con su abuelo.

-¿Qué te ocurre, Elisabeth?-preguntó Ómicron?

-Algo terrible. Creo que Santiago me odia.

-¿Quieres decir que no te ama?

-No amar es decir poco. Su mirada era la de un ser que guarda un terrible rencor.

-El ser humano es en multitud de ocasiones como un pozo sin fondo y oscuro, Elisabeth.

-Tal vez... podría hablar con mi abuelo.

-Dime, Elisabeth-surgió la voz de su abuelo.

-Abuelo...

Desde la esfera dorada, donde la vida palpitaba, surgieron haces de materia luminosa que abrazaron a la joven.

-No llores, pequeña.

-Estoy asustada. Santiago me odia.

-¿Por qué dices eso?

-Me ha mirado de una forma inexpresiva, como si estuviese en otro mundo... me ha dado escalofríos.

-Está a punto de tomar la decisión, Elisabeth.

-¿Quieres decir que es normal?

-Cuando un ser humano se acerca al lago Kragken está entrando en sus recuerdos.

-Pero... yo no siento nada.

-Tú eres, en cierto modo, hija del Sol, Elisabeth. No te afecta tanto su cercanía, únicamente si te bañas en él, como ha hecho más de un insensato hijo solar.

-No entiendo qué tienen que ver los recuerdos con su mirada fría y distante.

-Todo ser humano mantiene en la memoria muchos acontecimientos ocultos pertenecientes a otras vidas.

-Sigo sin entender, abuelo.

-Las experiencias han podido ser inmensamente buenas, pero también extraordinariamente terribles.

-Pero... él no era así.

-Vuestros corazones se han reconocido. Vuestros arquetipos se corresponden, se aman. Sin embargo, en la decisión que está a punto de tomar, todo el dolor experimentado a lo largo de miles y miles de años surge junto a la luz. Santiago no tiene capacidad de recordar concretamente, pero sí que posee un punto de abstracción, una zona oscura en su conciencia que es producto de terribles desengaños.

-¿Y?

-Si cuando llegue a las inmediaciones del lago no vence la inercia y se deja llevar por tan terrible condensación de resquemor, perderá la oportunidad de amar en la luz, y deberá regresar a la oscuridad.

-¿Puedo hacer algo?

-Rezar. Abrir con tu pensamiento un camino de esperanza que rompa, que destruya, que desintegre la densa capa de materia oscura que le rodea.

La materia luminosa que había surgido de la esfera dorada regresó a su lugar de origen, y Elisabeth descendió los escalones. Llegó justo en el

momento en el que Sorx, Lxunx y Santiago con el visto bueno de Ómicron salían al exterior. Apenas había visibilidad. La incandescente y minúscula nave se disolvió dentro del magma. Elisabeth miró. Las lágrimas seguían regando sus pómulos. Fue a su habitación, pasó sin leer las hojas del libro de Strung. El dolor de su corazón necesitó el agua dulce y reparadora del mundo de los sueños.

-¿Puedo pasar, Elisabeth? -despertó a la joven la voz de Santiago.

-Adelante-respondió ella, todavía medio dormida.

Santiago entró sonriendo. No había ni rastro de su mirada fría y terrible.

-De mi corazón a tu corazón.

Elisabeth apenas comprendía.

-De mi alma a tu alma, Elisabeth-dijo Santiago mientras le entregaba en la mano un extraordinario diamante en forma de corazón.

-Gracias-acertó a decir, totalmente desconcertada.

-Lo siento, Elisabeth.

-¿Qué te ha ocurrido Santiago?

-No sé. Estaba triste, sentía odio hacia todo. Acompañé a Sorx y Lxunx, nuestra nave se sumergió en el lago. Me sentía envuelto en alquitrán, en la oscuridad más densa que jamás

hubiese imaginado. De repente, te recordé y ocurrió un extraordinario milagro. Fue como si la agonía que me invadía se hubiese roto en mil pedazos. Los hijos del Sol extrajeron del magma algo incandescente que una vez en la nave se transformó en este diamante.

-Yo también tengo un regalo para ti.

Elisabeth no lo pensó dos veces. Tomó de su mesilla el libro que había estado repasando y se lo entregó a Santiago.

-Gracias.

-Es el relato de la estancia de mi abuelo Strung en la Tierra.

-Tal vez es demasiado.

-Lo mío es tuyo, Santiago.

El hombre miró a la mujer e inclinó la cabeza en señal de profundo agradecimiento.

La mujer se acercó al hombre y besó levemente los labios.

Santiago la estrechó entre sus brazos mientras susurró: de mi corazón a tu corazón, de mi mente a tu mente, de mi alma a tu alma, Elisabeth.

La joven inglesa supo, sin la menor duda, que aquellas frases sólo podían ser expresadas por alguien que había cruzado la parte más oscura de su mente y había resultado victorioso.

Capítulo 23

Después de haber transcurrido una hora observando desde su habitación el núcleo externo de la Tierra, Santiago pensó, con razón, que era como viajar en un submarino por las profundidades del océano, con la diferencia de que la luz incandescente daba la sensación al viajero de estar siempre inmerso en oleadas de niebla brillante. Se tumbó sobre el confortable sofá que había junto a la ventana y abrió el diario del abuelo de Elisabeth.

Strung, un hijo del Sol en la Tierra.

Querido amigo lector: si ha caído esta preciada historia en tus manos, confío que me comprendas y sirva en tu largo peregrinaje desde la luz a la oscuridad, y desde la oscuridad a la luz.

Las fuerzas y energías del universo son extraordinariamente potentes, y para un ser humano, así como para un hijo solar, una vez han entrado en su dinámica, les es imposible poderlas evadir. Lo que voy a

narrar quizás sirva de utilidad y ayuda para los eternos peregrinos que viven en los múltiples sistemas solares.

Todo comenzó en el año dieciséis millones trescientos cuarenta y cuatro mil doscientos diecinueve de nuestra civilización, una de las muchas que se han sucedido en nuestro sol. Sé que si un humano llega a leer esta cifra astronómica en referencia a su limitada vida, dudará, lo cual es algo que no me atañe. En lo que respecta a mí, lo único que me importa es que un humano que aspire a llegar a ser una entidad solar, encuentre interesantes ciertos conceptos. Cuanto más avance la civilización de la Tierra, mayor será la posibilidad de ser creído, y por lo tanto, la utilidad del diario.

Santiago ya había visto extraordinarios ejemplos de lo que la vida podía llegar a ser, y no le originó ninguna incertidumbre imaginar la edad de una civilización tan extensa en el tiempo. Era de esperar que los señores solares tuviesen una vida más prolongada que la humana. Quizás podía ocurrir algo parecido a la diferencia de longevidad entre una hormiga y un ser humano, que mientras hay algunas que apenas viven unas semanas, hay hombres y mujeres que viven cien años.

Es difícil evaluar si los anhelos que surgen de nuestro corazón son apropiados o no. La elección de un

camino no es, en muchas ocasiones, correctamente evaluada. Puede que nos lleve al más estrepitoso de los fracasos o que nos conduzca a las cimas de las montañas más elevadas. Lo importante es vivir, y la vida en el universo es más abundante que las microscópicas partículas de arena de una playa. Existen grandes fracasos y extraordinarios éxitos para aquellos que vivimos. Unos los sufrimos, y otros los disfrutamos; pero todos nos conducen hacia la sabiduría. Nuestros pies, cansados de sufrir, desean elevarse y no tocar de nuevo el fuego y el hielo de las áridas y desérticas estepas de la muerte.

Basta de hablar y vayamos a contar los hechos.

Mi nombre es Strung, soy hijo de Ront y de Tali. Transcurrí mi infancia jugando, y mi juventud estudiando. Poseía todo lo que se podía poseer. Mi salud no tenía fisuras y mi poder mental era como el de todos mis amigos. La electricidad obedecía a mi mente como a un humano le obedecen los brazos o las piernas. El fuego eléctrico de mi espíritu era libre y a través de él podía volar hacia cualquiera de las esferas de nuestro sistema solar. Algunas de ellas son, en esencia, parecidas al Sol. Los ángeles de la luz actúan de una forma parecida. Piensan, crean un diferencial en la materia circundante y resplandece la luz. La luz estimula nuestras vidas. Algunos de nosotros se conforman con habitar siempre el mismo plano y cada cierto tiempo surgen excepciones, que necesitan descender a la materia sólida. Y entre los extraños señores solares,

considerados fracasados para la civilización solar, que anhelan el contacto con la materia más densa, estoy yo.

Mientras la mayoría de nuestra civilización asciende de plano en plano hacia lugares no imaginados y estrellas de nuestra galaxia, otros, los menos, los fracasados, según el baremo social, percibimos una atracción tan poderosa hacia las formas de gran densidad que no podemos evitar nuestro cruel destino.

Pronto, mis padres se dieron cuenta de que yo había salido un rebelde, un materialista y un ser solar descendente. Intentaron que rectificase. Y pareció que lo habían conseguido, hasta que me enrolé en una expedición de estudio con destino la Tierra.

Así pues, cuando llegué al lago Kragken, comenzó mi odisea.

-¡Dios! -exclamó Santiago.

Incluso nosotros, los semidioses solares, tenemos limitaciones. Siempre son autoimpuestas cuando se trata de decisiones individuales, pues la libertad de decisión que no tiene especiales implicaciones grupales, como puedan ser el destino del Sol o de alguno de sus múltiples planetas, muchos más de los que consideran los humanos, es uno de nuestros privilegios.

En el mismo instante que partió la nave nodriza con veinte aspirantes a científicos y entró en el túnel a través

del espacio tiempo que une la Tierra con el Sol, supe, sin el menor atisbo de duda, que no regresaría con ellos.

Como suelen decir los humanos: lo llevaba oculto en mi karma. En mi condición de hijo solar existían residuos de alguna vida anterior que debían ser superados, si en un futuro deseaba prosperar como esencia inmortal en los niveles del Ser.

Paradójicamente, tal defecto, si así puede llamarse, es esencial para la subsistencia de todos los niveles en que se imbrica la Vida Una. Dicho de otra forma, las zonas oscuras que todos los seres de un nivel poseen, les ponen en contacto con las zonas más iluminadas de los individuos que habitan en el nivel siguiente en la escala descendente. Por si no me he explicado bien, en algunas religiones es conocido el arcaico concepto de salvación. La interacción de los niveles inferiores y los niveles superiores viene posibilitada por la existencia de ciertas brechas o fallas que hacen que la luz y las tinieblas, términos siempre relativos e intercambiables, se intercomuniquen. Si cada una de las esferas del Ser fuese perfecta no podría haber comunicación posible entre unas y otras. Por lo tanto, mi carencia como entidad solar representaba la garantía de evolución para aquellos humanos a los que pudiese implicar en mis desatinos y errores como hijo del Sol.

Santiago estaba completamente absorbido en aquella lectura. La nave intraplanetaria continuaba su curso a través del magma. Quizás

debería estar estudiando científicamente el comportamiento de los materiales que nunca, nadie había podido observar, al menos nadie conocido por la opinión general de la humanidad, pero tener en sus manos el diario de un hijo del Sol, no era algo que ocurriese siempre. Muy probablemente, era su única oportunidad de tenerlo entre sus manos. Pensó en Elisabeth, sonrió. Ella, con toda seguridad, dormía plácidamente. Y si le había dejado un libro tan particular debía ser por alguna razón. Quizás visitarían a su abuelo Strung. Miró al ventanal de blanco inmaculado. Si estaban en el interior de la Tierra o bajo alguna montaña, realmente, sólo los tripulantes lo sabían. Y ¿qué quería decir Strung con el túnel en el espacio tiempo?

La mente de Santiago estaba sobreexcitada, parecía estar revolucionada. No era para menos. Durante casi siete días había caminado por un sendero en el que los acontecimientos eran cada vez más inexplicables. Se pellizcó en el brazo. Recordó que un amigo suyo le había dicho que él lo hacía, pues de esa forma sabía si estaba soñando o despierto. El geólogo sintió el dolor y continuó despierto o dormido o lo que fuese. Nada cambió. Cerró el delgado libro que tenía entre sus manos, observó las letras de color dorado sobre la tapa

dura de color rojo. Justo debajo del encabezamiento había dibujado, en relieve, un corazón, también dorado, del que salían despedidas líneas en forma de rayos. Sobre el corazón el signo del infinito. Palpó cada una de las ranuras. Debía ser oro. Al tocar el signo del infinito cerró los ojos y vio a Elisabeth de la mano de Strung-supuso.

-¡Dios! -gritó asustado.

Volvió a cerrar los ojos. Sólo vio oscuridad. Y continuó.

-Strung-le indicó el profesor-, conoces las normas. Ningún hijo del Sol puede bañarse en las aguas del lago Kragken.

Miré al monitor. En mi interior fui absorbido, invadido, tiranizado por un irrefrenable impulso de lanzarme dentro de las aguas de fuego.

-Lo siento, debo entrar.

-¿Y tus padres, Strung?

-Dígales que las aguas del lago me llaman.

-Strung-gritaron mis compañeros.

-Quiero conocer, quiero saber, quiero sentir, quiero poseer, quiero ser poseído-les grité con síntomas de locura total mientras sentía la fuerza del magma sobre mi cuerpo eléctrico.

-¡Padres!- exclamó Santiago cerrando el libro. Necesitó beber un poco de agua. ¿Por qué

me has regalado el libro, Elisabeth? ¿Quiénes sois? ¿A dónde me lleváis?

-Confía en mí, Santiago-parecía contestarle Elisabeth.

El joven ingeniero y geólogo pensó de nuevo en todo lo que estaba acaeciendo. ¿Star Trek? ¿The Core? ¿E.T.? ¿Viaje al centro de la Tierra? ¿Dónde se había metido? Había un espejo. Se observó el rostro. Sus ojos... parecían de fuego. Se palpó la frente, tenía gotas de sudor. Se miró los brazos, las manos... ¿qué le estaba sucediendo? Sin duda debía ser algo bueno, pues percibía que cada punto de su cuerpo rebosaba vitalidad. ¿El centro de la Tierra le estaba transmutando? ¿Acaso estaban entrando en algún agujero negro desconocido? ¿Y si el núcleo de la Tierra no fuese lo que hasta ahora se había supuesto? ¿Y si los modelos de predicción no se correspondían con la realidad? ¿Y si en verdad el núcleo de la Tierra era de mantequilla? Por Dios, Santiago, no es el momento de decir tonterías... Pero... y si... estaban entrando en un plegamiento del espacio tiempo, significase lo que significase tan rimbombante frasecita de los físicos... Se volvió a mirar en el espejo. Cada vez se sentía con una creciente energía. Entonces se estaba convirtiendo en Hulk...

Otra vez no, Santiago... no mezcles la realidad con la ficción.

La luz del pequeño ventanal era tan brillante que apenas se podía resistir. El geólogo no sabía que un hombre normal habría quedado ciego con sólo mirar unos segundos tamaña fuente luminosa.

-Bienvenido al **Día de sé con Nosotros**-escuchó en su cerebro la voz de Elisabeth.

Miró a la puerta. No había nadie. ¿Se estaba volviendo loco?

-No-se contestó.

-Yo soy ellos-pronunció en voz alta.

-Iré a ver a Elisabeth-se dijo.

-No, no es el momento-se respondió-. Continúa con el manuscrito de Strung.

Capítulo 24

Querido amigo lector, puesto que deseo objetivar mis experiencias, desde ahora narraré mi propia aventura como si de una pequeña novela se tratase. Así debe ser, puesto que aquel náufrago que fui, ya no lo soy. Y aquel Strung que entró en el lago Kragken ya no existe.

La figura dorada, de portentosa energía, de un dios solar entró en las aguas de fuego del lago Kragken. Por todo su cuerpo recorrieron mil millones de partículas eléctricas. Hasta tal punto fueron agradables que ya en el primer segundo pudo afirmar sin lugar a dudas que sus maestros le habían estado engañando a lo largo de toda su vida. Debía existir algún interés oculto, que en ese preciso momento no podía averiguar, por el que los sabios guías de su civilización solar habían aconsejado no sumergirse en el lago de las energías complementarias.

Se zambulló, se cerró su tercer ojo y se dejó llevar por las sensaciones placenteras de la inmensa energía del lago. Aquello era en verdad vivir. Hasta ese momento, su vida había sido ascética, como la de todos los hijos del Sol. En su mundo solar, los placeres eran mentales y poseían un componente más sutil y delicado. El embelesamiento por las virtudes era un placer que se percibía como ligeras descargas eléctricas. Disfrutar de la belleza, de la armonía, de la música era llegar al arrobamiento del alma, pero desde luego, nada comparado con los impactos que en el lago de magma incandescente estaba percibiendo.

Nadó, más bien buceó, durante horas y horas humanas. El lago Kragken era una esfera de seiscientos kilómetros de diámetro. Miles de millones de metros cúbicos de magma diferenciado del resto de la masa magmática.

Las primeras sensaciones se fueron difuminando. Agotado por la recepción de tal avalancha de estímulos se relajó y dejó llevar por la corriente. Era un pez de fuego eléctrico sumergido en un océano de fuego de materia.

Paulatinamente fue siendo rodeado por cálidas formas onduladas diferenciadas de materia ígnea. Planearon sobre su dorado cuerpo. Las formas, femeninas, se deslizaban por toda la extensión de su fina y delicada piel etérica. No había punto de la misma que no sintiese el placer del contacto con aquellos seres. Cada sensación se convertía en sonido que hacía vibrar el interior de su cuerpo. Era el principio. Las primeras ondulaciones de materia ígnea con forma femenina anunciaban la llegada de su señora.

-Bienvenido hijo de Dios.

-¿Quién eres?-preguntó Strung.

-¿Cómo puedes tú, un hijo de Dios, preguntarme a mí quién soy?

-¿Debería saber tu nombre?

-Un hijo de Dios debería saber el nombre de sus súbditos.

-Los hijos de Dios no tenemos súbditos.

-Entonces... ¿qué son las múltiples esferas que reciben la energía del Dios Sol?

-Son distintas partes de un mismo sistema solar.

-Sin embargo, para nosotras, tú eres un Dios.

-Probablemente estáis equivocadas. Yo sólo soy un visitante.

-Quizás, ya veremos.

-¿Cuál es tu nombre?

La figura abstracta, continuamente cambiante, se acercó hasta Strung; envolvió en formas espirales todo el cuerpo del hijo del Sol; acarició su anquilosado y arcaico sexo, y un estremecimiento como nunca había experimentado, le hizo perder el sentido durante unas décimas de segundo.

-Deberás averiguarlo.

-Es extraño, me llamas hijo de Dios y sin embargo te niegas a darme tu nombre.

De nuevo volvió a rozar cada partícula de piel de Strung. Sonreía.

-Soy la Señora del Placer Ígneo.

-Mi nombre es Strung.

-Cuando lo desees, llámame. Al instante daré cumplimiento a cada uno de tus más ocultos deseos y profundos anhelos, ansiado y esperado hijo de Dios.

Strung no supo qué contestar. No estaba preparado para una experiencia tan extraña. Permanecía perplejo. Las múltiples y delicadas formas femeninas se desvanecieron en la luz del lago Kragken. Cada uno de sus órganos estaba excitado, y muy en especial su masculinidad.

Capítulo 25

Julio Ríos miró a su esposa. Estaba atractiva, allí tumbada en la hamaca y leyendo varias revistas sobre moda y decoración. Su primera intención fue decirle: "qué guapa estás" "podíamos hacer algo" pero cuarenta y cinco años de noviazgo y matrimonio, de algunos escasos "*de acuerdo*" y decenas por no decir cientos de "*no seas pesado*" fueron una losa demasiado densa que no tuvo fuerzas para levantar. Con un cien por cien de probabilidades de que le contestase un rotundo no, pensó que era mejor seguir leyendo a Ken Follet. Entre ambos se había forjado un grueso muro de reproches. Pero no es porque él fuese el sujeto pensante dentro de su cerebro, sino porque estaba convencido de que él había superado un poco mejor sus problemas matrimoniales. Cuarenta años escuchando "*no*" habían dado para mucho sufrimiento.

Desde hacía un lustro, cuando había claudicado definitivamente, era más feliz. En algún momento, cuando observaba la figura de su esposa, había pensado que se quemaría por dentro. La pasión le abrasaba y necesitaba salir a dar un paseo. Ella caminaba por la casa como si nada, con

su falda corta, se sentaba en el sofá y en ocasiones descuidadamente mostraba alguna parte de sus encantos. No era realmente consciente de que Julio tenía que apretar los puños y resistir los embates de la pasión.

Sólo una vez, a lo largo de tantos años, fue ella quien le propuso hacer el amor. Fue una cruz extraordinariamente pesada para Julio. Sin embargo, la amaba desde la primera vez que la vio. Ella tenía catorce años, y él, dieciocho. Él estaba saliendo del instituto y ella entrando. Y siempre, siempre la había amado.

Cuando tenía treinta y cinco años, en la flor de la vida sexual, tuvo que decidir. Seguir o no. Y decidió continuar. El problema sexual era algo que nunca sería resuelto por los seres humanos. Si por casualidad hubiese recomenzado alguna incierta aventura, habría llevado al mismo destino. A la insatisfacción de uno de los dos amantes. Era un cálculo simple y sencillo. No podían existir en el mundo dos seres humanos que se completasen perfectamente y perpetuamente en sus relaciones sexuales. En algún momento, uno de los dos no estaría a la altura del otro. Por lo tanto, el problema de la satisfacción sexual completa, eterna, con amor y en plenitud de facultades era una utopía. De donde se deducía que o bien en

esta vida o en una próxima, el hombre y la mujer deberían tomar una decisión: amar sin desear.

Pero... ¿cómo amar sin desear a tu propio esposo o esposa? ¿Cómo evitar la frialdad en la que puede caer envuelto uno de los dos, o tal vez los dos?

Los psicólogos del amor, en opinión de Julio, no estaban a la altura de las circunstancias. Eran jóvenes, y simples productos de la sociedad actual tendente al narcisismo juvenil, materialistas y no creyentes. Es mejor separarse, habría sido el consejo. Pero... ¿de verdad era mejor separarse?

Julio miró a Lucía. Recordó su alma de niña. Con más de sesenta años no deseaba cometer errores. Él la amaba.

-Estoy harta-protestó Lucía sacando de sus pensamientos a Julio.

-¿De qué?

-Quince años luchando contra mi cuerpo.

-Mujer... pesabas cerca de noventa, ahora estás en setenta y cuatro.

-Ya. Para ti es fácil decirlo. Pero no me comprendes.

-Estás obsesionada, Lucía.

-Mi entrenador me ha dicho que tengo que pesar sesenta y nueve kilos.

-Pero... ¿no ves que eso se lo dice a todas? Es una forma de estimularte.

-Tú no sabes lo que es llegar a casa y querer comer compulsivamente.

-Bueno, pues tranquila. Comes unas verduras, un filete de carne, una naranja, un poco de pan y ya está.

-Pero... ¿estás tonto? estoy a régimen.

-No creo que por comer normalmente vayas a engordar.

-Eso lo dices tú.

-Un poco de pan no le engorda a nadie.

-A ti, no, pero a mí, sí.

-Ya, porque lo digan unos cuantos gilipollas.

-¡Ojalá Dios, te pase a ti algo, ya verás lo que es sufrir!

Julio se mordió los labios. Le habría respondido, ¿y el infierno por el que he pasado yo a lo largo de cuarenta años sin hacer el amor todo lo que quería?

-Todos hemos sufrido-contestó Julio.

-Tú... ¡qué vas a sufrir! siempre a lo tuyo. A tus libros y a tus alumnos.

-Yo creo que estás bien, que no necesitas bajar más de peso.

-¿Es que eres estúpido?

-Un poco de respeto.

-Eres tú el que no me respeta, ni me comprende, ni se preocupa por mi salud.

-Es que estás obsesionada con los tres o cuatro kilos de más.

-Mejor comprendiste a aquella profesora joven que te pidió ayuda.

-Ella confiaba en lo que yo decía.

-Ya...ya.

-¿Cuántas veces te he dicho que aprendas a respirar? Ni repajolero caso.

-Vaya estupidez, respirar.

-Para mí es lo más importante de la vida. Es lo que te puedo enseñar, y sin embargo no soy digno de tu confianza ni aprobación.

-No tienes ni idea de lo que dices.

Julio dejó de discutir. Todos sus conocimientos no servirían de nada. El muro nunca se derrumbaría del todo. Y sin embargo, sabía que amaba a Lucía. Ella nunca le perdonaría la relación espiritual con una profesora. En ningún caso se planteó dejar a su esposa. Aquella relación había sido estrictamente de alma a alma. Para él habría sido un terrible fracaso como ser humano dejar a Lucía. Eran dos mundos distintos con sus propias leyes, pero... el foso estaba ahí, y ya no podría ser salvado.

En realidad, su esposa estaba buscando un sentido a su vida, intentaba encontrar el contacto con su alma, pero estaba condenada a no conseguirlo. Ella quería un cuerpo perfecto. Era su obsesión. Y la pregunta era ¿cuánto tiempo podía durar un cuerpo perfecto si dentro había un alma sufriente y anhelante por expresarse? Aunque la cosa no era tan sencilla, pues también podía ocurrir que el alma, dentro del cuerpo, fuese, en última instancia, quien realmente quería y anhelaba un vehículo físico más perfecto.

La lucha en el interior de los seres humanos era algo inexorable. Había quienes luchaban contra su deseo de placer sexual, quienes se peleaban contra el deseo de alimentarse compulsivamente, quienes se esforzaban por no apropiarse de lo ajeno, quienes sentían odio y luchaban contra tan terrible sentimiento, quienes se resistían contra su ludopatía, quienes estaban atormentados por sus adicciones al alcohol y a las drogas...

Entre tanto, como si se tratase de pequeñas islas de un inmenso océano, emergían algunos destellos de tranquilidad y armonía. Pero los desequilibrios psicológicos estaban a flor de piel.

-¿Vienes a bañarte?-preguntó Julio.

-Luego, un poco más tarde.

El insigne profesor, el desacreditado esposo, el inepto amo del hogar se sumergió en el agua del océano Atlántico. Estaba un tanto fría, pero podía resistirlo. En otros tiempos había sido como un dios. Había conseguido, a través de su mente y corazón, salvar de la tristeza a alguien que había confiado en él. Ahora, simplemente se bañaba en las aguas de un mar inmenso, cual minúscula partícula que se mecía en las interminables olas de un Dios que permanecía oculto tras las miserias humanas. El Dios Sol emitía sus rayos que otorgaban calor y luz. Su energía era infinita en comparación con el minúsculo tamaño y corto tiempo de vida de un ser humano. El Padre eterno ofrecía sus dones a quienes los deseasen tomar. Él continuaba emitiendo enormes llamaradas de vida que inexorablemente llegaban hasta la Tierra. Y los microscópicos y engreídos seres humanos se peleaban consigo mismos y con otros buscando la belleza, la armonía y la paz. Eran como peces rodeados de agua y muriéndose de sed.

Capítulo 26

Strung continuó su inmersión por el lago Kragken. De nuevo se acercaron hasta él diferentes formas difusas de

entidades ígneas. Algunas se le adherían a los brazos, otras al cuello, varias, más inconscientes o menos sutiles, rodeaban sus piernas, y las más atrevidas, llegando aparentemente hasta la desvergüenza, envolvieron la zona donde debería estar su órgano masculino. Sólo era un lugar atrofiado que obstruía normalmente la energía. Su especie solar parecía compartir con los seres humanos un legendario órgano reproductor. Podría resultar extraño e incomprensible, para cualquier terráqueo, la extraña posibilidad de que un ser solar poseyese un abstracto atributo masculino etéreo que fuese estimulado por electricidad de cierto tipo e intensidad, pero así era.

La energía del lago Kragken era energía especializada en la relación de los polos complementarios. Dicho de una forma más burda, el lago de magma, cercano al núcleo del planeta, contenía la esencia de su energía sexual y reproductiva. Especificando aún más, si cabe, el lago Kragken, de unos seiscientos kilómetros de diámetro, era una analogía planetaria de los órganos reproductores masculinos o femeninos de un ser humano.

Fue algo que intuyó Strung casi desde el mismo momento en el que tocó la materia ígnea especializada.

Y en el interior de su alma, sabía perfectamente que era a lo que había venido a la Tierra. ¿Por qué él era diferente a los demás hijos del Sol? Una pregunta muy difícil de responder. ¿Era un degenerado si se le comparaba con los entes solares? Con enorme probabilidad era algo que

incluso el más sabio de los sabios de los hijos del Dios Sol no acertaría a contestar de una manera taxativa. Por lo tanto, que Strung tuviese dudas y más dudas sobre su decisión era normal. Se dejó llevar por su inteligencia y lógica, una de las herramientas que las entidades solares descartaban, pues para su funcionamiento como grupo utilizaban lo que nosotros llamamos, incompleta y desacertadamente: intuición.

Los humanos, en especial cuando hablamos por hablar, queremos dar a entender por intuición algo así como un sexto sentido que nos advierte, que nos indica, sin saber la verdadera causa, que algo va a ocurrir, o que existe una X desconocida, pero a la que hacemos caso.

Intuición, en su verdadera acepción en el lenguaje de los hijos solares, es la herramienta mental que permite instantáneamente saber cómo se encuentran los integrantes de su civilización. Dicho de otra forma, algo parecido a la telepatía o más bien a la omnitelepatía. Para los seres de fuego o la civilización solar, la lógica y la inteligencia estaban por debajo del umbral de su conciencia habitual. Algo similar a lo que los seres humanos pensamos del instinto.

Strung era, pues, un hijo solar que en cierto modo no estaba a la altura de la intuición, virtud que desapareció cuando se le cerró el tercer ojo, en el preciso instante en el que se sumergió bajo las aguas magmáticas del lago Kragken.

Los habitantes del lago Kragken tenían una sola y única obsesión: fusionarse. La fusión de los diversos entes generaba una poderosa energía que revitalizaba a la Tierra desde aquellos lugares interiores. Aunque fuese algo incomprensible para los científicos del planeta, gran parte de la vitalidad de los animales y de las plantas, incluso del ser humano como parte animal que era, provenía de la electricidad originada en las zonas internas de la madre tierra.

Dos tipos de electricidad, desconocida por los científicos, interactuaban en los reinos de la Naturaleza, el solar y el intraterreno, si bien éste último, también era cósmico respecto a su fuente original.

Strung se dejó llevar por el deseo de aquellos elementales seres que se sentían atraídos por su masculinidad. Les dejó hacer, no fue capaz de resistirse a las caricias de los seres ígneos y percibió la dulce sensación que producía su energía interna al derramarse entre las piedras de fuego. Cuando todo terminó, las minúsculas serpientes ígneas resplandecieron y le dejaron tranquilo.

El dios solar se quedó dormido. Ella, la divina Señora del Placer Ígneo observó atentamente. Como si de una neblina se tratase, se acercó hasta Strung y le envolvió con su cálido ser. Los anhelos de su corazón se reavivaron. ¡Hacía tanto y tanto tiempo que esperaba la llegada de un ente solar como Strung! Era la única forma, para ella, de

emerger como energía revitalizadora de la naturaleza mineral y vegetal que existía en la superficie del planeta.

Santiago cerró el libro. Pensó en Elisabeth. El fuego de su corazón era extraordinariamente intenso. La amaba. ¿Y ella? ¿Qué podría esperar una mujer, de tan alto rango, de un simple geólogo, al que justo le llegaba para vivir con la exigua beca del estado y la ayuda de sus padres? Elisabeth había dado sobradas muestras de que también le amaba. Cerró los ojos y se durmió.

Capítulo 27

Strung se despertó. Miró a su alrededor. El magma permanecía tranquilo. O dicho de otra forma, no se percibían formas etéreas y neblinosas. Se sentía extraordinariamente bien. En su interior descubrió una rara sensación de dulzura que nunca antes había percibido en su mundo. Su rudimentario órgano sexual estaba eléctrico. Quizás no debería estar así. Después de la salida del flujo de energía, podría asegurar que lo normal era que simplemente, no existiese, que fuese inconsciente de él, de la misma forma que era inconsciente como norma general de tener brazos y piernas. Su cuerpo de luz se movió sobre y dentro de las aguas de la vida. Recordó las vibraciones sentidas a través de la interacción de las serpientes de fuego.

Aunque placenteras, no parecían colmar el anhelo de su alma. Y recordó a la Señora del Placer Ígneo. Instantáneamente apareció delante de sus ojos etéricos.

-¿Me has llamado, Señor?

-Sólo he pensado en ti.

-Sabes que es suficiente.

-Sí.

-¿Qué deseas, amo?

-No lo sé.

-Es imposible que un dios solar no sepa qué desea.

-Esto es nuevo para mí.

-¿No has amado a ninguna diosa solar?

-No. Allí el amor es distinto, es una sensación grupal de alegría y regocijo, pero nada que ver con lo que busco.

-Tal vez lo que deseas es lo que las serpientes ígneas te han proporcionado.

-¿Cómo lo sabes?

-Las serpientes ígneas son parte de mi alma.

-¿Quieres decir que tú has sentido algo?

-Sí.

-¿Has resplandecido de luz igual que tus componentes?

-Sí y no.

-¿Pues?

-Mi alma busca algo más que el placer.

-Pero… tu nombre...

-Queda muy bonito.

-¿Entonces no eres una buscadora del placer?

-Exactamente, no.

-Eres enigmática.

-En el fondo busco lo que tú.

-¿Y qué busco yo?

-Tú persigues la unión de las almas a través de los cuerpos.

-Quizás estás equivocada. Las almas ya son una entidad en el Sol.

-Pero no es lo mismo, percibir abstractamente la fusión de las almas, que sentir, a través de tu propio cuerpo, la unión de las mismas.

-Tal vez tengas razón, aunque en mi mundo el contacto con la materia inferior y más densa está prohibido.

-¿Te sientes culpable?

-A veces, sí.

-Descender a los infiernos es un peligro. Quizás ya nunca puedas salir de aquí.

-El infierno no lo parece tanto con tu excelsa presencia.

La Señora del Placer Ígneo permaneció en silencio. Miró a los ojos a Strung, quien devolvió el reflejo de sus ojos con serena expectación. Frase mística, frase enigmática que emite aquel que percibe la armonía de los mundos, y anhelando su comprensión confía en que el milagro sucederá.

-Hace miles de años humanos que espero un hijo de Dios-recalcó la Señora del Placer Ígneo.

-¿Por qué esperas tú?, la que puede disponer de tan serviciales súbditos.

-Cuando alguien ha subido el primer peldaño, no ha hecho nada más que empezar a ascender una infinita escalera.

-¿Y aquellos como yo, que han descendido el último de su mundo?

-En el fondo de su corazón permanece la respuesta.

-¿Qué respuesta?

-Cuando un excelso ser de un plano superior se digna visitar un mundo inferior puede ser por dos razones, porque no resiste tanta altura o porque su corazón sabio se compadece de los reinos inferiores.

-¿Y, yo? ¿Dónde crees que me ubico?

-El tiempo lo dirá.

-Entonces... ¿no te atreves a hacer un pronóstico de mi futuro destino?

-No.

-Cuanto más tiempo paso hablando contigo, más vibra mi corazón.

-También el mío.

Strung permaneció en silencio. Observó a la Señora del Placer Ígneo.

-Sé cuál es tu verdadero nombre-continuó Strung.

Los ojos de la Señora del Placer Ígneo permanecían entornados. Nada respondió, quedó anhelante.

-Tú eres la luz que se refleja en los múltiples espejos del alma, el aliento que da vida, el fuego interno que genera el fuego externo.

-Quizás, te equivocas-le sugirió la Señora del Placer Ígneo.

-Eres la vida que se expande a través de múltiples flores de loto.

A cada frase que enunciaba Strung, la Señora del Placer Ígneo se acercaba más al hijo del Sol.

-Eres el silencio que todo lo colma, el viento que todo lo penetra...

Strung deseó, anheló abrazarla, percibió tanto amor en su corazón que de su rostro de fuego divino, de sus ojos cerrados, surgieron dos diamantes.

-Tu nombre es... ElaAlHatir-expresó Strung lo que hervía en su mente y corazón unidos.

De algún lugar del Sol emergió la esencia de la vida, y, cual rayo eléctrico que nadie ve, ni oye, ni siente, penetró en el lago Kragken fusionando los cuerpos de Strung y la Dulce Señora del Placer Ígneo.

ElaAlHatir formó un inmenso círculo de fuego ígneo que se deslizaba sobre los cuerpos de ambos. El fuego recorría cada recoveco, rincón y arista de sus formas ígneas. El lago Kragken parecía un océano embravecido pero contenido. Sus aguas se agitaron, formaron círculos,

espirales, enormes signos del infinito que atravesaban la esfera en que se habían convertido los dos amantes.

Parecía como si algún gigante invisible agitase las aguas, como si las removiese con enormes remos. Los ríos de fuego chocaban entre sí. ElaAlHatir y Strung parecían disolverse y perderse en el movimiento violento de las tormentosas y tumultuosas olas de fuego. Interminables minutos fueron testigos del amor del hijo solar y la estrella de la mañana, y un inmenso resplandor fue el final de la unión de ambos seres. Las aguas ígneas se remansaron, y Strung se quedó dormido sobre la forma femenina de ElaAlHatir. Ella había recibido el aliento de la vida de un dios solar. No tenía sueño, muy al contrario, estaba más despierta que nunca. Contemplaba el rostro plácido de Strung. Paulatinamente, la forma de ElaAlHatir se disolvió en el océano de fuego. Había recibido el aliento de la vida. Semilla que debería llevar a su destino en el exterior del planeta.

Santiago dejó de leer de nuevo. Había algo que le dejaba un tanto perplejo. ¿Qué había producido el resplandor del lago ígneo? ¿La fusión de dos corazones o la extracción de la energía de la vida de Strung? ¿O tal vez ambos elementos a la vez? Anhelaba volver a ver a Elisabeth, pero algo le decía en su interior que era preciso terminar la historia de Strung y ElaAlHatir.

Capítulo 28

El dulce sueño de Strung comenzó a transmutarse en pesadilla cuando al abrir los ojos no encontró a ElaAlHatir.

-¿Dónde estás, amada hija del placer ígneo?-gritó desesperado al comprobar que ni siquiera pensando en ella, aparecía.

Algunos pocos seres ígneos se acercaron a su llamada. No era lo que él quería. Recorrió sin descanso, hasta la extenuación, cada uno de los cuatro puntos cardinales del lago Kragken. Ella no aparecía. Le resultaba tan extraño. Hacía unos instantes permanecían ambos aferrados el uno al otro. Sus energías se penetraban por cada uno de sus poros. El fuego de la pasión y del amor había recorrido cada punto de su esencia por microscópico que fuese. El tacto era interno y externo. La fricción entre las partículas de cada uno de los cuerpos había concurrido en forma omnipresente. La multiplicidad de puntos de luz y calor se había extendido a varios kilómetros de distancia, pues sus cuerpos etéricos habían crecido proporcionalmente a la magnitud e intensidad de su contacto. Era difícil definir una fusión tan extraordinaria. Dos objetos se pueden unir por una de sus caras externas, y posteriormente a otros puntos externos, pero la unión de Strung y ElaAlHatir era

interna y externa. Algo que sería decisivo en el devenir del hijo del Sol. La adherencia de las partículas implicadas había sido a nivel atómico. Las enormes presiones que soportaba el lago Kragken así como las altas temperaturas permitían que los cuerpos de los amantes fuesen algo similar al plasma. La materia plasmática viene definida porque los electrones están... para entendernos un poco, relativamente sueltos, de tal manera que unos electrones pueden mezclarse con otros electrones. Sería algo así como decir que dos cuerpos humanos se convierten en gas y se interpenetran en el mismo espacio. Se superponen ambos cuerpos físicos. Dos seres que se abrazan y ocupan un solo lugar. Se podría afirmar que es la unión perfecta de dos cuerpos, puesto que se interpenetran ambos. Y tan extraordinario acontecimiento es el que vivieron ElaAlHatir y Strung.

Cuando el hijo del Sol comprendió que dentro de su propio ser no estaba ella, comenzó a sentir un terrible vacío. Vacío físico y espiritual que le hizo estremecerse y gemir de dolor.

Tan terrible sentimiento era algo que Strung nunca había sentido. Era cierto que no conocía una unión tan perfecta, y, por ende, era ignorante del dolor producido por la ausencia de ser amado.

Strung gritó de una forma desgarradora. Nada ni nadie respondió. Se sintió tan desdichado que renegó del momento en el que había conocido y amado a la Señora del

Placer Ígneo, a aquel resplandeciente espíritu de fuego al que había dado el nombre de ElaAlHatir

Amor y dolor, las dos caras de la misma moneda.

Y lo que era más terrible, ya no podía regresar al Sol. Su cuerpo se había densificado... no sabía cómo salir de la cárcel en la que se había convertido, para él, el lago Kragken.

Capítulo 29

Lucía caminaba buscando piedras en forma de corazón por Warwick Long Bay Beach. Engalanada con una linda pamela de color blanco y un bello pareo de tonos rosados y violetas, llevaba también en la mano el diminuto ipod. Julio dejó de leer a Ken Follet. Al mirarla recordó el preciso momento en el que más allá de la pasión, más allá de los celos, más allá de las intermitentes discusiones y divergencias había comprendido que la amaba con el corazón.

Fue una noche en la que Lucía, como era habitual en aquellos tiempos, había salido con sus compañeras de trabajo a tomar unas copas. Él cuidaba de Santiago. Apenas tenía siete años. Le había dado la cena, le había estado leyendo La Isla Misteriosa, y cuando se durmió el pequeño,

recogió la cocina y se sentó delante de la televisión. Era ya muy tarde, intentó dormir en la cama, pero los nervios no le dejaron pegar ojo. Lucía tardaba más de lo habitual.

Y si se ha liado con alguno, pensó. No, es imposible, pero... y si su esposa se retrasaba tanto ¿por qué era? Sintió celos, celos desmesurados... Me va a oír cuando venga. Estarán sus amigas, jóvenes inconscientes, bailando y bebiendo sin parar. Una, dos, tres, cuatro copas...

Julio se tuvo que duchar. El fuego del plexo solar le iba a incinerar por dentro. Es la última vez que sale... Se está pasando... no comprende que tiene un hijo pequeño y un marido...

Se tumbó de nuevo, le levantó otra vez, cerró la puerta con llave, la volvió a abrir... tarda mucho...

¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si algún desalmado se ha aprovechado de ella? ¿Y si tal vez ha tenido algún accidente?

El joven esposo se quedó pensativo. Una suave vibración surgió de su corazón. El ligero murmullo de unas hojas de álamo agitadas por la brisa de verano. Por favor... Dios mío, antes que le suceda algo malo, prefiero que se enamore de otro hombre... brotó de lo más hondo de su alma.

Fue un evanescente momento de luz en que el amor altruista había vencido al natural e instintivo deseo de posesión.

Lucía entró sigilosamente. Se desnudó, se introdujo en el lecho, atrajo hacia sí a su esposo. Los enormes dedos de él acariciaron la espalda de la bella mujer.

Ella, de camino a casa, había sentido la vacuidad de algunos momentos de diversión. Lo había pasado bien, pero añoró el cariño de un hombre que la amaba de verdad. De alguien que cuidaba de ella y de su hijo. ¿Acaso no era algo grande y hermoso el hecho de tener una familia? ¿Quién era la insensata o el insensato que no apreciaba tan extraordinario regalo de la vida?

En la inconsciencia permanente del transcurrir de los días, los amantes olvidaban lo más esencial, lo que ni siquiera el dinero podía comprar totalmente, el acto de amor de dos esposos que se entregaban a sí mismos a través de su cuerpo.

Lucía dejó que unas lágrimas quedasen disimuladas sobre la sábana.

-Siempre leyendo-le reprochó ella a él, allí tumbado y tomando el sol.

-Es que Ken Follet es el mejor escritor del mundo.

-Ni comparación con Rosamunde Pilcher.

-Se me está ocurriendo que podríamos ir mañana a Saint George-sugirió Julio.

-Pero... en autobús-dio por sentado Lucía.

-Ya. Imagino que no querrás ir en ferry.

-Pues claro que no quiero ir en barco.

-Por lo que pone en los folletos del hotel, debe ser muy bonito.

-Mira el corazón de color rosado que he encontrado en la playa-Lucía mostró la bella piedra que llevaba en una bolsita.

-¡Qué bonito!

-¿Qué hará Santiago?-preguntó ella.

-Seguro que estará encantado con la inglesa.

Lucía miró con un poco de nostalgia hacia el horizonte. Pero... si su hijo era feliz, ¡qué importaba la separación!

Capítulo 30

Desesperadamente, Strung continuó buscando algún rincón en el que pudiese descubrir indicios de su amada. La corriente de ascenso le sacó del lago Kragken. Un río de materia plasmática ígnea le llevaba a gran velocidad. Aunque estaba subiendo, él no lo podía saber. Creía que estaba cayendo. Sumergido en la materia ígnea, su sentido

de orientación fallaba estrepitosamente. La materia de repente se volvió viscosa y una multitud formas humanas impregnaban cada uno de los rincones de aquel infernal lugar. Strung quedaba adherido a una materia oscura, un desagradable líquido gelatinoso. Podría decirse que era una inmensa esfera oscura y rojiza. De un rojo apagado, tendiendo hacia el tono cárdeno. Millones de figuras humanoides poblaban aquel espacio. Mujeres desnudas con pechos de todos tipos, turgentes, lacios, gigantescos, pequeños, resplandecientes, sunsidos. Hombres mostrando sus atributos masculinos, con el miembro erecto, excitados por los lascivos y sibilinos movimientos de sus amantes, posturas incomprensibles, penetraciones de todo tipo, por cualquier rendija posible. Movimientos espasmódicos, repetitivos hasta el hastío. Caras que a pesar del placer no tenían ningún tipo de alegría.

Conforme pasaba entre la mezcolanza de la multitud masificada, apelmazada, viscosa de unos cuerpos y otros, sintió que le fallaban las fuerzas. El acto sagrado del amor de la reciente unión que él había experimentado, en el que las almas se tocaban entre sí, era mancillado hasta la saciedad y la locura en aquel averno del placer.

Humanoides con toda clase de instrumentas rasgaban las formas de unos y otras. Después de ser desgarrados los cuerpos, de nuevo se recomponían una y otra vez. Parecía que aquellas barbaridades aumentaban el placer de los habitantes de aquel infierno.

Sufriendo extrema debilidad, intentaba abrirse camino entre el amasijo de materia cárdena y viscosa. Una figura masculina era continuamente agitada por dos figuras femeninas que frenéticamente le proporcionaban lo que él deseaba. Pero su cara... Dios mío, gritó horrorizado Strung, cuánto sufrimiento. El placer llevado a su búsqueda y satisfacción extremas llevaba a la perdición de la vida. Algo tan sagrado, debido al abuso, se transmutaba en muerte,

Por fin, con un esfuerzo infinito, terminó de abrirse paso y salió de aquella cueva. Una terrible oscuridad nubló sus ojos y cayó derrumbado física y psíquicamente sobre un lago de magma azul. En el preciso instante de tocar el magma, las múltiples costras que habían ido adhiriéndose a su cuerpo solar fueron disueltas.

¿Dónde me he metido, divinos padres?-exclamó justo antes de descansar mecido por la dulce y reparadora inconsciencia del sueño.

Capítulo 31

Santiago cerró el libro. No tenía más fuerzas para continuar leyendo. La ventana de la nave parecía estar siempre igual. Intensa luz. Más allá de ella alguna forma ígnea que se disolvía rápidamente. Figuras caleidoscópicas que se desvanecían ininterrumpidamente. Abrió la

mochila. Hacía mucho tiempo que no escuchaba música. Puso lo primero que tenía grabado en el pen drive. La primera canción que apareció fue "*Something*".

¡Elisabeth! ¡Cuánto la amaba! Las lágrimas se desprendían de sus ojos mientras el reproductor desgranaba aquella canción. El punteado de guitarra terminó por aflorar cada uno de los múltiples sentimientos y anhelos que había acumulado a lo largo de sus treinta y cinco años de vida. El universo entero desfiló por su mente. Montañas nevadas, profundos océanos, inmensos lagos de magma, naves espaciales, dioses solares, humanos perdidos, extraviados en sus terribles y dolorosas vidas. Dioses y hombres, diosas y mujeres, placer, dolor, sufrimiento, alegría, luz, oscuridad, veleros cruzando las aguas procelosas de un océano infinito... ¿Qué era un ser humano? ¿Qué era el universo? Independientemente de las razones físicas y químicas, de presión y calor ¿por qué cristalizaban los materiales ígneos? ¿Acaso era el canto de los dioses solares como Strung que habían descendido a la Tierra? ¿Era el amor de dos seres de materia ígnea la que provocaba la maravillosa composición estructural de los diamantes, de las esmeraldas, de los zafiros...?

El oro precipita gracias al azufre...

El oro es producto de una supernova, es la única manera de formar un elemento...

Pero... Y si en el interior de la materia, tal y como parecía haber escrito Strung, existían espíritus que se amaban y se odiaban, que tenían alegría o mostraban tristeza, y si los dioses hacían música que modificaba la materia...

De nuevo se miró al espejo. Todo lo incrédulo que él era, toda la ecuanimidad científica de la que se enorgullecía parecía venirse abajo. En sus razonamientos se semejaba más a un snob gemólogo que a un verdadero científico.

Pero... por Dios, ¿qué había más allá de la materia? ¿Los átomos se fusionaban porque sí? Las subpartículas... ¿cuál era la última razón por la que se unían a unos átomos y no a otros?

Ya sabes... por el peso atómico, por la valencia... por…

¿Podía ocurrir que las leyes puramente físicas fuesen influenciadas por otras leyes conscientes?

¿Qué producía un abrazo en el cuerpo de dos seres humanos?

La presión quizás aumentaba, el corazón palpitaba más rápidamente. Un extraordinario médico que estudiase el cuerpo humano, y que no supiese que su paciente había recibido el abrazo de

su amada, diría: la aparición de ciertas hormonas es la causante de las disfunciones aparentes del cuerpo de este paciente...

Entonces... ¿dónde quedaba la causa última de la alteración hormonal y orgánica?

Pues... que la última causa y más importante no era considerada por el médico científico. Ya podía estrujarse el cerebro. Si no era capaz de mirar más allá de la materia, nunca encontraría las verdaderas causas de la alteración física.

Él mismo, sin ir más lejos, se sentía como un hombre de fuego. El cuerpo parecía que le iba a estallar. La sangre le hervía en las venas. Las lágrimas equilibraban su estado emocional causado por la lectura del libro de Strung y por los recientes e inesperados acontecimientos. Su corazón estallaría en cualquier momento... y ¿la causa?

Salió de su cuarto.

-¿Ómicron? ¿Estás?

-Siempre, estoy, Santiago.

-¿Conociste a Strung?

-¿La entidad solar que descendió a los infiernos de la Tierra?

-Sí.

-Muchos conocen a Strung.

-Y ¿tú?

-Por supuesto, su leyenda está insertada en mi memoria.

-Quiero decir si le conociste físicamente.

-Si fuese un humano sonreiría ante una pregunta tan inocente-aunque en realidad Ómicron estaba intentando mantener oculto su secreto.

-Ah, disculpa. Eres una máquina.

-Sigues haciéndome reír, humano.

-¿Por?

-Yo no soy una máquina tal y como es comprendido por la cultura humana.

-Entonces, ¿qué eres, Ómicron?

-Soy materia autoconsciente e inteligente que utiliza como vehículo de expresión la nave. Soy la fusión de múltiples materias autoconscientes.

-¿Materia autoconsciente?

-Exactamente.

-Pero... no tienes un alma como nosotros, ¿no?

-Disculpa, si sonrío de nuevo.

-Parece que tienes sentido del humor, Ómicron.

-No lo dudes, Santiago.

-Entonces... ¿tienes alma o no?

-Ya te he contestado.

-No entiendo.

-Parece que no entiendes tu propio lenguaje.

-En esta materia soy un tanto torpe.

-¿Te puedo preguntar algo, Santiago?

-Por supuesto.

-¿Qué entiendes por alma?

-Bueno... aunque yo no soy muy creyente, se entiende por alma aquello que está detrás de nuestros procesos mentales y que desaparece con la muerte.

-Creo que en lugar de reír, me voy a carcajear.

-No veo el motivo.

-Tu definición de alma es lamentable.

-Vaya... ahora una máquina se cree más inteligente que un humano.

-Creo que tu corazón se está acelerando.

-No me había dado cuenta, listo-se burló Santiago.

-Gracias por lo de listo. Ya lo sabía.

-Ahora el torpe eres tú, Ómicron.

-No te entiendo, Santiago.

-Pues que he dicho una ironía. Te he atribuido el adjetivo de listo, pero en realidad quería decir, estúpido.

-¡Ah! ¡No había caído!

-Ves como los humanos somos más inteligentes.

-Por supuesto.

-Menos mal que lo reconoces.

-Claro.

-Entonces... ¿qué decías acerca de mi definición sobre el alma?

-Pues que es torpe y rudimentaria.

-Seguro que serás capaz de definir el alma, p.c. de medio mega.

-No he entendido la última parte de tu expresión.

-No importa, sigue, listo.

-Creo que es difícil hablar contigo, enseguida se irrita tu corazón.

-Mi corazón está bien-contestó cada vez más molesto Santiago.

-Disculpa. No era mi intención molestarte, Santiago.

-Creo que me irrita tu reiteración.

-Intento entenderte, Santiago.

-Tienes razón, Ómicron... es que no estoy acostumbrado a hablarle al aire o mirando a la ventana o a un altavoz.

-Desde el punto de vista de nuestra civilización solar el alma es materia autoconsciente e inteligente.

Santiago se quedó pensativo. En cierto modo, desconcertado.

-Entonces... ¿tú, Ómicron, eres un alma?

-Sí.

El geólogo se quedó petrificado. Definitivamente los acontecimientos le estaban superando. Desde que había iniciado su viaje de placer y vacaciones a Las Bermudas, había entrado en un bucle en espiral que le estaba llevando a la sabiduría o a la locura, ambas parecían estar intrínsecamente relacionadas.

-Y...yo ¿soy un alma? -¿Qué estaba haciendo preguntándole a una máquina si él, un humano, tenía alma?

-Sí.

-¿Cómo lo sabes, Ómicron?

-Porque un alma reconoce a otra alma.

-Parece una contestación un tanto cursi, ¿no crees?

-Déjame que sonría.

-Vaya, ahora tú eres el gracioso-contestó Santiago pensando que el p.c. de medio mega le estaba enervando de nuevo.

-La densificación de la materia a lo largo del proceso evolutivo de los distintos universos es estructurada hacia la inteligencia que proviene de distintos niveles de conciencia.

Santiago se quedó con la boca abierta. Miró a la ventana. Los dos becarios proseguían su monitorización y dirección del curso de la nave.

-Perdóname, Ómicron, creo que no te había tomado en serio.

-Tranquilo, Santiago. Es normal que cuando nos sentimos heridos en nuestro orgullo, pensando que ya no somos la raza más inteligente del universo, nos irritemos.

-Te confesaré algo, Ómicron.

-Dime, Santiago.

-Admiro y venero a Strung, el hijo del Sol.

-Creo que lo que ahora has dicho, habla de la verdadera valía, de tu autoconsciencia.

-Gracias, amigo.

-La esfera de materia dorada que pudiste contemplar en el nivel superior es mi alma.

-¿Esa es tu alma?-preguntó asombrado, Santiago.

-Sí.

-Pero...

-La materia, a lo largo de millones y millones de años es bombardeada por superconciencias que habitan en otro nivel o dimensión. Los átomos están constituidos todavía por materia más sencilla. Paulatinamente, la materia, a base de impactos, se va transformando en materia inteligente. De hecho

toda la materia es inteligente tal y como queda demostrado por multitud de elecciones que los mismos elementos realizan para unirse con unos o con otros.

-Creo entender.

-Pero... la inteligencia no es su destino definitivo, sino que llega un momento en el que a esa materia inteligente se le añade, desde otro nivel, la particularidad de autoconsciencia. Entonces encontramos que en el universo hay materia inteligente, consciente de los impactos y también autoconsciente. Además existe la materia supraconsciente, como lo es la mayoría de la materia solar.

-¿Supraconsciente?

-Además de ser autoconsciente, es consciente de su grupo, del entorno al que pertenece. Por ejemplo. Mientras tú y yo estamos hablando... alguien en el Sol está escuchando, también.

-Y mi materia autoconsciente... ¿dónde está?

-Sobre tu cabeza, en tu cerebro y en tu corazón.

-Pero, no se ve.

-Porque apenas son unos minúsculos átomos especializados.

-Pero... tú... posees una enorme esfera de color dorado.

-Mi alma es más poderosa que la tuya. No obstante, la esfera dorada es un recubrimiento protector.

-Es que si esa enorme esfera fuese tu autoconsciencia, serías algo así como un dios.

-Así es.

-Gracias, Ómicron.

-Todos estamos felices de que estés aquí, Santiago.

-¿Por qué?

-Por Elisabeth. Ella te ama.

-¿No es porque soy un humano inteligente?

-Esta expedición no tiene que ver con los humanos en general, sino con un humano al que ama Elisabeth. Los humanos normales son atendidos mediante otros métodos.

-No entiendo.

-Un solo humano apenas es algo. La evolución de los mundos utiliza sus recursos para un enorme grupo de partículas a la vez. Muchos humanos forman un grupo, y en grupo son afectados por los procesos evolutivos.

-¿Y cuál es el método normal?

-Continuamente, las conciencias humanas están siendo bombardeadas por micropartículas

provenientes del Sol y de sus planetas hermanos que en multitud de casos se adhieren a sus mentes y corazones e incrementan su capacidad de autoconsciencia y supraconsciencia.

-¿Sucede sin que nos demos cuenta?

-Sí.

-¿Qué motivo hay para que así suceda, Ómicron?

-Porque la Tierra y todos sus seres son parte de una hiperconsciencia que es el propio Sol.

-Y... ¿si morimos todos los humanos?

-La materia autoconsciente es inmortal.

-Es hermoso pensar así.

-Es una realidad.

-¿Por qué somos tan miopes los hombres?

-Porque, sencillamente, estáis en un nivel evolutivo distinto al de otras partes de nuestro sistema solar.

-Pero...

-No creas que todo es tan malo en la Tierra. Hay miles, millones de partículas autoconscientes que desean vivir, tocar, experimentar vuestro planeta.

-Gracias, Ómicron.

-De nada, Santiago.

-Me habría gustado conocer a Strung.

-Strung, regido por su espíritu, descendió a la Tierra. Aprendió mucho.

-Continuaré leyendo su historia.

Ómicron no contestó. Santiago miró a los becarios. Continuaban como si él no estuviese allí. Probablemente no les caía bien. O quizás es que no tenían ni el más mínimo interés por un simple humano. Tal vez pertenecía a una raza maldita desde su punto de vista. O peor, individuos de poca inteligencia y malvado corazón. Si era así, era duro de aceptar para un ser humano aunque no tuviese ningún atisbo de arrogancia y orgullo.

-¡Qué le vamos a hacer!-se consoló a sí mismo-. Que tengas bellos sueños-deseó en voz baja al pasar cerca de la puerta de Elisabeth.

Capítulo 32

Strung, uno de los múltiples hijos del Sol, no albergaba la más mínima duda de que aquel mundo era un infierno. Era una consecuencia del abuso de las energías destinadas a la procreación física. Antes de su partida a la Tierra, ya les habían prevenido que descendían a un mundo inferior. Pero una cosa era lo que les dijeron los profesores a los universitarios en las clases preparatorias, y otra era la realidad más terrible y lúgubre que había palpado.

En verdad que había tocado el origen de casi todos los males en la Tierra. Los asesinatos por celos, que tenían en última instancia el factor sexual, resultaban, con mucha ventaja sobre los demás móviles, los más habituales y horribles. Detrás de cada sentimiento humano, detrás de cada discusión, falta y asesinato permanecía como un gigantesco diablo, el dios del sexo.

El deseo de establecer un coito placentero con una bella mujer, era en muchos casos el origen de las estafas. Detrás de cada acción había una mujer desalmada y un hombre incontinente. Detrás de muchos robos aparecía la sombra de una mujer que prometía el cielo interminable. Lo mismo se podía decir de miles y miles de humanos dormidos, de religiosos, de políticos, de financieros. Respecto a las familias normales, también era el origen de interminables discusiones, acaloramientos y separaciones. El sexo movía el mundo.

Aunque, también, el sexo era el motor del amor. En muchas ocasiones, unas relaciones sexuales llevaban al conocimiento del amor de corazón, al altruismo, al sacrificio del individuo por su familia. El sexo era un sendero hacia la vida eterna. No en sentido figurado o simbólico. El sexo era la unión de los dos polos, el positivo y el negativo. Y la fusión de los dos extremos conducía a quien tenía suficiente inteligencia hacia otro mundo.

Las relaciones entre los distintos sexos, más genéricamente, entre los distintos polos, masculino y femenino

llevaba a la creación de una maravillosa familia y a la reproducción de la especie. Las relaciones entre el buscador y lo buscado conducían a la salvación de la especie a través de multitud de conocimientos y de inventos. Las relaciones entre un hombre y su alma le conducían hacia el cielo de la mente y la creación. Las relaciones de los cuerpos que viven en los sueños conducían a la fusión de los corazones humanos. Las relaciones entre el cielo y la tierra permitían que multitud de plantas germinasen y generasen frutos y flores. Las relaciones entre los insectos y las flores extendían el reino vegetal.

Todo esto lo había estudiado Strung en el master especializado del planeta Tierra. Aunque... no lo había sentido hasta ese momento.

Se levantó en la oscuridad y continuó su ascenso hacia la corteza terrestre. Tomaba energía de los ríos y cataratas de magma, los que, como si se tratase de venas, se introducían por algunos lugares del manto.

Continuaba buscando a ElaAlHatir. Añoraba su amor, el contacto de sus corazones. El placer que percibía con su órgano masculino, todavía formándose, era bueno, pero como hijo del Sol, su verdadero órgano reproductor era el corazón, desde el que fluían senderos de luz y amor reparadores y creadores de mejores condiciones de vida.

Los múltiples capilares de la madre Tierra por los que corrían veloces ríos de magma que salían despedidos desde el núcleo interno, generados por las altas presiones

internas que encontraban un punto de escape entre las fisuras del manto le llevaron hasta las primeras cavernas de piedras basálticas que permanecían bajo los océanos.

Desde que había visto aquel lugar de muerte, quería huir lo más lejos posible. Quizás, se decía, ElaAlHatir también había escapado a través de las venas del planeta. Su cuerpo compuesto de material etérico, dicho de otra forma, de materia plasmática, le permitía resistir las altas presiones, así como el descenso de la cantidad de atmósferas que la materia terráquea ejercía sobre el interior. Por lo tanto, no le ocasionó ningún problema el hecho de emerger en un gigantesco lago de magma que rugía bajo una cueva donde el agua del océano se vertía a través de una interminable catarata y enormes fumarolas de vapor que parecían estallar contra las piedras de la caverna. Durante muchos minutos se quedó anonadado por aquella maravilla. Nunca había estado tan cerca del agua.

Capítulo 33

Jason Doyle partió el once de abril de mil novecientos sesenta y siete del puerto de Hamilton en su pequeño velero. Era un hombre de finanzas en toda regla. Amaba a su esposa Jany, pero era excesivamente audaz, casi temerario, en su trabajo.

Jany había quedado embarazada antes de terminar la universidad. Desgraciadamente abortó. Eran jóvenes e insensatos, si bien es cierto que ambos, en todo momento, desearon tener descendencia y no abortar.

Había conseguido una fortuna aconsejando a sus clientes. Tenía una extraordinaria fama en la isla por sus arriesgadas y exitosas operaciones. También era conocido en las Islas Caimán. En multitud de ocasiones varios fondos internacionales habían realizado pingües beneficios gracias a sus brillantes consejos. Pero así como le había llovido el dinero, gran parte del mismo se había volatilizado en llevar una vida lujosa.

La palabra dividendos no existía para él. ¿Qué era eso de comprar acciones con el único fin de disfrutar de los dividendos? No, tamaña estupidez era para las mentes antiguas y tradicionales que se conformaban con las migajas de la bolsa. Él era el dueño, el dios de las finanzas. Era un innovador financiero que apostaba en el juego de los ricos. Pero le había llegado su hora, y la mayor parte de lo que había ganado a lo largo de varios años, lo había perdido de un plumazo.

Salió aturdido de la oficina, como si ya no perteneciese a este mundo. Caminó hasta el puerto y zarpó en su velero. Miró a lo lejos. El inmenso océano Atlántico sería su tumba. No tenía fuerzas para decirle a Jany que había fracasado, que en adelante sus vidas se sumergirían en la más absoluta miseria. No se le ocurrió pensar que su

esposa le amaba y soportaría las penurias. Se había obcecado y no supo salir de los subjetivos, terribles y oscuros pensamientos en los que se había sumido.

Era un día objetivamente bello, algo irrelevante para Jason Doyle. La suave brisa del atardecer mimaba las velas. La embarcación Phoenix se dirigía hacia el aura solar.

El financiero se lanzó por la borda.

Cuando se arrepintió de tan terrible acción, ya era tarde. En la caída se golpeó la cabeza y el agua salada comenzó a entrar sin piedad.

-¿Qué tiene que ver este extraño capítulo en libro de Strung?-se preguntó Santiago.

Capítulo 34

Strung pronto comprendió que lo que realmente retenía prisionero a su cuerpo etérico no eran las cadenas físicas de calor o presión planetarias, sino las prisiones psicológicas en que él mismo se había adentrado con su intenso deseo de experimentar. Observaba los ríos de magma por los que circulaba. Podría haber ascendido mucho más rápidamente, pero prefería estudiar la extraña cantidad de seres que habitaban el manto y la corteza. Por fin llegó al agua. No sabría decir si le resultaba agradable o no. Se

atrevería a afirmar que le era indiferente. Emergió en un lago interior cercano a las cuevas de cristal, y al salir a la luz, pudo comprobar lo que en tantas ocasiones había imaginado: el Sol, su hogar contemplado desde la Tierra.

Sabía que cuando quisiese podría regresar a través de ciertos caminos etéricos que unen el Sol y la Tierra, pero él no deseaba volver a un mundo que ya conocía.

La playa estaba llena de bañistas, aunque ninguno de ellos le veía. Tocó con sus manos a varios humanos. Parecieron sentir algo en la piel, pues nada más ponerlas sobre sus cuerpos, automáticamente se llevaban a la zona contactada los dedos.

La luz en la Tierra se le hacía muy tenue. Él mismo era luz, y el reflejo de los rayos solares a través de los componentes de la atmósfera hacía que el brillo del hogar humano fuese de menor intensidad del que estaba acostumbrado a percibir.

Cuando los rayos de sol se estaban ocultando, escuchó una llamada. Su fuerza le arrastraba inevitablemente.

Como si se tratase de un imán, un cuerpo lejano, que se estaba convirtiendo en cascarón, emitió un sonido desgarrador con el que intentaba evitar su total desaparición.

La llamada de la materia, que todavía no deseaba dispersarse a lo largo y ancho de los cuatro puntos

cardinales, llegaba hasta sus oídos etéricos de una manera clara y nítida.

Unos pescadores habían sacado el cuerpo de Jason Doyle. Sobre la cubierta del pesquero le habían tumbado de lado e intentaban extraer el agua de los pulmones.

-No responde-dijo uno de ellos.

-Ha estado muchos minutos sumergido.

Strung comprendió que aquel cascarón ya estaba vacío. Apenas le restaba la luz de la materia física. La chispa de energía autoconsciente e inmortal había partido. Sintió un nuevo tirón.

Quizás era aquello, se dijo, a lo que realmente había venido a la Tierra. ¿Y si su rebeldía estaba basada en el oculto deseo de reencarnar en un ser humano?

Cuando pronunció aquellas extrañas palabras, ***"quiero poseer y ser poseído, quiero sentir..."*** *en el fondo, lo que deseaba era ser un humano. Alguna parte arcaica de su mente le había conducido hasta allí. No tenía mucho más tiempo. El cerebro estaba irremediablemente abocado a morir una vez que el alma lo había abandonado.*

No lo pensó más. Se tumbó sobre el cuerpo físico de Jason Doyle.

Parecía que dentro de sí mismo existía un extraño instinto que enseguida le hizo saber qué era lo que debía hacer. Se tuvo que encoger y, lo más importante, encajar su corazón etérico en el corazón físico. Uno de los golpes con

que el pescador intentaba reanimar al desafortunado ahogado le indicó el lugar exacto con el que debía contactar.

Si algo dominaba Strung, como cualquier entidad solar, era emitir energía eléctrica a través de su corazón. Para un hijo del Sol, lanzar rayos de electricidad era tan instintivo como caminar para un humano. Ellos eran un cuerpo de energía.

-Lo intentaré por última vez- se propuso el pescador sin la más mínima esperanza.

Jason Doyle tosió y expulsó dos bocanadas de agua.

-¡Dios! ¡Está vivo!- gritaron al mismo tiempo varios pescadores.

Strung había puesto en marcha aquel corazón. Continuó emitiendo energía eléctrica tan intensamente como era capaz. Parecía que aquello resultaba. Percibió cómo la sangre comenzaba a recorrer las venas. Escuchaba un enorme ruido en su mente. El aire que entraba en los pulmones le causaba un extraordinario placer. Lo notaba en la boca, en la nariz y en los pulmones.

-Tranquilo-le dijo alguien-vas a dejarnos a los demás sin aire.

-Nunca había visto inspirar tan profundamente-dijo otro.

Strung sintió frío. Echó a temblar. Algo no va bien, se dijo ante lo desconocido para él y, sin embargo, tan cotidiano para un cuerpo animal sobre la tierra. Los pescadores lo llevaron a un camarote. Le hablaban pero no

entendía nada. Imaginaba lo que le preguntaban pero ¿cómo les iba a responder?

-Está bajo un fuerte shock. No debe recordar ni siquiera quién es.

-Mira a ver si lleva la documentación.

-Se llama Jason Doyle. Vive en la avenida Arlington.

Jason Doyle...Jason Doyle. ¿Acaso era su nombre?

-Jason ¿Qué te ha ocurrido?-le preguntó uno de los pescadores.

-Está aturdido, no entiende-respondió otro.

-No abre los ojos-dijo un tercero.

-Jason, Jason, ¿me oyes?

-Dios, qué susto-exclamó el primero cuando Jason Doyle los abrió por fin.

-Tiene los ojos totalmente rojos.

-Si te hubiese entrado sal, ¿cómo los tendrías tú, listo?

-No sé... Es que me han parecido extraños.

-Ahora caigo, es un muerto viviente-bromeó uno de ellos. Lo que era sencillamente una forma de quitarse los nervios y la ansiedad producidos por la situación vivida.

Strung... miró a través de los ojos del antiguo Jason Doyle, veía borroso. Sus ramificaciones etéricas no habían penetrado perfectamente a lo largo del sistema nervioso.

-Has tenido suerte, Jason. Si no llega a ser por nosotros, ya serías pasto de tiburones.

-Strung pareció sonreír. No entendía nada, pero sonreía.

-Llama a su esposa-sugirió el pescador que estaba investigando los documentos de la cartera.

-Es guapa.

-No seas fisgón.

-No soy fisgón, simplemente he opinado.

-¿Cómo te has caído, Jason?

-Deja al joven. ¿No ves que está aturdido?

-Es raro... quizás...intentaba...

-No lo digas.

-Que no diga ¿qué?

-Lo que ibas a decir.

-¿Y qué iba a decir, según tú?

-Pues eso...

-Vaya... ahora eres adivino.

-Estaba claro lo que ibas a decir.

-¿Que igual se había tirado por la borda a propósito?

-Silencio. Te puede oír.

-Es un poco raro que se haya caído, ¿no crees?

-En absoluto-disimuló su compañero de faena-. Quizás estaba pescando y al intentar extraer la pieza, se ha resbalado.

-Ya... es posible-respondió incrédulamente el pescador.

-¿Iba alguien más con usted, Jason?

Strung miraba... no comprendía las palabras, aunque sí entendía la situación en la que se encontraba.

Capítulo 35

No imaginaba esto, pensó Santiago. Sin embargo, todo empezaba a encajar. ¿Jason Doyle sería posteriormente el padre de Rosamunde y por lo tanto el abuelo de Elisabeth? ¿Podía ocurrir algo así? ¿Era posible que un alma reencarnase en un cuerpo humano abandonado? ¿Las posesiones demoníacas eran verdad, entonces? ¿Ocurrían más a menudo de lo que se pensaba? ¿Y Strung? Estaba claro que él no era un demonio, al contrario, parecía ser una especie de ángel.

Ya es lo único que me faltaba: creer en la reencarnación, en ángeles y en demonios. El geólogo miraba por la ventana, la intensidad luminosa apenas se podía resistir más de dos segundos.

Con la existencia de una entidad solar, se encontraba ante el misterio, indescifrado, de la vida. Después de la fecundación del óvulo, todo comenzaba a desarrollarse según el programa previsto del código genético. Se sorprendió a sí mismo ante las frases tan triviales que se utilizaban:

programa previsto del código genético. Cinco palabras que indicaban un proceso, un inicio desde un punto. Un lenguaje genético completo que parecía haber salido de la nada.

Recordaba una conversación con una amiga que tenía la carrera de veterinaria, y que actualmente era científica investigadora. Intentaban descubrir cierta enfermedad relacionada con el cerebro de los ratones. A su pregunta de si se podían modificar, gracias a una vida sana, las características del propio código genético, la respuesta fue: no. Una vida sana, dedicada al estudio, al arte, a la música, a la literatura... a la ciencia, no influía en el código genético; solamente podía establecer un entorno mejor para que algunas predisposiciones genéticas malignas no se desarrollasen.

Allí quedó la conversación. Y sin embargo, ahora se preguntaba: Entonces... ¿cuándo ha cambiado la evolución el código genético? Porque si el código genético se modifica a partir de las divisiones y posteriores modificaciones debido a la mezcla de los distintos códigos en la fase de la reproducción... surgía otra pregunta más... Cuando un genio musical moría... ¿de dónde había salido, de qué modificación genética era heredero si sus

antepasados habían sido todos labriegos, mineros o pastores?

Fuese como fuese, él no tenía ninguna respuesta. No todo era tan sencillo como parecía. La ciencia debería dar respuestas a problemas importantes como el de la existencia del alma, o el origen de la materia autoconsciente.

Analizando el desarrollo de un ser humano de una forma simple y natural, se podía afirmar, como si de una perogrullada se tratase, que éste llegaba a nacer y crecer. Y estaba reconocido de una manera general, expresada o no, que la autoconciencia surgía espontáneamente alrededor de los siete años. Él mismo se acordaba de la primera vez que se miró, se palpó y se dijo a sí mismo: yo. Se observó el traje de los domingos recién estrenado, y era como si se hubiese descubierto a sí mismo por primera vez.

Había algo extraño también en el trivial hecho de quedarse dormido. La autoconciencia desaparecía. El cuerpo quedaba en suspenso, pero el verdadero conductor autoconsciente ya no estaba dirigiendo la mente. Que el cuerpo por sí mismo era inteligente y vivía, parecía totalmente claro. Nadie se solía morir por dormir unas horas. Sin embargo, algunas mañanas, no podía escapar de las pesadillas. Éstas se sucedían y él como ser

autoconsciente no podía detenerlas a través de su voluntad. Habría sido tan sencillo como decir dentro del sueño: estoy dormido, es una pesadilla, abandona ya el bucle al que estás encadenado.

En algunas ocasiones se había acordado de que estaba dentro de un sueño, pero, independientemente de tan escasos momentos de lucidez dentro del sueño, parecía claro que el cerebro era capaz de generar pesadillas y situaciones oníricas, aunque la autoconsciencia no fuese la que controlase. Existía la teoría de que los seres humanos teníamos muchos yoes, y que unos iban sustituyéndose a otros sin apenas darse uno cuenta.

¿Dónde estaba la autoconsciencia libre que dominaba en plena vigilia? ¿Dónde estaba el programador y jefe cuando los programas funcionaban automáticamente?

Bueno, se dijo a sí mismo Santiago, tal vez estos razonamientos no indican nada. Son reflexiones muy simples... pero... ¿y si cabía la posibilidad de que la energía autoconsciente, tal y como le sugirió Ómicron en su conversación, fuese en verdad el alma?

Quizás el relato de Strung era cierto. Había sido capaz de entrar en el cuerpo que todavía mantenía bajo mínimos todas las funciones y sin

embargo el alma original se había retirado del mismo.

Y otra pregunta sin respuesta científica cruzaba la mente de Santiago: ¿Era posible la vida sin un cuerpo físico? ¿Podían existir cuerpos formados de electricidad que estuviesen cohesionados por alguna fuerza desconocida por la ciencia?

En su parte más oculta para el pueblo llano, casi todas las religiones propugnaban la existencia del cuerpo de luz. En la Biblia se hablaba de cuenco dorado...

Quisiera o no, Santiago se estaba sumergiendo en un mundo inesperado. Lo imaginado por Jules Gabriel Verne se había quedado atrás. En realidad, los video-juegos parecían estar más cerca de la realidad que en este preciso momento estaba palpando por sí mismo.

Capítulo 36

Strung abrió los ojos. Delante de él tenía un bello rostro de mujer. Ella le estaba mirando.

-¿Qué ha pasado cariño?-la frase indicaba que Jany estaba realmente sobrecogida por la narración de los pescadores que le habían llevado a casa.

Strung miró a Jany. Fue la primera vez que conseguía ver perfectamente a través del cuerpo de un humano. La joven era radiante, esplendorosa. Su pelo corto, moreno, escasamente se ondulaba hasta mitad del cuello. Las cejas muy ligeramente arqueadas. Los ojos de un azul claro como dos hermosas aguamarinas que despedían rayos de luz.

Jany sonrió. Observó los ojos de su esposo Jason Doyle. Tenían un extraño fulgor que nunca le parecía haber apreciado tan nítidamente.

-Jason-susurró-. ¿Me oyes?

Strung balbuceó... le costaba decir algo. Quizás su alma no había sintonizado bien con el mecanismo que deseaba utilizar. Era otro misterio más. Un hombre en su interior deseaba hablar y conectaba con la garganta, las cuerdas vocales, la lengua y la boca. Y definitivamente surgía misteriosamente una palabra. Visto así, hablar era simplemente un gran milagro. Un milagro al que los humanos estaban acostumbrados, y que debido al hábito lo veíamos como algo natural. Si el hijo del Sol hubiese tenido que aprender todo de nuevo, es probable que no lo hubiese conseguido, pero una vez entrado en el cuerpo de Jason Doyle, el cerebro tenía creadas unas estructuras, unas ramificaciones neuronales que permitían interpretar la voluntad que surgía de la mente y ejecutar las instrucciones que partían de algún lugar de la materia autoconsciente. En definitiva, Strung se encontraba en una situación parecida a

la que habría podido sufrir Jason Doyle si hubiese despertado de un largo y profundo sueño.

-ElaAlHatir-dijo mientras extendía los brazos hacia Jany.

Su mujer le abrazó con el amor de una joven esposa que se había dado cuenta lo cerca que había estado de perder a su compañero desde la adolescencia.

-Dime, amor-respondió mientras abrazaba a Strung que se había incorporado.

-ElaAlHatir-repitió de nuevo Jason.

-Debes descansar. Estás agotado. Ya hablaremos.

Las palabras de Jany brotaron de su corazón como agua benéfica. Normalmente no era así. Amaba a su esposo pero apenas lo expresaba. Sin embargo, algo la impulsaba a decirlo. No sabía que lo que su alma exteriorizaba era el reflejo del corazón de Strung, ahora: Jason Doyle.

Del corazón etérico del hijo del Sol fluían oleadas de amor. Él era amor, era su naturaleza. Era la virtud principal de las entidades solares. Y Jany fue colmada por aquel fluido eléctrico que hacía mover todo aquello que le era similar.

Strung cerró los ojos, sonrió, y Jany dejó con sumo cuidado la cabeza de su esposo sobre la almohada. Miró desde la puerta de la habitación a Jason, apagó la luz y salió al salón. Rain se acercó a su ama, la saludó moviendo la cola y se tumbó en el suelo, cerca de ella, quien instintivamente se sentó en el sofá y encendió la televisión.

En el noticiero aparecía el velero que los pescadores habían conseguido remolcar hasta puerto, a la vez que se recalcaba la suerte que había tenido Jason Doyle. Tras la caída al agua, por accidente, los tripulantes del pesquero, que venía de faenar desde alta mar, rescataron al joven. Poco antes, en las noticias bursátiles se había analizado el desplome de las acciones de varias compañías. Jany comprendió que esto último era la probable causa de que Jason se hubiese "caído" al agua.

-No pasa nada, Rain, ya saldremos adelante. Lo importante es que él está en casa.

Se levantó de nuevo, abrió con sumo cuidado la puerta del dormitorio. Con la luz que se filtraba desde el salón pudo observar que Jason dormía plácidamente. Se acercó y le besó en la mejilla.

-Mi dulce Jason, gracias por estar.

Jany se tumbó en el sofá para no molestar a su esposo. La casa número ocho de la avenida de Arlington tenía algo extraordinario: la luz dorada de un hijo del Sol y el amor de dos seres.

La lluvia de primavera se deslizaba suavemente por los cristales. El milagro de la vida y del amor discurría sin apenas ser percibido. La vida ocultaba, bajo el disfraz de lo cotidiano, el resplandor de la misma existencia. Respirar, andar, pasear, percibir el paisaje, el entorno, la familia, los hijos...

Los humanos estábamos acostumbrados al milagro de la vida. El aparentemente sencillo acto de hablar era una extraordinaria proeza de la evolución y de la creación.

El océano Atlántico acariciaba con su brisa azul los esbeltos y blanquecinos veleros, amarrados en el puerto, que tintineaban esporádica y a la vez rítmicamente. En la calidez de los pubs, la música se escuchaba mientras algunos amigos bebían una cerveza y algunos amantes se miraban a los ojos con el deseo oculto de penetrar en el cuerpo del otro, con el anhelo de intentar tocar el alma del amado que se escondía tras las bellos rostros y delicadas figuras.

¿Qué era el amor?

Si los humanos hubiesen averiguado que el amor es el recuerdo de un estado de gracia por el que las almas permanecen unidas en el océano de la Vida, tal vez, quizás, podrían entender y atenuar la sed devoradora de la pasión que no cesa. Pero el olvido era a su vez el castigo y el bálsamo al que se había visto obligada toda la humanidad por su antiguo pecado de intentar ser más que los dioses.

El nuevo Jason Doyle dormía, Jany dormía, Rain soñaba que era humano, lo mismo que Strung.

Curiosamente, se cumplía la enigmática frase de que los extremos se tocan. Y así era. Un dios solar deseaba, quería ser humano descendiendo desde el quinto reino al cuarto, y un animal anhelaba ascender desde el tercer reino de la madre naturaleza al cuarto.

Era una verdad conocida por algunos sabios que a través del cuarto reino o reino humano deberían pasar o habían pasado todas las evoluciones en su casi infinito periplo desde la oscuridad a la luz.

Capítulo 37

Elisabeth se despertó. Tenía sobre la mesilla el corazón diamantino que Santiago le había regalado hacía unas horas. Se preguntó cómo estaría él. Supuso que ya habría leído una buena parte del libro de Strung. Se levantó de la cama. Dormía con una camiseta de tirantes y un pantalón corto. Se miró al espejo. Deseaba a Santiago, quería estar cerca de él. Se observó los senos. Quizás le parecerían algo pequeños. En varias ocasiones él la había mirado, se había ruborizado cuando ella le había descubierto y sonreído. Sentía fuego en su interior. Se pintó los labios. Sonrió. Sólo lo hago para ver si estoy guapa, se dijo engañándose a sí misma. Se peinó y se introdujo en la cama. Unos minutos más tarde estaba saliendo de su habitación. A unos metros se ubicaba el camarote de Santiago. Tocó con los nudillos muy despacio. Como no escuchó nada, abrió la puerta. La luz del ventanal entraba tenuemente a través del

material que lo cubría. Él estaba dormido. Tenía el libro de Strung abierto y leyó. Parecía que se estaba repitiendo la escena, si bien Jany se había quedado en el sofá del salón.

Se quitó la camiseta. Con cuidado entró en la cama, besó la cara de Santiago y le abrazó por detrás.

-ElaAlHatir-dijo entre sueños. Estaba profundamente dormido. Elisabeth sonrió. Pues sí que le estaba gustando el libro, pensó.

-Soy yo, Elisabeth.

-Mi amada Elisabeth-respondió todavía medio dormido.

-¿Me amas?-preguntó ella.

Santiago terminó de despertarse. En la penumbra contemplaba el rostro de Elisabeth. Ella se acercó hasta Santiago. Un dulce escalofrió recorrió a ambos. Apenas si se llegaban a rozar. La mano de la joven acarició la frente, las cejas, la nariz y una de las orejas.

Santiago posó sus manos envolviendo el cuerpo de Elisabeth. La columna de la mujer sentía continuos escalofríos. Ella percibió la fuerza de su amado. Elisabeth y Santiago tenían los ojos cerrados. Permanecían en otro mundo.

-Ámame, Sant, quiero un hijo tuyo.

El hombre también lo deseaba. Estrecharon sus cuerpos y sus almas encerrados en ellos. Y Elisabeth se sumió en un profundo éxtasis cuando percibió que la vida entraba en el templo más sagrado de su cuerpo.

-Te amo, Elisabeth.

-Te amo, Santiago.

Dijeron al mismo tiempo.

Ambos se quedaron dormidos. Elisabeth se despertó la primera. Tal vez había pasado una hora, no más. Se puso la camiseta, besó a Santiago y se fue a su cuarto. Era la mujer más feliz del mundo.

Capítulo 38

La crisis no parecía haber hecho mella en las calles de St. George's Town. Era de suponer que algunas tragedias económicas particulares habrían mermado un diez por ciento de los turistas americanos que representaban casi la totalidad de la afluencia turística, pero para el noventa por ciento restante, seguramente, resultaba un alivio.

En otros años anteriores podía ser estresante esperar turno para conseguir mesa en los

pubs o en los restaurantes, sin embargo, ahora, había una enorme animación que no llegaba a la irritante saturación y despiadado bullicio.

La mayoría de los visitantes solían pasar de los cincuenta. Lo normal era ver a los padres con sus hijos todavía adolescentes. Durante el día almorzaban juntos; después, los jóvenes prolongaban la fiesta hasta altas horas de la madrugada. Allí había mucho dinero a juzgar por los yates de lujo y los transatlánticos que hacían escala.

Julio y Lucía comprendían que ellos no pertenecían a aquel mundo. Eran simples funcionarios españoles que se insertaban dentro de un país totalmente en crisis financiera, y, lo que era todavía mucho peor, eran un pueblo sumido en una total confusión respecto a su propia identidad.

Habían gastado todos los ahorros de un año para poder hacer aquel viaje de ensueño. ¿Qué otra cosa podían hacer si todo se estaba desmoronando? ¿Comprar una vivienda cuando todavía decían los expertos que se depreciarían un treinta por ciento más, sin mencionar la necesidad de la firma de una hipoteca? ¿Comprar acciones en bolsa, cuando ésta parecía un tobogán que con

pequeñas ondulaciones siempre estaba en dirección de bajada?

Nada sabían de su futuro, al igual que cientos de millones de seres humanos. Cuando ambos eran jóvenes, la gente encontraba trabajo, se casaba, tenía hijos, los llevaba a un buen colegio, ayudaba en los gastos de boda de los recién casados, y todavía seguía trabajando en la misma empresa. Actualmente, nadie sabía qué le esperaba. Las empresas se fusionaban y se fisionaban buscando la forma de hacer menguar a los trabajadores de a pie y aumentar el número de jefes hasta que el absurdo resultado final destruía todos los puestos de trabajo. El mundo actual se estaba reestructurando. Las pequeñas tiendas de antes que vendían gracias a los viandantes, actualmente ya no tenían tampoco futuro. Los zapatos, las camisas, los pantalones, los bolsos, todo se podía comprar a través de internet. Por lo tanto, la mayoría de las calles estaban destinadas a ver los locales sin ninguna actividad. Al igual que los muelles de Liverpool, que en otro tiempo fueron uno de los lugares con mayor actividad económica y se convirtieron en kilómetros de naves abandonadas, las migraciones de flujos de capital obligaban al comercio, que hacía tan sólo unos años era un emporio, a desplazarse a otras partes

del mundo. Multitud de personas que vivían de su trabajo diario en un pequeño comercio, deberían ir desapareciendo. Cuando la crisis todavía arreciase más, paulatinamente muchas zonas de grandes ciudades se podrían convertir en barrios parecidos a los que pululan en El Cairo, donde en ocasiones la basura no es recogida. Tal vez, España podría convertirse en un lugar de diversión y turismo, como ya lo era. Todavía poseía riquezas culturales que tenían la capacidad de atraer a los turistas de todas partes. La agricultura debería ser uno de sus puntales económicos, pues al menos había tierras, y si el agua no escaseaba, la adquisición de alimentos, según algunos expertos, sería de gran trascendencia en el futuro, cuando los chinos aumentasen de número.

Tales pensamientos eran los que revoloteaban en la cabeza de Julio mientras el autobús recorría los escasos veinte kilómetros que separaban Hamilton de Saint George.

-¿En qué piensas?-preguntaba Lucía.

-En lo extraño que está el mundo.

-Ya. Lo de siempre, ¿no?

-Sí.

-Sería bonito no tener que pensar en el dinero.

-Saber que durante lo que te queda de vida ya no te verás en la indigencia es algo que todos humanos queremos.

-No debes preocuparte tanto. Será lo que tenga que ser.

-Ya. Como en ocasiones decía yo mismo. Después de un mes sin comer, se acaba el sufrimiento.

-¿No decías que eran quince días?

-Sí, pero creo que son unos pocos más.

-También te puedes tirar al Ebro.

-Vaya. Ahora eres chistosa-respondió gratamente sorprendido el marido.

-No. Si lo digo en serio.

-¿Y desde qué puente lo hago?

-Pues, desde el de Piedra, por supuesto.

-¿Por alguna razón especial que se le ocurra a la señora?

-No. Solo porque es más folclórico.

-Ya, y me pongo el cachirulo, antes.

-No sé si habrá un cachirulo que abarque tu cabeza.

-¿Te ha sentado bien el desayuno?

-La verdad es que sí. Las tostadas con mantequilla y mermelada me han alegrado el día. Eso sí, mañana sólo tomaré fruta.

-Es curioso lo que ocurre en los viajes.

-¿A qué te refieres?

-Mientras estamos en el lugar, apenas si se siente cierta emoción. Se disfruta tranquilamente de ellos. En pocas ocasiones sentimos una admiración extraordinaria por lo que vemos, pero con el transcurrir de los años, cuando ya todo está en la mente, los recordamos como algo maravilloso.

-New York es la ciudad que más me ha impresionado-dijo Lucía.

-Para mí, el viaje que más me ha impactado es el que hicimos por el Reino Unido. Londres me encantó. El parlamento visto desde el puente siempre ha permanecido en mi retina. Es como si fuese de oro. Pero es verdad que en Estados Unidos lo pasamos muy bien.

-¿Te acuerdas de Ramón el de Huesca?-preguntó Lucía.

-Ya lo creo. Tuvo que salir por piernas de una tienda porque se pasó de listo regateando en la compra de un sombrero.

-Luego nos invitaron un fin de semana a Biescas.

-Lo pasamos muy bien. Eran jóvenes recién casados. De los catorce del grupo, nosotros éramos los más mayores.

-El caso es que siempre había algún incidente-respondió Lucía

-En Toronto discutimos en una pizzería porque nos querían cobrar en dólares americanos como si fuesen dólares canadienses. Cuando le dijimos a la camarera que nos debía devolver la diferencia del cambio, casi se nos come. Se boicoteó al guía porque no nos había comprado el periódico antes de comenzar el viaje con el autobús... Sin embargo... le tengo mucha simpatía.

-¿Recuerdas el mercancías?

-El más largo que jamás habíamos visto. Igual estuvimos viendo desfilar vagones durante dos o tres minutos.

-¿Qué será de Ramón y de Ana?

-Tendrán varios hijos. Ramón habrá discutido más de una vez con algún hijo adolescente que se le habrá ido de copas, y Ana quizás trabaje en Huesca-afirmó como si ya lo supiera Julio.

-Vaya. Ya lo ha dicho el sabelotodo

-Ya lo sabes, yo soy Dios.

-En algunas cosas podías aplicarte un poco más.

-¿En qué, cariño?-insinuó pícaramente Julio.

-Ya sabes que no me refiero a eso.

-¿En cocinar?

-No. En tener todo más limpio.

-Lo intentaré.

-Siempre dices lo mismo, y haces lo que te da la gana.

-Pero esta vez, lo cumpliré. Te lo prometo, como dicen en las películas los americanos. Te prometo que no te pasará nada. Te prometo que no lloverá. Te prometo que la guerra terminará pronto. Te prometo que la Luna saldrá como todos los días...

-Sí... seguro.

-Mira... ¡qué casa más bonita!-desvió la conversación Julio justo cuando llegaban a Saint George.

Paulatinamente, los viajes que habían hecho casi cada año por Europa y América habían ido creando un poso en sus almas. Era bello mirar un atlas y decir: aquí hemos estado. En la vida cada persona debería tener la oportunidad de aprender y vivir. Para muchos ya no era necesario sufrir más. Quizás era eso por lo que muchas almas ya no deseaban regresar a la Tierra. ¿Qué les podía esperar una vez que habían conseguido alcanzar lo máximo que les permitía su civilización? Cuando un ser humano había conseguido la categoría de creador, tal y como tiene diseñado en su destino como raza, un nuevo camino debería abrirse: la

apertura de los mundos mentales, en los que se utilizaría su poder de pensamiento. Ya no debería volver a ser actor, sino trabajar como diseñador de mundos, creador de situaciones, hacedor de personajes que llevaban una vida real, programador de arquetipos para los futuros seres humanos menos evolucionados. En definitiva, utilizar toda su sabiduría en la creación de nuevos modelos de universos. ¡Cuán lejos quedaban algunos conceptos en su vida! Y ante tal disyuntiva sólo había algo por lo que realmente un hombre desarrollado completamente podría decidirse a regresar a una nueva encarnación: el amor. El amor era lo único que ayudaba a regresar a la encarnación. El amor a la familia, a la esposa, a los hijos, a los amigos, a su grupo.

-¿En qué estás pensando?-le preguntó de nuevo su esposa al ver que llevaba la friolera de cinco minutos sin hablar.

-En la belleza del universo.

Lucía no comprendía aquel estado mental. Ella tenía tantos problemas en el trabajo y con su propio cuerpo que incluso llegaba a odiar que alguien tan cercano como su esposo no sufriese como ella.

Capítulo 39

Sobre los lagos de fuego caminaré y mi alma resurgirá en el amanecer.
Llevaré en mis manos la flor dorada en que habito, y en ti la depositaré.
Seré como la suave brisa que mece las velas blancas de tu velero.
Seré como el agua que con suavidad resbala sobre tu frente.
Seré como el rocío que silenciosamente se posa sobre la flor de tu corazón.
Seré las delicadas manos que se mecen armónicamente sobre las cuerdas de tu alma.
Seré el aliento inmortal que permanece aunque no lo escuches.
Seré la luz que ilumine tus dulces ojos cuando las lágrimas empañen tu mirada.
Seré el atardecer y el alba de tus sueños.
Seré la voz que susurre en tu interior para que no detengas tu camino.
Seré el anhelo que te llevará en pos de la sabiduría.

Seré tu alma, tu vida y tu corazón cuando descanses en la alborada.
Sobre las luces cristalinas de una caverna misteriosa, dejaré escrita mi poesía.

Con profundo amor, para mi amada Elisabeth.

Sant

Fue la carta que tenía la joven inglesa sobre su mesilla cuando despertó. Las lágrimas regaron sus rosadas mejillas. Se levantó para besarle, pero dormía.

-Estás radiante, Elisabeth-le dijo Ómicron.

-¿De verdad?

-Sí. La intensidad de la luz que despide tu corazón es mayor de lo que hasta ahora había observado.

-¿Has conocido el amor, Ómicron?

-Yo soy amor, Elisabeth.

-Me refiero a si has estado enamorado de otra entidad solar.

-Hace mucho tiempo.

-¿Y cómo acabó?

-Pues como acaba todo amor.

-¿Bien o mal?

-¿Te refieres a si sufrí?

-Sí.

-En el amor, no importa el sufrimiento, Elisabeth.

-Entonces... sufriste.

-Sí.

-Supongo que te defraudaría la relación.

-Al principio, sí.

-No te entiendo.

-Toda unión lleva implícita la separación.

-Pero... ¿no existe el amor eterno?

-Sí.

-¿Entonces?

-La unión entre los individuos, sean hombres o dioses llegan a un final, o a la absorción definitiva por parte de uno de ellos.

-Ahora te entiendo menos.

-Todos los seres del universo se unen y se separan, desde los microorganismos hasta las galaxias, pero su capacidad de amar se incrementa.

-Y ¿el sufrimiento?

-El sufrimiento es el sendero que hay que transitar desde un amor a otro amor.

-¿Y no sería mejor no sufrir?

-Si no existiesen las separaciones, toda la materia del universo se encontraría en estado de no movimiento. Y el universo es perpetuo movimiento, sinónimo de vida.

-Tienes razón, pero no me gusta que sea así. No me agrada lo que dices.

-Has preguntado y te he respondido, Elisabeth.

-Ya.

-Tú estás iniciando una nueva etapa de unión. No debes preocuparte por la separación. Y más esperando un hijo.

-¿Qué dices, Ómicron?

-Estás embarazada.

-Pero... si apenas han pasado unas horas.

-Un espermatozoide ya ha fecundado uno de tus óvulos.

-¿No podrías ser más elegante, Ómicron?

-Sólo he dicho algo que tú ya sabes.

-Bueno... yo lo deseaba, pero no podía saber si había tenido éxito.

-Enhorabuena, Elisabeth.

-Gracias, Ómicron.

-Es una maravillosa etapa la de tener un hijo.

-¿También sabes sobre eso, Ómicron?

-Hace muchos años, yo también fui humano.

-Vamos Ómicron, creo que te han modificado la memoria para que digas eso.

-Probablemente, Elisabeth.

-Disculpa, Ómicron. No me acostumbro nunca a hablar contigo.

-Es el problema de no tener un cuerpo físico como el vuestro.

-Pero... ¿tu cuerpo es la nave?

-Se podría decir que sí. Miles de sensores comunican todas las partes de la nave con mi materia inteligente hiperconsciente.

-Gracias Ómicron por todo lo que me muestras.

-No tiene importancia, Elisabeth. Para mí siempre es algo hermoso hablar contigo. Es como si fueses parte mía.

-¿Crees que Sant y yo pasaremos la prueba?

-Antes de llegar al lago Kragken, no me atrevía a hacer un pronóstico. Ahora, estoy seguro de que ambos estáis suficientemente capacitados.

-¿Y si no estamos preparados para regresar?

-Sí que lo estaréis. No es lo mismo regresar del cielo para una persona solamente que para tres.

-Creo que tienes razón, Ómicron.

-Los místicos humanos sufrían mucho, Elisabeth.

-No lo sabía.

-Después de tocar el cielo en el plano mental debían regresar a la tierra. Imagínate, un

mundo lleno de excrementos de animales, de enfermedades por doquier, de penalidades y penurias sin fin. Habían abandonado su cuerpo por unas horas, y el regreso a la vida cotidiana era un verdadero shock.

-Ahora, la vida es más fácil, ¿no?

-En general, sí, Elisabeth.

-Lástima que no poseas un cuerpo humano, creo que al final te querría casi como a un padre o como a mi abuelo.

-Gracias, Elisabeth.

-Hasta luego, Ómicron.

-No hace falta que te despidas, siempre estás conmigo.

-Es verdad... ¿ves? siempre me olvido de que la nave es tu vehículo físico.

<<Todavía hay algo más que aún no sabes, Elisabeth>>-pensó Ómicron.

Capítulo 40

Habían transcurrido casi veinticuatro horas y Jason no había despertado. Jany estaba a punto de llamar a un médico. Hasta las cuatro de la tarde había permanecido tranquila. La respiración de su esposo era normal y su cara

no mostraba ningún síntoma de dolor, al contrario, sonreía plácidamente.

Por fin, se debatía con el teléfono en la mano entre llamar o no al doctor, Jason apareció en el salón.

-¡Jason!-exclamó Jany levantándose del sofá y abrazándole.

Strung recibió en sus brazos a la bella esposa de Jason Doyle. ¿Cómo iba a decir que él no era Jason? Aunque paradójicamente sí que lo era. Tenía su cuerpo, su cerebro, sus recuerdos, sus capacidades... en teoría.

-Siéntate, estás muy débil.

Jason miraba a Jany. Intentó decir alguna palabra. No pudo. Su esposa le miró.

-¿Qué te ocurre, Jason? ¿No puedes hablar? Te prepararé un café.

Jany se fue a la cocina mientras Strung veía la televisión. Comenzaron las noticias de las cinco de la tarde.

-Cuando regresábamos de faenar observamos que el velero Phoenix estaba a la deriva. No había ningún tripulante. Tuvimos que pasar muy despacio junto a él para no colisionar y a unos veinte metros del mismo observamos el cuerpo flotando sobre las olas. Tomé un salvavidas y me lancé al agua. Pude introducir la cabeza y los brazos de Jason en el flotador, y entre varios compañeros nos subieron a los dos.

-¿Pensaron que estaba muerto?-preguntó la reportera.

-Sí.

-Y aun así, le pudieron extraer el agua de los pulmones.

-Le dimos unos golpes para reactivar el corazón. Y tras varios minutos de intentarlo en vano, reaccionó. Le colocamos de lado y expulsó el agua.

-Sería un momento extraño.

-Todos nos llevamos una enorme alegría. Incluso hasta nos permitimos decir alguna broma. Era una manera de quitarnos el susto y la tensión de encima.

Strung escuchó detenidamente. Empezaba a relacionar las imágenes con el sonido de las palabras.

Jany observó a su esposo que miraba intensamente a la pantalla. Sintió algo extraño. No parecía el de siempre. Le puso el café y unas tostadas sobre la mesita situada entre el sofá y la televisión. No sabía qué hacer exactamente. Tras unos segundos de indecisión le vino a Strung la que sería la primera imagen surgida de la memoria de Jason Doyle. Tomó la porción de mantequilla, abrió con cierta torpeza el papel plateado con el chuchillo, la untó en el pan y, por fin, mordió la tostada. Parecía un niño pequeño.

-¿Te ocurre algo, Jason?-preguntó ella con cierta preocupación.

Strung la miró con ojos de alguien que está desconcertado. No dijo nada.

-Mañana iremos al doctor.

El hijo del Sol miró Jany. La perfección de su rostro le recordaba la belleza abstracta de ElaAlHatir. De su corazón surgió un río de luz que anegó el alma de Jany. Se acercó hasta el sofá. Se sentó al lado y le miró a los ojos.

-¿Qué te ha ocurrido, Jason? ¿Has estado cerca de la muerte? ¿Has visto la luz?

-Sí-respondió Strung.

-¿Es por ello que tus ojos reflejan tanto amor?

-Sí.

Jany inclinó la cabeza sobre el pecho de su esposo. Strung acarició con los dedos el cabello ondulado de la mujer. Su interior parecía como si recibiese descargas eléctricas al contacto con la piel de ella. Los recuerdos del lago Kragken parecían hacerle hervir la sangre. El fuego quemaba sus venas. La unión con ElaAlHatir le habían marcado para siempre. Anheló fusionarse con Jany. Aunque diferentes, ambas representaban lo mismo. La unión de dos almas. Quería entrar en Jany, el fuego de su corazón ya lo había hecho, pero quería más. Quería tocar, palpar, sentir el contacto de aquel cuerpo femenino con su propio cuerpo. Jany había pasado muchas horas despierta en la larga noche. Había imaginado la terrible tristeza en la que se habría sumido si Jason se hubiese ahogado. Desde la adolescencia siempre habían procurado estar juntos. Últimamente se había sentido un tanto abandonada debido a los continuos viajes de su esposo, y había descubierto que le amaba. Jany tomó la mano de Strung y le condujo a la

habitación. Le quitó el pijama en la penumbra y comenzó a acariciar cada parte de su cuerpo. Strung se estaba volviendo loco. Cada poro de su piel percibía el aire. Cada milímetro cuadrado de su cuerpo parecía eléctrico. El sistema nervioso le generaba violentas descargas en su interior. Jany se desnudó. Era la primera mujer que le hacía el amor. En su civilización, aquel acto era similar, para ellos, a las relaciones sexuales de unos monos vistas por los humanos. Pero una cosa era verlas de lejos y otra muy distinta era experimentarlas.

Strung creía que se incineraría el cuerpo en el que se encontraba encerrado. Las caricias de Jany le estaban sumiendo en el lago Kragken. La humana le estaba llevando hacia una experiencia desconocida, por olvidada, para un hijo del Sol. La energía de su corazón impregnaba cada partícula de Jany. Ambos cuerpos estaban unidos exterior e interiormente. Strung recordaba la rebeldía hacia su raza, hacia sus padres, hacia sus superiores, sentía el magma, el agua, la luz, el viento, las playas, el sol, pero sobre todo sentía ahora a Jany quien le estaba entregando todo el amor de la raza humana. Numerosos recuerdos de los dos humanos vinieron a su recién adquirido cerebro. Los movimientos de Jany culminaron en el inmenso placer del acto sexual humano. Ambos se abrazaron tan fuertemente que no parecía existir diferencia entre un cuerpo y otro.

-Te amo, Jason.

Strung no dijo nada. Se encontraba en un estado de inmersión total en la materia. Percibió el placentero a la vez que doloroso roce de sus órganos. Supo qué era vivir y morir al mismo tiempo. Conoció la sensación de vacío a la que llevaba la finalización de un acto de amor y entrega. Comprendió cuán cerca estaba el deseo de morir por querer vivir para siempre, por no querer perder una sensación que se había desvanecido a pesar de querer mantenerla eternamente. Y conoció el valor del sueño. Le vino a su mente la palabra "efímero" y, para su fortuna, se vio envuelto por la dulce caída de la consciencia en la inconsciencia que conducía a un olvido reparador.

Santiago se identificaba plenamente con cada palabra, cada sentimiento de Strung. Parecían estar viviendo la misma experiencia. Abrió de nuevo el libro rojo y continuó.

Capítulo 41

Rain saludó a su amo Jason Doyle cuando salió por la mañana al jardín. Strung no sabía qué hacer. Jany le observaba. Jason habría acariciado la cabeza del perro y le habría dicho: muy bien, Rain. Pero Strung dejó que el perro moviese la cola y se fuese.

La lluvia de la noche había dejado paso a una extraordinariamente bella y aromática mañana. Strung respiró como si fuese la última vez que lo iba a hacer. Amar a una humana y ser amado por ella era algo que nunca se habría podido imaginar si se hubiese quedado en el Sol o alejado hacia otra estrella como era el destino de la mayoría de las entidades solares. Respirar era otro de los extraños placeres de la raza humana. Sólo con ambas satisfacciones, los humanos deberían ser felices. Sin embargo, tal y como lo había estudiado en el master antes de su acercamiento a la humanidad, no lo eran. Quedaba, también, demostrado por el abandono del cuerpo por parte del espíritu original de Jason Doyle.

-No se te ve preocupado, Jason-le dijo Jany tomándole del brazo y mirando con él hacia el horizonte.

Strung no respondió. No entendía bien las palabras. Sí que captaba, a través de su mente, el significado de aquel lenguaje hablado que no dominaba.

-Parece como si nunca hubieses respirado o hubieses visto el Sol.

Strung miró a los ojos de Jany.

-¿Qué extraño y maravilloso acontecimiento te ha ocurrido, Jason?

Strung acarició a su mujer. Deslizó sus dedos por la frente de Jany. Le rizó suavemente los cabellos y luego la besó.

-Vamos a desayunar.

Jany fue a la cocina, Jason Doyle la siguió.

-¿Ahora también quieres aprender a cocinar?

-Sí-respondió Strung.

-Bueno... parece que hemos ganado algo con tu desgracia, Jason.

Jany se quedó muy seria.

-Entonces... ¿no estás afectado por el hundimiento de nuestras acciones?

Strung la miró. Percibió que el temor al futuro se había apoderado de su esposa.

-Tal vez perdamos el velero, los dos automóviles, nuestra posición y nuestro hogar.

Las imágenes que Jany expresaba a través de las palabras bombardeaban la mente de Strung.

-Tranquila, no te preocupes. Todo se arreglará- dijo por fin Strung que parecía haber conectado las imágenes que llegaban hasta su mente con las palabras necesarias para expresarse.

-¿Qué haremos si perdemos todo, Jason?

En aquel preciso momento la televisión mostraba un bar y unos camareros que servían varias copas a los clientes.

-Trabajaré-y miró a la televisión.

-¿En un bar?-preguntó sorprendida Jany.

-Sí.

-Pero tú eres analista financiero, Jason.

-Bueno...

-Tal vez pueda conseguirte algo en el hotel en el que trabajo.

-Tengo hambre-dijo como un niño Strung.

-Disculpa... con tanta conversación, todavía no hemos desayunado.

El nuevo Jason Doyle se sentó en el sofá. Observaba la televisión con extraordinaria atención. Cada imagen representaba el descubrimiento del nuevo mundo. Los anuncios eran, en su estado de desconocimiento de las costumbres humanas, los que más información le aportaban. Ya había podido recordar varias palabras: comprar, lavar, comer, ir en autobús, en metro, en tren... hacer footing, saltar, vida sana...

-Tal vez deberías esperar unos días para ir a la oficina-sugirió Jany mientras desayunaban.

-Me gustaría dar un paseo por la ciudad-sugirió Strung.

-Pero... antes... podríamos amarnos como anoche, Jason.

Strung se levantó del sofá cogió en brazos a Jany. Mientras besaba la nariz y el cuello, la dejó con cuidado sobre la cama. Con sus grandes manos soltó el lazo que unía el camisón y miró los senos de Jany. Los besó. Strung aportaba una tremenda energía al cuerpo Jason Doyle. Jany cerró los ojos. La forma en que Jason entraba en ella la llevaba a la locura. Locura de amor que compartía con ella Strung, un hijo del Sol entre los humanos.

-Ámame, Jason, ámame. Entra en mí-Jany parecía que había perdido el juicio y la sensatez. Si alguien en este mundo estaba loco de amor, sin duda alguna Jany y Jason ocupaban en aquellos instantes dos de los primeros puestos.

Ambos, a pesar de ser por la mañana, se quedaron dormidos, abrazados bajo las sábanas. Sonó el teléfono.

-¿Está, Jason?-preguntó el jefe de la oficina de inversiones en la que trabajaba Doyle.

-Está dormido-respondió Jany.

-¿Todavía?

-Ha estado al borde de la muerte. Se está recuperando.

-Ya lo sé. Pero nosotros queremos hablar con él. Es urgente.

-Cuando se despierte, se lo comunico.

-Que sea lo antes posible.

-Ya le he dicho que está convaleciente.

-O mejor. No hace falta que le diga nada. Mejor que no vuelva ya por aquí. Tendrá noticias nuestras.

-¿Quiere decir que está despedido?

-Sí.

-Pero...

-Bastante haremos si sólo le despedimos y no le demandamos por arriesgar imprudentemente el capital de nuestra empresa.

Jany no respondió. Escuchó el golpe que el jefe de Jason dio al teléfono cuando lo colgaba, y comprendió que

debería buscar un empleo. Quizás su esposo tenía razón. Con el trabajo de ambos podrían vivir sencillamente, aunque fuese de alquiler en alguna vieja casita.

Rain se acercó a Jany. Ésta tomó un trocito pequeño de pan de molde, se lo lanzó al jardín y cerró la cancela. Se encontraba extenuada. Y de repente como si de un relámpago se tratase se palpó el vientre... Tal vez Jason debería hacer más horas de camarero si ella se quedaba embarazada, pensó. Abrazó a Jason, cerró los ojos, se sintió dulcemente protegida por su nuevo y rejuvenecido Jason Doyle y se durmió plácidamente.

Capítulo 42

-**S**aint George es una ciudad muy bonita, ¿verdad?-comentó Lucía.

-Muy agradable.

-Me encanta. Su colorido, St. Peter Church's...

-Todavía tenemos que ir a ver Fort St. Catherine...

-Ha sido un acierto venir a esta preciosa isla-afirmó Lucía, lo que era un gran milagro.

-Viajar es, si todo sale bien, muy agradable.

-Te acuerdas de ¿York?-añadió Lucía mientras caminaban por York Street.

-Ya lo creo, la habitación del hotel era en forma de buhardilla con el techo recubierto de láminas de madera. Las casas también estaban como las de aquí... alegres y bien pintadas.

-Y el cliente del bar que vimos salir corriendo, atravesar toda la calle para devolver a la naturaleza lo que le había bebido...

-Del viaje a Reino Unido, a pesar de que fue hace tantos años, tengo un gran recuerdo.

-Stratford Upon Avon, la ciudad donde nació Shakespeare...

-Y ¿Cambridge?

-Es verdad. ¡Cómo nos falla la memoria! ... Edimburgo...

-Creo que nos encantaron casi todas las ciudades, además de Londres. Pero a mí, la catedral que más me impactó fue la de Durham.

-Color de terracota.

-Para que algo guste, tienen que coexistir dos factores: el interno y el externo. Ya puedes contemplar el edificio más maravilloso del mundo, que si no tienes armonía interna o una cierta predisposición, apenas si lo disfrutas-aseguró Julio.

-Donde esté New York, que se quite todo lo demás.

-Hemos visto multitud de catedrales y de iglesias, pero yo me quedo con Durham, Siena y la Basílica de Nuestra Señora del Pilar.

-Hombre... eso si que es ser ecuánime y justo.

-Bueno... y San Antonio de Padua...

-Creo que te olvidas de multitud de catedrales bellas.

-Está bien, te haré una concesión más, la capilla de Santa Teresa de Ávila.

-No sé ni cómo hablo contigo, ¿dónde está Santiago de Compostela o la réplica de Santa Sofía en Venecia?

-De acuerdo... sí... Hay cientos de lugares preciosos... las pirámides, Luxor y Karnak, el palacio de Sissí.

-¿El último no lo habrás dicho con ironía?

-No, de verdad, ahora recuerdo el castillo del Rey Loco, en Baviera, la maravillosa sala donde hay enormes cuadros referentes a la Leyenda de los Nibelungos...

-Washington me encantó.

-Sí, sobre todo aquel español al que saludaste tan amablemente.

-¡Tuviste celos!

-Sí.

-Pero... si no le habíamos visto en nuestra vida...

-Ya... pero no deberías haber sido tan amable con él.

-Si no lo veo no lo creo... Veinte años después, y me entero de que tuviste celos de un desconocido...

-Éramos jóvenes... yo te deseaba... me atrevería a decir que era una adicto al sexo...

-Siempre estabas con lo mismo.

-Ya...

-Y a mí cuanto más me presionabas, menos me gustaba hacerlo.

-Imagino...

-Entonces... ¿por qué me dabas tanto mal?

-Tú no sabes qué es el fuego que te consume por dentro que hace que te hierva la sangre...

-Respecto al sexo no, respecto a otras cosas sí.

-Bueno... es que en ocasiones la ira se te apodera.

-Es que me pones nerviosa.

-Ya.

-Sin embargo, ahora ya no me dices nada...

-Haber escuchado cien veces "**no**", es una losa demasiado pesada que ya no se puede levantar.

-De verdad que lo siento...

-No importa... Era una de las pruebas más importantes que tenía que superar en mi vida...

-Tal vez deberíamos habernos divorciado.

-Y después, ¿qué?

-No sé... quizás habrías sido más feliz con otra mujer.

-No creo. De ti me enamoré cuanto apenas tenías catorce años.

-Pues tal vez por eso.

-Me enamoré de tu rostro, de tu cara de ángel.

-Pero... parece ser que no es lo que querías.

-Creo que sí, yo quería una bella mujer que tuviese buenos sentimientos, y tú los tienes.

-Quizás te habría resultado la vida más fácil.

-Como ser humano, que no tiene pasiones, prefiero una mujer que no sea insaciable.

-Dicho así, creo que sería algo terrible para un hombre.

-Imagina una mujer que nunca tiene suficiente con el amor de una relación normal, ¿hasta qué extremos llegaría?

-De acuerdo... me has convencido.

-Mira, estamos muy cerca de Fort St. Catherine.

Capítulo 43

Santiago cerró el libro. Observó otra vez sus tapas de color rojo y letras doradas. La aventura de una entidad solar inmersa en la Tierra le mantenía cautivo. Las acciones cotidianas en que los humanos nos veíamos involucrados semejaban un continuo milagro. Un canto a la vida. El funcionamiento de un cuerpo humano se convertía en toda una odisea. Algo que todos dábamos como algo sencillo, no lo era tanto. Que un cerebro se conectase con su entorno e intercambiase información a través de los sentidos, que la voluntad residente en algún lugar desconocido, todavía a estas alturas para la ciencia, impactase continuamente con los órganos de expresión, que recibiese información a través de ondas sonoras y luminosas estaba siendo desentrañado por las grandes mentes de la raza humana, pero... al parecer, según el libro de Strung, más allá del funcionamiento, parecía haber algo más.

Era probable que un cuerpo pudiese existir sin la voluntad central. Quizás algunos hombres y

mujeres vivían sin tener la materia inteligente autoconsciente. Parecían habitar, a juzgar por sus contradictorios actos, en un mundo repleto de nieblas y paisajes fantasmales que en ningún momento les dejaba razonar. ¿Podía ocurrir que aquellas personas rematadamente locas, aparte de tener una enfermedad mental, careciesen de la materia inteligente autoconsciente? ¿Era suficiente con que el cerebro aportase los conocimientos mínimos para que un cuerpo funcionase y pequeños subprogramas de acontecimientos reiterativos generase la apariencia de un ser humano?

Conocer el desarrollo y el funcionamiento del cuerpo no implicaba ser capaz de otorgar la vida autoconsciente.

Santiago llamó a la puerta del camarote de Elisabeth justamente cuando salía. Ambos se miraron.

-Estamos en sincronía-exclamó la inglesa.

-¿Desayunamos?-preguntó Santiago.

-Será estupendo. Tendré que comer por dos.

-Quieres decir que me vas a dejar sin nada.

-No, entonces tendría que comer por tres.

Santiago se paró en seco. Miró a Elisabeth.

-¿Quieres decir?... no puede ser. Sólo hace unas horas que nos hemos amado.

-Vamos a desayunar... respondió Elisabeth tomándole la mano.

-¿Te está gustando el relato de Strung?

-Estoy impresionado.

-No es para menos.

-Entonces... ¿puedo preguntarte algo?

-¿Strung es tu abuelo?

-Sí.

-¿Cómo puede ser que una entidad solar encarne en un cuerpo que no ha muerto?

-Son grandes misterios, Sant.

-Como geólogo e ingeniero, la verdad, nunca he creído en la reencarnación.

-Pero... ¿tú me crees a mí?

-Por supuesto, Elisabeth.

-No tengo ni idea cómo acabará la historia-intentó sonsacar algo a la inglesa.

-Yo tampoco-respondió sonriendo Eslisabeth.

-Entonces... ¿lo que has comentado antes de venir a desayunar es cierto?

-No recuerdo-sonrió Elisabeth.

-Pero... no puede ser ¿no?

-¿Por qué?

-La primera vez que nos amamos y quedas fecundada.

-Lo sé por Ómicron.

-Vaya con el p.c. de medio mega.

-No te cae bien.

-Lo que sucede es que no me acostumbro.

-Pero ya lo sabes, la esfera de color dorado que se encuentra en el séptimo nivel es su alma.

-Ya... si no digo que no, sencillamente afirmo que estoy sorprendido.

-Si tú no lo deseas, no tendré el hijo, Sant.

-Para mí, tener un hijo tuyo sería un honor, Elisabeth.

-Gracias.

-¿Imaginas? un hijo o una hija que tenga tus ojos azules. ¿No sería maravilloso?

-¿Te quedarías a vivir conmigo en la isla?

-¿En las Bermudas?

-No lo había pensado, pero me quedaré donde a ti te guste más, en Hamilton o en Londres.

-¿Y mi trabajo?

-Quizás podrías ejercerlo por libre. Tener nuestra pequeña empresa de estudios geológicos... o alguna minúscula factoría de diseño de veleros...

Santiago pensó en sus padres... estaba seguro de que a ellos les gustaría verle de vez en cuando.

-Quizás podríamos pasar la mayor parte del año en Hamilton y algunos meses en Londres.

-Es buena idea, Santiago.

-Toma-le dio un pequeño papel Santiago a Elisabeth-es una poesía que he escrito esta mañana, cuando he recordado tu amor.

En el silencio de mi alma llevo el aroma de tu amor.
Es como el resplandor de un sol naciente,
como el agua blanca de un salto de agua silente,
cual armoniosa ondulación de un extenso mar de trigo,
que danza al compás del invisible y cálido viento.

En los ocultos pliegues de mi corazón guardo el dulce e interminable beso
que con inmarcesible frescura depositaste en el invisible lecho
de mi espíritu cándido, agradecido y sereno.

Sobre las excelsas y armónicas olas de un océano en calma
te conduciré a aquel lugar donde habitan las almas.
Te llevaré en las ondas multicolores y etéreas
que livianamente enlazan los cuerpos y nuestras mejores prendas.

-Gracias, Santiago. Son muy bellos-dijo Elisabeth tomándole la mano y dejando caer una lágrima. Eres un gran poeta.

-Nunca había escrito un verso.

-¿Entonces?

-Es tu amor el que hace brotar de mi corazón tan bellas imágenes.

-Nos queda un día para llegar al centro de la Tierra.

-¿La nave también puede deshacer el núcleo interno?

-El núcleo no es totalmente compacto. Se podría decir que es como un queso de Gruyère.

-¡Qué lastima que no se pueda ver como si de un paisaje se tratase!

-Estamos inmersos en la energía luminosa que disuelve nuestro entorno, no se puede hacer otra cosa.

-Los becarios nos saludan amablemente, pero parece que no están interesados en comunicarse.

-Para ellos, los seres humanos somos poco más o menos como unas mascotas.

-¡Qué fuerte!

-Es duro para nuestro orgullo. Pensamos que somos el centro del universo. Pero no es así.

-Entonces... todo se lo debemos a Strung.

-Sí. Él amó a Jany.

-Pasó a ser un desheredado solar.

-Nunca mejor dicho.

-Me recuerda a Prometeo.

-Algo parecido.

-Me habría gustado conocerle.

-Mientras lees el diario estás conociéndole.

-Era un ente solar muy apasionado.

-Para su raza, algo vergonzoso. Para nosotros, algo semejante a un Dios.

-Me duele saber que los espíritus solares evitan el contacto con el ser humano.

-Hay de todo. Como norma general, ellos persiguen su destino.

-¿Hay más como Strung?

-Siempre los ha habido y los habrá. Entidades solares que por una causa o por otra reencarnan en la Tierra.

-Tal vez necesitan venir.

-A veces, después de largos períodos de vivir en mundos de abstracción, donde no se siente tan intensamente como en nuestra Tierra, necesitan tener contacto con la materia densa. Y de una forma o de otra vienen a nuestro planeta.

-¿Y no recuerdan su origen?

-Normalmente encarnan al principio de la gestación. Cuando es así, olvidan su origen, mas, conforme transcurren los años, van sintiendo un intenso anhelo por regresar a su verdadero hogar.

Generalmente, no son capaces de discernir el origen de sus deseos. Debe ser así, porque nada puede haber más terrible para un alma solar como

el hecho de estar limitado a un cuerpo y llegar a la conclusión de que él es una entidad que podría volar libremente por otros sistemas solares.

-Prometeo, de nuevo.

-Prometeo encadenado.

-Tengo la impresión que consideras algo bueno y necesario terminar de leer el libro de Strung.

-Únicamente si te interesa de verdad.

-Creo que para ti es muy importante.

-Pudiera ser, Sant.

-¿Por qué?

-Te ayudará a comprender mi propia vida.

-¿Puedo preguntarte algo, Elisabeth?

-Lo que desees.

-¿Por qué, yo?

-Porque me amas y yo te amo.

-Quizás tus padres pueden pensar que soy poca cosa, que apenas tengo dinero...

-El color dorado de un corazón no tiene precio. No se puede comprar con libras, dólares, euros o lingotes de oro.

-¿Cómo sabes que el color de mi corazón es dorado?

-Porque lo sé.

-Ojalá nunca te defraude, Elisabeth.

-¿Ves por qué causa sé que tienes un corazón de oro?

-No he dicho nada. Únicamente he mostrado mi deseo de estar siempre a tu altura.

-¿Y no crees que yo podría también pensar lo mismo que tú?

-Nunca se me había ocurrido.

-Segunda respuesta que corrobora cómo eres. El ideal de mujer que tienes en tu alma es de un extraordinario valor.

-Me estoy ruborizando, Elisabeth.

-¿Te puedo preguntar yo?

-Por supuesto.

-¿Qué clase de hijo desearías tener?

-En primer lugar alguien que tuviese un corazón sincero.

-¿Y?

-Un ser humano que aportase algo bueno a su raza; que compusiese una excelente obra musical, que infundiese fe a los humanos que permanecen en la oscuridad, que realizase un descubrimiento científico en bien de toda la humanidad...

-¿Mujer u hombre?

-Una mujer tan bella como tú.

-Ahora quien se siente ruborizada soy yo.

-¿Crees que está en nuestras manos decidir algo así?

-Puede ser.

Santiago miró a Elisabeth, tomó su mano izquierda y la besó con profundo amor.

Capítulo 44

Strung paseó por primera vez en su vida por una calle en la Tierra. Necesitaba respirar profundamente. Iba en camisa. Jany le miraba sorprendida. Siempre había sido un hombre muy friolero. Y ahora, cuando ella sentía el frescor de la mañana de abril, él se había quitado la chaqueta, la corbata y alzado las mangas de la camisa blanca.

-Te vas a enfriar, Jason-. Strung miró a Jany. No entendía qué le quería decir.

-¿No tienes frío?- le tocó con la mano la piel-. Strung miró de nuevo a Jany. Y por fin respondió.

-Estoy caliente.

-Sí, eso ya lo sé-. Jany echó a reírse. Estaba visto que el accidente le había dejado algo tocado, o mejor expresado: maravillosamente tocado.

-¿Por qué te ríes?

-¿De verdad no lo entiendes?- Strung se quedó pensativo.

-Pareces otro Jason-. Strung no sabía qué decir.

-Es como si fueses nuevo en este mundo.

Strung tampoco dijo nada. Miró a Jany con tanta dulzura en los ojos que la mujer necesitó abrazarle y besarle en mitad de la calle. Una señora trajeada les miró. Aquellas no eran maneras de comportarse.

-Ya no son tan jóvenes para besarse en la calle-les dijo.

Jany rió. Se sentía la mujer más feliz del mundo. Y realmente debería estar preocupada, pero es que el hecho de tener a su marido vivo, y además con tantas ganas de hacer el amor, la mantenía en un continuo estado de excitación. Su alma deseaba gritar a los cuatro vientos que era feliz, que su Jason le había hecho el amor. Y lo que todavía era más extraño: estaba segura de que había quedado embarazada.

Caminaron por la calle Arlington. Strung miraba cada uno de los árboles como si se los fuese a "respirar". Jany cogía con su mano el brazo de su esposo. Le parecía más fuerte. Quizás había ido al gimnasio y ella no se había enterado...

-Vayamos a ver cómo está el Phoenix-sugirió Jany.

Strung... la miró, de nuevo.

-Creo que has perdido algo de memoria. Es nuestro velero, Jason.

-¡Ah! Velero.

-¿No te acuerdas de él?

-Lo recuerdo.

-Espero que no le hayas cogido fobia.

-¿Fobia?

-Miedo... temor... ya sabes... hace dos días te caíste de él-. Strung... percibía muchas imágenes de una forma nítida. En otras naufragaba.

-¿Miedo a qué?

-No sé, a navegar... al agua...

-Entiendo.

Jany no cesaba de observar su extraño comportamiento. Si ello fuese posible habría dicho que habían cambiado a su marido. Tenía detalles que no concordaban con sus anteriores costumbres. Y el brillo en sus ojos... causaba enorme admiración en su alma.

La mujer tuvo que conducir a su esposo hasta el velero. Dos de los pescadores lo habían llevado a los muelles deportivos.

-Llévame al mar, Jason-. Strung miró a Jany, sus ojos estaban luminosos. Percibió, como si ocurriese dentro de su propio cuerpo, el fuego que corría por las venas de su esposa.

-¿Me ayudarás a pilotarlo?-preguntó con la inocencia de un niño pequeño.

-Claro, Jason.

En apenas cinco minutos habían atravesado Mouse Island y estaban frente a Cat Island. Viraron a babor, dejando atrás Green Bay y embocando hacia alta mar. Jany

tuvo que recordarle una por una las diferentes maniobras, si bien era verdad que con una vez era suficiente para que aprendiese.

La suave brisa les llevaba lentamente. Jany manejaba el timón y Strung acariciaba los hombros de su esposa. Besó repetidas veces el cuello y deslizó sus manos por la columna vertebral hasta llegar al final de la misma. Jany se estaba volviendo loca. Nunca habría pensado que le excitase tan intensamente aquella parte. Era como si realmente el sexo comenzase en aquella zona de la columna. Sentía múltiples descargas eléctricas que partiendo desde un punto entre las vértebras se extendían por todas las ramificaciones nerviosas generando en la parte delantera una sensación de plenitud que llegaba hasta sus partes más íntimas. Strung besaba su cuello sin parar, necesitaba besar, sentir los labios de Jany. Susurraba al oído de ella extraños e incomprensibles fonemas. Debía de haberlos aprendido sin darse cuenta en su estancia en el lago Kragken. Los senos de Jany también parecían eléctricos. Strung apenas si los tocaba. En realidad sus dedos estaban a unos milímetros, y ella estaba a punto de colapsarse. Desde la punta de los talones hasta la coronilla parecía una extraña línea de alta tensión que estremecía cada parte de su cuerpo. La mujer no sabía qué hacer. Si dejar el timón y bajar al camarote, o quedarse allí, en aquel estado de éxtasis que nunca debería finalizar. Su cuerpo era puro fuego que en cualquier momento explotaría.

-Ámame, Jason-le gritó. Ya no podía resistir más.

Strung la tomó en los brazos y la bajó al camarote.

-Te amo, Jany. Te amo con el fuego del lago Kragken. Te amo con el fuego del interior de la Tierra. Te amo como el intenso azul de las aguas.

Jany no le oía. El amor era un murmullo de hojas agitadas por un impetuoso viento que no le permitía escuchar nada. Sentía el cuerpo de Jason en su propio cuerpo y nada más quedaba en el mundo, solo el amor de Strung, un hijo del Sol que inundaba con su fuego un alma humana.

Las horas transcurrieron lentamente. Parecían seguir el ritmo del océano. Apenas si había una ligera brisa que escasamente agitaba diminutas olas que se estrellaban contra la quilla del Phoenix. Jany permanecía en los brazos de Strung. No quería despertarle. Se preguntó en qué estaría soñando. El accidente le había cambiado tanto que no le reconocía. Amaba a su esposo, el de antes, pero el de ahora era muy especial. Una mirada y le hacía hervir la sangre y el corazón. Objetivamente debería estar aterrada ante la situación en la que podrían encontrarse. No sabía exactamente la magnitud del desastre. Debía haber sido enorme a juzgar por el enfado del jefe de Jason, pero éste apenas se inmutaba. Quizás había olvidado todo lo referente a su trabajo como analista financiero y por la razón que fuese se había visto incrementada su potencia sexual y romanticismo. Mientras contemplaba la placidez

de su expresión, acarició los hombros desnudos y el cuello de Jason. Se agitó un poco, dejó de tocarle y le besó en el pectoral que tenía más cerca de ella. Descendió su mano hacia el interior de sus piernas. En apenas unos segundos la flacidez se había convertido en erección y se tumbó de nuevo sobre él. Estaba dormido, profundamente inconsciente, pero sentía tanto amor por él que no dudó en dejar que el alma de aquel hombre nuevo vivificase su interior. Jason gimió.

-Duerme, mi pequeño. Duerme y sueña-susurró delicadamente Jany.

-Gracias-dijo Strung.

-¿Estás despierto? - se sobresaltó Jany.

No hubo respuesta. Apenas un leve aleteo de los labios que exclamaron

-ElaAlHatir.

Jany observó su cara de felicidad.

-¿Quien es ElaAlHatir?-preguntó la mujer.

-¿Sí?- preguntó medio dormido Strung.

-¿Qué significa ElaAlHatir?

-Nuestra Señora del Placer Ígneo"

-¿Es una mujer?

-No- contestó Strung que todavía no había llegado a controlar la autoconsciencia.

-¿Dónde vive?

-En el interior de la Tierra. En el lago Kragken.

-Estás soñando, Jason.

-Permanece entre el magma que nunca se apaga.

-Ya-. Respondió Jany comprendiendo que era un simple sueño, quizás, algún recuerdo de alguna novela, de alguna película...

-¿Jason?-preguntó Jany sin obtener la menor respuesta. No sabía que debería haber dicho ¿Strung?

El hijo del Sol que se había sumergido en un cuerpo terreno se despertó. Jany le miró a los ojos. Parecían de fuego. Strung sonrió.

-Estabas soñando, Jason.

-No sé. No recuerdo nada.

-Has dicho unas extrañas palabras.

Strung miró sin comprender.

-ElaAlHatir... creo.

-Es una entidad ígnea que habitaba en el lago Kragken.

-Vamos, Jason... Debes distinguir la realidad de la fantasía.

Strung captó lo que Jany quería decir.

-Los sueños... ¿son fantasía?-preguntó Strung.

-Pues claro, Jason...

-¿Sabes, Jany?-había pronunciado por primera vez el nombre de la mujer.

-Dime Jason.

-Tienes el mismo brillo en tus ojos que ElaAlHatir.

-Voy a tener celos, Jason.

-¿Celos?

-También has olvidado lo que son los celos-. Strung miraba... parecía la ignorancia personificada.

-Ya has puesto de nuevo esa cara, Jason.

-¿Puedo decirte algo, Jany?-se decidió a hablar. Él no estaba hecho para mentir.

-Dime, Jason.

-Vengo del Sol.

-Creo que te ha afectado demasiado el accidente. Seguro que dentro de unos días te recuperarás.

-No me crees.

-Tú eres Jason Doyle.

-Mi nombre es Strung. Soy hijo del Sol.

-Por favor, Jason... no me digas eso-. Respondió automáticamente Jany, aunque pensó que desde luego no se comportaba igual que su esposo... era algo natural después del accidente, pero de ahí a que le dijese que era otro hombre...

-Lo siento, Jany, pero es así.

-Pero...tú me amas.

-Sí.

-Si eres otro hombre no me puedes amar así porque sí.

-Amo el brillo de tus ojos y de tu corazón. Amo todo tu cuerpo. Amo tu alma. Te amo con la locura del lago Kragken.

-¿Y Jason Doyle?

-Él abandonó su cuerpo en el océano.

-¿Por qué me dices estas cosas, Jason?

-Es la verdad, Jany.

-No me toques-le dijo la mujer al hijo del Sol, sintiéndose desnuda.

-Yo te amo.

-Volvamos a casa.

Strung supo por primera vez lo contradictorio que podía a llegar a ser un humano. Le amaba y sin embargo no le amaba. El regreso a Hamilton sumergió a Jany en la confusión total. El hijo del Sol comenzaba a dudar si había actuado correctamente. Quizás no debería haber dicho la verdad. En su mundo tal acción no existía, era un imposible. En el Sol todos veían lo que una entidad pensaba. Era absurdo mostrarse de diferente forma a la que cada uno era. Las luces en que estaban envueltos sus cuerpos no podían reflejar lo que no eran.

-Mañana iré a trabajar, Jason... o quien seas. Búscate un hogar. Venderemos la casa, en caso de que todavía sea nuestra-miró al hijo del Sol con una mirada de extraordinaria dureza.

El corazón de Strung, también experimentó por primera vez y de primera mano un agudo dolor que le traspasaba el cuerpo. El sentimiento de Jany se había transmutado en una verdadera lanza que se clavaba en el corazón del falso Jason Doyle. O mejor expresado, del no totalmente verdadero Jason Doyle.

¿Cómo se había comportado tan inconscientemente?, se decía a sí misma Jany. Intentaba dormir en la misma cama que hacía unas horas había conocido por primera vez un placer múltiple, en el mismo lecho que aquel extraño Jason la había amado como jamás ella lo recordaba. Las palabras de Strung sonaban en su cerebro como un martillo cuando golpea una enorme campana de bronce: "Él abandonó su cuerpo en el océano". Escuchaba el murmullo de palabras una y otra vez. "Mi nombre es Strung. Soy hijo del Sol"

Mientras había entrado en un bucle que quizás no terminaría nunca y que la iba a volver loca, Strung se vistió y se fue. Rain le despidió. Strung acarició por primera vez a un perro. Y por primera vez en su vida lloró. Las lágrimas brotaron. Gracias a ellas el terrible dolor que llenaba su corazón humano perdió intensidad. Caminó por las calles de Hamilton. Cuando ya no pudo más se fue a dormir al velero Phoenix. Tristemente comprendió a Jason Doyle cuando se lanzó por la borda del barco. Quizás haría él lo mismo. Se desharía del cuerpo humano descendería a través del agua en busca del lago Kragken y luego regresaría al Sol. Allí no existía tanto placer, pero tampoco tan terrible dolor.

Por su parte Jany intentó dormir. Lo consiguió unas horas. Se despertó en mitad de la noche. Strung ya no estaba en casa. Y el cerebro que nunca se detiene se encargó de crear un infierno del que no se podía escapar. ¿Había hecho algo mal Strung? No. ¿Acaso no la había amado

desde el primer momento? Sí. ¿Qué significaba aquel extraordinario brillo en los ojos? ¿Era en verdad un hijo del Sol? Y si lo era ¿cómo se había comportado ella echándole de casa? Un hondo pesar se acumuló en su alma. Había maltratado a un "algo" que era todo amor. Él no había mentido. Se había enamorado de ella. Y en todo caso debería estar agradecida porque la vida le concedía una nueva oportunidad. Si era cierto que el antiguo Jason Doyle se había suicidado ¿cómo estaría ella ahora? Sin lugar a dudas se encontraría destrozada, sin ganas de vivir, preguntándose por qué su esposo había sido tan insensato...

Y respecto a Strung... ¿qué le ocurriría? ¿conseguiría sobrevivir? Seguro que sí, pero... ¿qué sucedería con su candidez, su inocencia, su espontáneo amor, su sinceridad? ¿Y si en lugar de amar aprendía a odiar? ¿Y si su herida se transmutaba en rencor a la humanidad? Ella tendría cierta responsabilidad. Habría condenado de antemano a un alma, hija del Sol. También podía ocurrir que en realidad fuese su marido Jason Doyle.

Además de estas extrañas e inimaginables preguntas estaba el amor que había sentido hacía escasamente unas horas. No era el placer del cuerpo. El placer era muy fácil tenerlo. Una mujer podía elegir cualquier macho y en cuestión de minutos lo tendría arrodillado bajo su poder de persuasión. Era el punto débil de los hombres. No se podían resistir al canto de sirena que cualquier mujer estuviese decidida a entonar. Placer se podía proporcionar

ella misma. Decididamente, no. Lo que había experimentado era una unión tan íntima que no tenía explicación. ¿Por qué Strung había dicho que la amaba con el fuego del lago Kragken? ¿Acaso ese fuego era especial y penetraba en el interior de las personas hasta introducirse en los huesos?

El amanecer llegó lentamente mientras Jany se debatía entre la locura y la lucidez. Supo con toda seguridad que amaba a Strung. Que el fuego de su amor la había anegado. De repente sintió un escalofrío. ¿Dónde se habría refugiado Strung? No se había llevado la cartera de Jason Doyle. Quizás no sabría ni qué era el dinero. Si había intentado coger algo de comida, tal vez le habían llevado al calabozo. ¿Cómo iba a salir de allí? Se calmó. Si hubiese sido así, seguro que o bien habría dicho que era Jason Doyle, o alguien le habría reconocido y ya habrían llamado a casa.

Quizás se había ido a dormir al velero. El Sol irradiaba sus primeros rayos. Jany se vistió a toda velocidad, preparó unas pastas, un café con leche, y se dirigió hacia el barco. Cuando vio a Strung dormido bajo las lonas del Phoenix, respiró profundamente y aceleró el paso.

-Strung-le despertó Jany.

El hijo del Sol miró a Jany. Sus ojos reflejaban compasión y alegría al mismo tiempo.

-¡Perdóname, por favor!-exclamó la mujer.

Una honda compasión y un profundo amor brotaron del corazón de aquel ser que había osado visitar este pozo de lágrimas. Percibió el dolor de Jany, se incorporó, la abrazó y la rodeó con el fuego que todo lo llena, con el fuego que salta cualquier barrera, con el fuego etérico que colma los huecos de la materia.

-Te amo, Jany-susurró el hijo del Sol a la humana.

-Te he traído el desayuno, Strung.

El antiguo Jason Doyle ya no existía para Jany. Juntos desayunaron en la proa del Phoenix. El Sol brillaba de nuevo. Lo interno y lo externo recuperaban el equilibrio y la armonía.

Los ojos de Jany resplandecían. Rodeó con sus brazos el cuello de Strung y permaneció unos segundos sentada a su lado.

-Es difícil ser humano-dijo sonriendo Strung.

-¿Crees que ha merecido la pena dejar tu hogar en el Sol?

Strung no contestó. Miró los ojos anhelantes de Jany. La abrazó y la besó en la mejilla.

Santiago no podía dejar de leer la historia de un hijo del Sol y una hija de la Tierra. La existencia del ser humano parecía cobrar una cierta importancia ante la dificultad que implicaba. Nunca se le habría ocurrido pensar que para un ser de otro planeta o de otro lugar, la Tierra pudiese

ser tan contradictoria. Miró a través de la ventana de la nave, la luz que nunca se extinguía, que siempre brillaba. No había preguntado acerca de la fuente de energía que hacía que disolviese la materia a su alrededor. Era de suponer que tendría algún reactor de fisión, o de fusión... Desde luego no se escuchaba el menor ruido, lo que parecía asombroso.

Con extraordinario cariño abrió, de nuevo, el libro de Strung. En su cerebro apenas encontraba diferencias entre Jany y Elisabeth. Ambas debían ser igual de bellas y extraordinarias. Que Jany se hubiese desquiciado un tanto ante la revelación de Jason Doyle indicándole que era Strung, pensaba que no era para menos. ¿Quién en su sano juicio no desvariaría ni flaquearía si su esposo le dijese que ya no era él, que provenía de otro planeta? Como mínimo se quedaría aterrorizado ante la posibilidad de que su cónyuge estuviese demente. Afortunadamente, Jany rectificó enseguida. De lo contrario ¿cuál habría sido el destino de Strung?, alguien que después de un accidente declara que es un hijo del Sol. Con muchas probabilidades se habría erigido en un fuera de la ley y de la sociedad que podría haber derivado en un fracaso estrepitoso.

Jany y Strung permanecieron muchos minutos sentados en la proa y mirando al horizonte. La futura madre no sabía cómo decirle al hijo del Sol que creía que estaba embarazada. ¿Y si él se sentía excesivamente sobrecargado de responsabilidad? ¿Cómo podrían mantenerse si trabajaba ella sola? Deberían empezar de nuevo.

-No debes preocuparte, Jany. Tener descendencia será algo maravilloso.

Jany miró a Strung. ¿Cómo lo había podido saber?

-En ocasiones capto tu pensamiento, Jany.

-¿Cómo puede ser, Strung?

-En mi civilización sabemos lo que todos y cada uno piensa. Es algo natural.

-Y lo que pienso yo, ¿es totalmente transparente para ti?

-A veces. Depende de los conceptos si son muy abstractos y la capacidad de visualización que desarrolles en cada momento.

-¿En qué estaba pensando, Strung?

-En mi trabajo y en cómo alimentar a nuestra hija.

-Me das miedo, Strung.

-¿Por preocuparme de ti?

-No sé explicarlo totalmente. Es como si me sintiese desnuda.

-¿Desnuda?

-Sí, que voy sin ropa.

-¿Sin ropa?

-Bueno... en este caso no es sin ropa. Es desnuda psicológicamente. ¿Entiendes?

-¿Los humanos no acostumbráis decir la verdad?

-Casi nunca.

-¿Es por ello que os ocultáis ante la luz?

-Debe ser porque nuestros pensamientos pueden herir a otras personas.

-No entiendo.

-Tú has abierto un agujero de inseguridad muy profundo cuando me has asegurado que eras hijo del Sol.

-Cuando he dicho la verdad.

-Sí.

-Entonces... ¿cuándo crees que te lo debería haber dicho?

-No sé... tal vez dentro de diez o quince años...

Strung sonrió.

-Cuando nuestra hija fuese mayor.

-Supongo-sonrió Jany.

-Por qué te ríes.

-La verdad, no estoy acostumbrada a hablar de estas cosas. Todos días no se muere tu marido, y menos resucita porque ocupa su cuerpo un hijo del Sol. Tampoco es normal que estés pensando algo y que quien está a tu lado te responda atinadamente y resuelva ciertos problemas.

-Ya. Es que todos días no hay un rebelde que deshonra a sus padres y se sumerge en una cultura primitiva que es considerada como un descenso a los infiernos.

-¿Tú eres un desheredado, Strung?

-Sí.

-No creo que tus padres tengan una opinión tan pésima de ti.

-Estarán decepcionados.

-¿Por?

-Ellos me habían educado para ser uno de los futuros embajadores en la estrella de Sirio.

-Vamos, Strung. Me estás haciendo reír de nuevo.

-¿Te ríes de mí?

-No Strung. Me hace gracia la conversación.

-Pero yo hablo en serio.

-Debes comprender que los humanos no podemos ni imaginar lo que estás afirmando.

-¿No tenéis sueños?

-Sí. Pero son del tipo: quiero ser rica, tener salud, tener una enorme casa, comprarme un bolso o un vestido…

-¿Y respecto a vuestro destino?

-El destino es la muerte, Strung.

-¿La muerte?

-¿No sabes qué es la muerte?

-Voy comprendiéndola.

-La muerte es estar un día aquí en la Tierra y al día siguiente ya no estar.

-Quieres decir como lo que le ocurrió a Jason Doyle.

-Sí.

-Pero Jason Doyle está en otro lugar. Es un alma.

-La mayoría de los humanos no creemos que exista un más allá, Strung.

-¿Tan ciegos estáis?

-Cuando alguien se muere, desaparece y ya está.

-Una cosa es que desaparezca y otra diferente es que ya no esté en otro lugar.

-Para ti es fácil afirmarlo, Strung. Para los humanos que no son creyentes, no hay otro lugar.

-Entonces... Yo mismo, ¿de dónde he salido, Jany?

-Del Sol, ¿no?

-¿Ves? Yo estaba en el Sol, desaparecí de allí, y ahora estoy aquí.

-Pero tú no has muerto.

-No. Sólo he cambiado de forma.

-Déjalo Strung, de verdad. Ahora estoy feliz contigo a mi lado. Mañana... será otro día.

El hijo del Sol apenas podía comprender a los seres humanos. El universo era vida continua sin interrupción, y la raza de los hombres se empeñaba obstinadamente en negar lo evidente. Parecían estar limitados. Para las entidades solares, los seres humanos era una raza maldita. En algún punto de la evolución los humanos se habían separado de la evolución armónica del universo y ahora ellos mismos se maldecían, se limitaban, se autodestruían. Pero el

hijo de Sol no sabía que estaba juzgando demasiado a la ligera a la raza humana. Debería recordarse a sí mismo que cuando apenas llevaba un día y medio sumergido en la materia ya dudaba de su decisión, ya quería marcharse a su hogar. ¿Acaso sería justo condenar a la familia humana sin tener en cuenta sus limitaciones, sus sufrimientos... su vivir atormentado?

-¿Qué piensas Strung?

-En el enigma que representa para mi civilización la raza humana.

-¿Tan terribles somos?

-Ahora soy yo el que tiene miedo.

-¿Miedo, tú? ¿Un hijo del Sol?

-Sí. Miedo ante el misterio que es el dolor y el sufrimiento en la vida de un ser humano.

-Te diré un secreto, Strung.

-Dime, Jany.

-No hay sufrimiento que dure cien años.

-No entiendo.

-Pues que al final, la vida es bella y la muerte un descanso.

-Pero no hay muerte, Jany.

-Entonces... te preguntaré algo: ¿Te imaginas sufrir en la Tierra durante toda una eternidad?

-Sería terrible.

-¿Ves? Pues quizás la muerte, o la creencia en ella, es para nosotros una liberación. Al final, cuando todo se desmorona, nos morimos. Y somos libres. ¿Lo entiendes?

-Creo entenderlo.

-La vida nos encanta, el placer de respirar, de amar, de vivir, de crecer, de conocer… es algo extraordinario. Pero a cada uno de los placeres se opone un dolor, el dolor de no poder respirar, de no poder amar, de no poder vivir, de no poder crecer, de no poder conocer...

-La vida se convierte en algo terrible, en un infierno.

-Exactamente.

-¿Por qué existe la raza humana?

-Si no lo sabes tú que eres hijo del Sol, ¿cómo vamos a saberlo nosotros, simples mortales?

-Eres muy sabia, Jany.

-Nunca había pensado en lo que acabo de decir.

-¿Entonces?

-Es el brillo de tu mirada, el fuego de tu corazón lo que me hace decir estas palabras.

Quizás sus progenitores estaban equivocados-pensó Strung-.Tal vez, en el fondo, las entidades solares no querían descender a un mundo en el que el dolor era tan seguro como que había vida. Mezclarse con una raza así podía acabar destruyendo cualquier tipo de prejuicio que su civilización pudiera tener respecto a los miserables humanos.

Ellos siempre estaban en armonía con la evolución estelar, por lo tanto, nunca habían sufrido el dolor

ocasionado por la rebeldía. La raza humana, en cambio, era una raza desheredada, maligna. Sin embargo, tenía el valor de plantar cara al sufrimiento.

Jany y Strung amarraron el Phoenix y regresaron andando a casa. El hijo del Sol puso su brazo en los hombros de Jany. Ella apoyó su cabeza en Strung. Tenían un futuro.

Capítulo 45

Lucía y **J**ulio terminaron de ver el museo de Fort St. Catherine y se sentaron en un pequeño acantilado para tomarse un picnic disfrutando de Gates Bay. Después, regresaron en autobús a Hamilton. Todavía eran las siete de la tarde y aprovecharon para tomar un refresco. Se sentaron en una terraza cercana al Bermuda Canoe Club.

-¡Igualico que en Zaragoza!-exclamó Julio.

-Parecido-respondió Lucía.

-No me importaría ser uno de estos ricachones cuya mayor preocupación es averiguar qué les preparará para comer el servicio.

-¿Te imaginas? Please, bring me a tea.

-No recordaba que la señora supiese inglés.

-Disculpe, yo estudié en Oxford.

-No sé cómo un alumno tan destacado de Cambridge como yo se casó con usted.

-Usted sabrá señor mío.

-¿Le han hecho la manicura a la señora?

-Y al señor, ¿le han atusado el mostacho?

-My God, cuán vulgar es usted.

-¿No habrá pensado el señor, ni por un momento, que pertenecía a la nobleza inglesa?

-Creo que los de la esquina nos están mirando-susurró Julio.

-Los turistas americanos no hablan el español.

-¿Y si lo saben?

-Es improbable que entiendan lo que estamos hablando.

-Pues han sonreído-observó Julio.

-Te habrá parecido.

-Ya. Será que les impresiona nuestra perfecta pronunciación.

-Sin lugar a dudas.

-La mujer nos está observando detenidamente.

-Espero que no me mire a mí-dijo con picardía Lucía.

-No creo.

-¿Cómo que no crees? ¿Es que no estoy de buen ver?

-Sí. Lucía, eres muy guapa, pero creo que nos mira a los dos, le habla a su marido y se ríe.

-Les habremos caído bien.

-¿Y si son familiares de Elisabeth?

-No puede ser porque están navegando con el yate.

-Espero que no. Sería gordo que para una vez que bromeamos a costa de los ingleses ricos nos hubiesen entendido.

-Tranquilo, Julio. Nadie te persigue.

-Gracias, Lucía, por llamarme paranoico.

-El caso es que creo que tienes razón, ella nos mira.

-Por Dios, Lucía, ésta si que es buena.

-Como que viene hacia aquí-gritó alarmada Lucía.

-¡Qué fuerte! No sé si reír o llorar.

-Hola-dijo la mujer inglesa.

-Sí dígame-se levantó Julio respondiendo.

-Les he escuchado. Y me ha parecido que son españoles.

-Sí. Somos españoles-dijo Julio mientras pensaba: tierra, trágame.

-¿Son ustedes los padres de Santiago?

Lucía se levantó totalmente sorprendida.

-Sí-respondió Julio.

-Soy Rosamunde, la madre de Elisabeth.

-Encantada-dijo Lucía dándole la mano.

-¿Desean tomar con nosotros un café?

-Será un placer-respondió Lucía.

Los dos españoles fueron hasta la mesa de la esquina.

-Mi marido: John

-Julio-se presentó el español y dio la mano a John.

-Encantado-respondió el inglés.

-Lucía- besó a John.

-Siéntense, por favor-sugirió Scott.

-Creo que les debemos una disculpa-dijo Julio.

-¿Por?-preguntó Rosamunde.

-Estábamos bromeando cuando afirmábamos que habíamos estudiado en Cambridge y Oxford.

-Y ¿no lo han hecho?-preguntó con seriedad fingida Rosamunde.

-Ambos estudiamos en Zaragoza.

-Se lo decía en broma-especificó Rosamunde. Lucía y Julio sonrieron.

-Pensábamos que estarían con Elisabeth y Santiago-dijo Lucía.

-No. Les llevamos a Puerto Rico, y están por allí.

-¿Están bien?-preguntó Lucía.

-Perfectamente. Pasado mañana iremos a buscarles.

-¿A Puerto Rico?-exclamó sorprendido Julio.

-Sí-respondió Scott.

-¿Desean venir con nosotros en el yate? -preguntó con enorme simpatía Rosamunde.

-Me mareo mucho en los barcos-se excusó Lucía.

-Hacemos una cosa. Se vienen con nosotros. Mientras damos la vuelta a la isla, probamos si se marea. Si lo hace, les dejamos en Warwick Long Bay.

Lucía y Julio se miraron pensativos.

Capítulo 46

-¿**P**uedo?-preguntó Elisabeth llamando a la puerta del camarote de Santiago.

El joven se levantó y abrió.

Ambos se miraron. Y en la misma puerta se abrazaron. Ya habían pasado varias horas y no se habían visto, y lo que era más grave, no se habían tocado.

-Te quiero, Sant-le dijo Elisabeth.

El joven la tomó en brazos, cerró la puerta y la dejó con delicadeza sobre la cama.

-Creo que me recuerdas a alguien.

-Tal vez-respondió sonriendo Santiago, mientras se tumbaba junto a ella.

-¿Te está gustando el libro?

-Mucho.

-Ya te faltará poco.

-Menos de la mitad. En tres o cuatro horas creo que lo terminaré.

-¿Y mi abuela Jany?

-Parece muy real.

-Es que son reales, Sant.

-En las novelas siempre hay algo de ficción.

-Pero no en ésta.

-Observar a nuestra raza desde una perspectiva diferente a la humana es muy interesante.

-Expresa la estupefacción de un hijo del Sol ante el sufrimiento y el dolor humanos.

-Quizás nosotros estamos muy acostumbrados a sufrir. No hay momento en la vida de una persona en la que no pueda aparecer el dolor desgarrador tanto físico como psíquico.

-En cierto modo, concede a la raza humana un plus de valía.

-En otros planetas y estrellas no existe el sufrimiento.

-¿Cómo lo sabes, Elisabeth?

-Por Ómicron. En los diversos viajes que hemos realizado mi padre y yo, él nos ha mostrado otros tipos de razas.

-¿Y por qué sufre la raza humana?

-Según nos explicaba Ómicron había dos causas fundamentales: la primera por su rebeldía, la segunda por su deseo de saber.

-¿Rebeldía?

-Parecida a la que realizó en su momento Strung.

-¿Quieres decir que la raza humana se sublevó ante alguna ley universal y descendió a la materia?

-Así es.

-Pero la raza humana que vivimos actualmente no tiene nada que ver con acontecimientos pasados, en caso de que ocurriesen de verdad.

-Estás equivocado.

-La gente muere, y los que nacemos después no tendríamos por qué sufrir los errores de nuestros antepasados.

-Pero si nuestros antepasados somos nosotros mismos, entonces...

-Lo dices por la reencarnación.

-Así es.

-Es difícil de asimilar, Elisabeth.

-Es más fácil y lógico creer en que existe la reencarnación que pensar que no existe.

-Los científicos no creemos si no hay pruebas.

-Yo me baso en las afirmaciones de Ómicron.

-¿Te fías de él?

-Por supuesto, Sant. Lo mismo que de los científicos de nuestra civilización.

-Continua, por favor.

-Como te decía, la rebeldía de no seguir el camino ascendente, sino la inmersión en la materia fue lo que provocó el sufrimiento. La humanidad como entidad fenoménica fue libre de decidir. Y su anhelo por experimentar sumió sus almas en el fuego de la materia. El continuo roce de esta última y la luz de su espíritu originaron la fricción que conocemos como dolor.

-¿Y la segunda causa?

-He dicho las dos. Rebeldía ante las leyes universales y anhelo por saber y descender a las esferas inferiores.

-Parecen causas muy simples, Elisabeth.

-Están en consonancia con las leyendas y tradiciones más antiguas.

-Pero... las leyendas las forjaron simios e hijos de simios, gente sin inteligencia.

-Es lo que dice la ciencia. Sin embargo, también existe la teoría de la involución.

-No la he oído nunca.

-Evolución de la materia hacia la luz causada por la involución de las almas luminosas en la materia.

-¿Y por qué va a ocurrir algo así?

-¿Y por qué va a ser el mundo como lo dicen los científicos?

-Bueno... están en ello. Se podría afirmar que se considera correcto la explosión inicial y la implosión posterior. Primero expansión y luego contracción.

-Entonces, es algo parecido a lo que te comento...

-La ciencia no cree en las almas. No las ha visto. No las ha medido.

-La ciencia considera que no existen las entidades solares, y sin embargo, Strung existió.

-Lo afirmas tú, Elisabeth.

-Creo que te olvidas de algo.

-Es verdad... me estoy olvidando de que voy en una nave hacia el centro de la Tierra guiada por un ordenador y dos becarios-sonrió el joven.

-¿Entonces? ¿Qué tienes que decir?

-De acuerdo. Reconozco solemnemente que la ciencia no lo sabe todo.

-Así pues... podría suceder que yo tuviese razón.

-Bien. Voy a ser condescendiente por hoy-respondió Santiago.

-Como has sido bueno, te dejaré que me beses.

-Además de rebelde ante la ciencia eres graciosa.

-Por supuesto.

Los dos jóvenes miraban el resplandor de la ventana.

-Yo, como Strung y Jany, también tengo miedo, Elisabeth.

-Todos tenemos miedo, Sant.

-Ser tan inmensamente feliz estando a tu lado y pensar que en cualquier segundo todo se puede desvanecer, es algo aterrador.

-Ya lo creo.

-¿Crees que seremos siempre felices, Elisabeth?

-No.

-Entonces... ¿cómo tenemos tanto valor para enamorarnos?

-Nadie nos obliga, Sant.

-Ardo en deseos de amarte, de ser uno contigo.

-Vaya... ahora nos ha salido un rebelde como Strung.

-¿Yo soy así?

-Me temo que sí.

-Cuando estoy a tu lado, soy un fuego que me va a consumir por dentro.

-¿Ahora también eres místico?

-No te burles de mí, Elisabeth.

-No me burlo, Sant. Sólo digo lo que veo.

-Y ¿qué ves?

-Veo un alma que se esconde en un cuerpo y que arde de pasión para tocar el alma de su amada que se oculta detrás de su belleza.

-Por, Dios. Me voy a pegar fuego en cualquier momento.

-Espero que me lo demuestres y no te quedes en fuegos artificiales.

-Pero... qué mala eres Elisabeth.

-¿Yo?

-Sí, tú.

-Hace ya casi media hora que te he pedido un beso, y tú ahí, habla que te habla y todavía no has movido un dedo.

Elisabeth se volvió hacia Santiago y él hacia ella. Frente con frente, nariz con nariz, boca con boca; el aire de Elisabeth entraba en los pulmones de Santiago, y el del joven penetraba en los pulmones de la mujer. El fuego del amor recorría las venas de Santiago. Elisabeth cerró los ojos. Percibió una dulce caricia en la parte posterior de sus piernas. El final de su columna la empujó hacia Santiago. Elisabeth cerró los ojos, besó a Sant y le abrazó hasta llegar a perder la sensación de separación de sus cuerpos. Soñó que ambos eran una misma alma que se sumergía en un lago de fuego donde abandonaban cada parte de su cuerpo físico en el magma y se elevaban cual ave Phoenix sobre las crestas de las olas de un inmenso de color azul resplandeciente. Santiago sentía que moría para ella, que la entrega de su fluido vital pertenecía a un eterno momento de altruismo y generosidad al que nadie le obligaba. Era libre de entregarse, era infinitamente feliz de amar y ser amado. Era por un segundo el alma de Strung amando a Jany. Las lágrimas recorrieron su rostro al recordar que un hijo del Sol había visitado la Tierra y había amado a una mujer. ¿Y si en verdad

fuesen almas eternas que habían olvidado su procedencia, su unión etérea en la inmarcesible luz que nunca se apaga? ¿Y si fuesen el fuego de un amor que nunca se consume y que incendia las infinitas chispas que están ocultas en los corazones de cada ser? ¿Y si realmente fuesen todos los seres humanos hijos de un Dios que se rebeló y tuvo la voluntad de hacer inmortales a aquellos hombres que así lo quisiesen? ¿Y si Prometeo había robado el fuego del amor que nunca se apaga?

Capítulo 47

-¿Es casa de Jason Doyle?-preguntó una señorita por teléfono.

-Sí, diga-contestó Jany.

-¿Está Jason?

-No se puede poner en estos momentos.

-Le llama el Sr. Friedman.

-Ya le comunicaré que le ha llamado.

-Gracias. ¿Es usted su esposa Jany?

-Sí.

-Seguramente no se acordará de mí. Soy Emily, una compañera de Jason. Nos vimos en el último congreso de la empresa.

-Creo que sí.

-Le diga a Jason que todo lo que habíamos perdido en dos días, lo hemos triplicado, y todavía ha habido beneficios.

-¡Qué alegría!-respondió mecánicamente Jany como si se tratase de un sueño.

-Ha dicho el Sr. Friedman que Jason se tome de descanso los días que necesite.

-Pero... en la última conversación...

-Olvídelo. Todo se ha solucionado. Esperamos que Jason se recupere pronto y venga lo antes posible.

-Entonces... las pérdidas.

-Parece mentira, pero así es. Las acciones oscilaron bruscamente, de tal manera que las inversiones iniciales de Jason se han multiplicado. Como comprenderá estamos inmensamente felices en la empresa.

-Gracias, Emily.

-A usted, Jany. Dé recuerdos a Jason.

Strung dormía plácidamente. Parecía que su adaptación a un cuerpo físico le restaba mucha energía. Jany le besó en la mejilla y cerró la puerta del dormitorio. Estoy trabajando, vuelvo en cuatro horas, dejó una pequeña nota de recordatorio, aunque ya lo habían hablado la noche anterior.

Caminó hacia el complejo hotelero en el que trabajaba. Se sentía feliz, sonreía.

-¡Qué buen aspecto tienes!-le dijo Parker, su compañero de recepción.

-Hoy, por fin, he podido dormir después de lo de mi marido.

-Vaya susto.

-Ni te lo imaginas.

-Por aquí como siempre. Estamos en un cincuenta por ciento de ocupación, los americanos de siempre... la vida sigue igual.

-Ya llegará el verano... no te preocupes.

-Estás radiante, Jany-le saludó el director del hotel.

-Gracias Quentin.

-¿Cómo está tu esposo?

-Bien. Se está recuperando.

-Durante unos días ha sido el hombre más famoso de la isla.

-Hubiera preferido que no lo hubiese sido.

-Bueno, si ha terminado todo bien, ya está.

-En un día podía haber perdido todo en la vida.

-¡Qué fuerte!-exclamó Parker.

-Fue una suerte que pasasen por allí los pescadores.

-Cuando esté mejor Jason, les haremos una visita.

-Nos vemos, Jany-se despidió Quentin.

-Me da la llave de la habitación 503-preguntó en ese preciso momento un cliente.

-Un segundo-Jany miró a Parker.

-Aquí la tiene señor Smith-la entregó su compañero.

-Creo que es broker en New York. Menudo tiburón estará hecho-comentó Parker cuando se había ido.

-Ojalá que le vaya todo bien-le deseó Jany.

-Perdón, Jany. No me he dado cuenta. A veces hablo antes de pensarlo dos veces.

-No te preocupes Parker. Es lo que todo el mundo piensa. No has dicho nada que no sea verdad.

-Lo siento de verdad.

-Voy al baño un momento-se disculpó Jany.

La esposa de Jason Doyle comenzó a llorar. Amaba a su esposo, y ahora se estaba dando cuenta, de verdad, de que su alma se había marchado a otro lugar. Se entristeció y tuvo que dejar el trabajo y regresar a casa.

Strung la vio llegar. Supo con certeza lo que pasaba por la mente de Jany. Observó cómo le reprochó con la mirada la muerte de Jason Doyle.

-No me molestes, por favor-le dijo a Strung mientras cerraba la puerta del cuarto de invitados.

Strung sintió compasión por Jany y por todos los seres humanos. En el Sol únicamente había alegría, gozo y felicidad. Era lo más habitual. Por el contrario en la Tierra, apenas si llevaba cuatro días, y había percibido el hondo sufrimiento en el que se veían inmersos sus habitantes. Tampoco es que fuese lo habitual. Sencillamente, él había llegado en un momento de desastre familiar.

Él mismo se encontraba en un dilema. Jany le había aceptado, incluso se habían amado, y ahora ella le rechazaba. Si tal vez hubiese tenido más experiencia en la vida, habría sabido que algunos seres humanos son

contradictorios, y habría tenido un poco de paciencia. Lo justo para que ella se serenase y se disculpase. Ninguno de los dos tenía la culpa de que los acontecimientos se hubiesen desarrollado de tal forma. Quizás no debería haber dicho la verdad-se reprochó a sí mismo. En su mundo todo era transparente y no existía la mentira, pero la Tierra era un entorno totalmente diferente. Si se hubiese callado y no hubiese dicho nada, ahora en estos momentos Jany no estaría sufriendo. Sufriría porque su esposo había perdido la memoria y ciertas capacidades, pero pensaría que seguía siendo Jason Doyle. El mal ya estaba hecho. Ya no había marcha atrás. Y ahora ¿qué?, pensó. Si hubiese sido un humano se habría sentido herido en su orgullo, pues en cierto modo había mantenido con vida el cuerpo de Jason Doyle, lo que no había causado una tragedia irreparable a Jany. Afortunadamente, no lo tenía. Si se marchaba enojado y despechado también causaría un grave daño a la humana. Ambos habían sentido la inconsciencia del amor, habían sido "envenenados" por una de las energías más potentes de nuestro minúsculo sistema solar: el sexo pleno de amor. Si la abandonaba ahora, en la ruina, todavía añadiría más castigo a una mujer que lo único malo que había hecho era saber que su marido estaba muerto.

Strung sintió una profunda compasión y un gran amor por Jany. Esperaría sentado en el sofá a que ella le echase definitivamente o le admitiese.

Cuando había tomado tal decisión apareció Jany por la puerta.

-Hola Strung. ¿Cómo estás?

-Bien-respondió la entidad solar levantándose.

-Debes perdonarme, estoy hecha un lío.

-Entiendo-no comprendía la última palabra pero sí su pensamiento.

-¿Quieres que vayamos a navegar?

-Bien-respondió Strung con la esperanza de que Jany le aceptase.

-Es difícil asimilar que el alma de mi marido ya no está en su cuerpo.

-Sí.

-Y otro problema más.

Strung miraba a Jany, no sabía qué iba a decir.

-Te amo y a la vez me siento culpable por amarte cuando Jason Doyle ya no está.

-Si soy algo malo para ti, me iré, Jany.

-¿No quieres seguir conmigo, Strung?

-Claro que deseo con toda mi alma estar a tu lado, Jany.

-¿Y si en mis días oscuros te hago daño, Strung?

-Permaneceré junto a ti, Jany.

-¿Me cuidarás, hijo del Sol?

-Sí.

La mujer avanzó dos pasos y abrazó a Strung. Lloró desconsoladamente.

-No hace falta que llores más, Jany. Tu hija te necesita.

-Nuestra hija, Strung.

-Nuestra hija, Jany.

Salieron de casa y caminaron hacia los muelles.

-Se me olvidaba, hijo del Sol.

-¿Sí?

-Ha llamado el señor Friedman.

Strung miró sin saber de qué estaba hablando.

-Disculpa. El jefe de la empresa de Jason.

-¿Ah?

-Resulta que dos días después del descalabro, el valor de la inversión inicial se ha triplicado.

La cara de Strung seguía siendo la de no entender completamente.

-De momento no es necesario que te busques trabajo en el complejo hotelero.

-Pero... yo no sé si podré desarrollar los conocimientos de Jason Doyle.

-Ya.

-¿Qué haremos?

-¿Qué quieres hacer tú, Strung?

-No sé.

-¿Te gusta el océano, Strung?

-Sí.

-Surgiste del mar.

-Así es.

-Podrías aprender a manejar bien el Phoenix y alquilarlo a los turistas americanos.

-¿Y contemplar el Sol cuando se oculta?

-Pues, claro.

-¿Y podría llevarte a ti y a nuestra hija en él?

Jany no pudo contestar. Tanta inocencia había hecho que las lágrimas enrasasen de nuevo sus ojos.

-¿Te he molestado en algo, Jany?

-Al contrario, Strung. Creo que ya no podría vivir sin ti.

-¿Sabes, Jany?

-Dime Strung.

-En el interior de la Tierra, en el océano y en las cuevas de la isla hay una enorme belleza.

-Y en tu corazón, Strung.

-En la televisión he visto que a los humanos os gustan los cristales.

-¿Los cristales?

-Las mujeres se los ponen en el cuello, en los brazos y en los dedos de las manos.

-Te refieres a las piedras preciosas.

-... las piedras preciosas.

-Son muy caras, no creo que puedas comprarlas, Strung-respondió pensando que quizás querría regalarle una.

-¿Caras?

-Que cuestan mucho dinero.

-Entiendo.

-Pronto serás un experto en todo, ya verás.

-¿Te gustaría tener una?

-¿Una piedra preciosa?

-Sí.

-A todas las mujeres nos gusta la belleza de los cristales, pero yo no puedo pedir más. La paz que siento al estar a tu lado es el mejor regalo del mundo, Strung.

Strung quitó el amarre y el Phoenix se hizo a la mar.

-A primeros de Mayo comienza un curso de navegación. Seguro que lo apruebas.

-¿Apruebas?

-Déjalo... no tiene importancia-respondió Jany sonriendo y sintiendo la suave brisa del océano Atlántico.

El cielo estaba adornado por varias nubes grises y azules. El color verde de la isla se reflejaba en el mar, y el brillo inocente e infantil de los ojos de Strung alegraba el corazón de Jany.

-Los humanos también sabemos crear música bella, Strung.

-¿Sonidos?

-Sí. Sonidos que llenan el alma de luz y vida.

-Como los cristales.

-Mañana iremos al centro de Hamilton y te compraré música.

-¿Música?

-Te regalaré una canción que te gustará mucho: ***Yesterday****.*

-¿Es bella como el océano?

-Es romántica, un poco triste, especialmente en los días de luna llena.

-¿La Luna?

-Es el satélite de la Tierra. El sol de noche.

-¿La hija rebelde?

-Ahora sí que soy yo la que parezco recién nacida. No te entiendo.

-La Luna pereció por su rebeldía y su amor lujurioso.

-¿Lo dices en broma?

-No. Según nuestra civilización, el, erróneamente llamado, satélite de la Tierra contuvo, antes de que nacieran los hombres, una civilización más cercana al reino animal que al humano. Se fusionaron con entidades más bajas que ellos y tuvo que ser destruida antes de tiempo.

-Me estás engañando, Strung.

-Te digo lo que se estudia en nuestras universidades, Jany.

-¡Y decir que la Luna es tenida por la Señora de los amantes y del amor!

-La Luna es un pequeño planeta muerto.

-La Luna es un satélite de la Tierra. Es posterior a ella. Se desgajó cuando nuestro planeta era totalmente magmático.

-Entonces... estaremos nosotros equivocados-fue la primera vez que Strung utilizó la ironía.

-Vaya, aprendes pronto, Strung

-¿A qué, Jany?

-A ser chistoso, y no me preguntes qué es ser chistoso. Lo averiguas tú.

-No he sido chistoso, he sido burlón e irónico-contestó Strung sonriendo con cara de ingenuo.

-¿Me amarás esta noche, Strung?

El hijo del Sol miró a Jany y sonrió.

-¿En qué piensas Strung?

-En nada.

-¡Estás mintiendo!

-¡No!

-Sí, Strung. Me has mentido.

-No pensaba en nada.

-¿Y esa sonrisa malévola?

-No pensaba. Contemplaba tu felicidad, la mía y la de nuestra hija.

Elisabeth dormía placidamente al lado de Santiago, quien esporádicamente la miraba. No podía dejar de leer la historia de Strung. La narración le había cautivado y, la verdad, ya tenía ganas de terminarla. Apenas quedaban unas horas para llegar al centro de la Tierra, aunque si le hubiesen dicho que estaba en el centro del Sol, tampoco se habría sorprendido, pues la visibilidad

era nula. Continuaban los continuos destellos de luz que apenas se podía soportar durante unos segundos seguidos. Elisabeth se volvió hacia el otro lado de la cama, y Santiago abrió de nuevo el libro rojo y dorado de Strung.

-Creo que es allí-señaló Strung una zona rocosa.

-¿Entre The Quintons y Outer Island?

-Bajo esas rocas hay una enorme cueva subterránea.

-¿Cómo lo sabes, Strung?

-Antes de encontrar el Phoenix estuve por esa zona.

-¿Tal vez te equivocas?

-Casi lo aseguraría.

-Este verano podríamos también aprender a bucear, e incluso montar nuestra propia compañía de buceo. Los turistas que desean bucear son cada vez más numerosos.

-¿Podríamos bucear los dos?

-Espero que sí. Al menos algún día que tenga libre en el hotel.

-¿Y la niña?

-Es verdad. Se me había olvidado. Si no es muy profundo, quizás lo podríamos hacer también en Mayo.

-La entrada a la cueva está cerca de la superficie.

-Parece mentira que no la hayan encontrado ya.

-Espero no equivocarme.

-Tampoco pasa nada, Strung. Lo importante es que sigamos juntos, ¿no crees?

-Sí, Jany.

Capítulo 48

-**B**ienvenidos al Starlight-recibió con extraordinaria afabilidad y sencillez John Scott a Lucía y Julio.

-Mil gracias-respondió Lucía.

-Ya verás cómo te gusta pasar unos días-dijo Rosamunde a la madre de Santiago.

Varios tripulantes saludaron a los recién llegados. Lucía no sabía si estaba en el cielo o inmersa en una de las novelas todavía no escritas de Pilcher.

-Tal vez es demasiado para nosotros, Scott-intentó disculparse Julio.

-La felicidad de nuestros hijos es nuestra propia felicidad-contestó Rosamunde.

-Nosotros somos unos simples funcionarios españoles. Somos personas cuyos padres nacieron en el campo, nuestra infancia transcurrió entre la escuela, el río, el campo...

-¡Seguro que fue bonito!-exclamó Scott.

-En cierto modo... sí-respondió Julio.

-Tenemos tiempo. No nos importa escuchar-animó Rosamunde a hablar a Julio.

-Yo era muy travieso de pequeño-añadió sonriendo Julio.

-Pues no lo parece-respondió Rosamunde.

-No pasaban muchos días sin que mis padres me diesen alguno que otro cachete.

-¡No!-exclamó Rosamunde.

-Así era. Siempre daba una de cal y una de arena, como me decía mi madre.

-¿Qué significa?

-Pues que un día me portaba extraordinariamente bien, y al día siguiente hacía alguna travesura que les ocasionaba un disgusto o sobresalto.

-Como casi todos los niños.

-Supongo.

-Lo que hacen nuestros hijos nos parece algo especial.

-Gracias a Dios no se enteraron de algunas travesuras hasta pasados los años...

-Suele suceder... Al final parecen anécdotas graciosas.

-Creo que una de las más fuertes fue en el río de mi pueblo.

-¿Sí?

-España no siempre ha sido así, un lugar de turismo y de recreo para los extranjeros, donde los hoteles y las piscinas campean por doquier.

-Y parques acuáticos-Rosamunde era quien ejercía de interlocutora.

-Así es. En el verano todo lo que teníamos que hacer durante tres meses y medio era jugar en las calles, en los campos y en el río. Casi todos los días algún niño se llevaba una pedrada en la cabeza, se cortaba con algún alambre o se caía de algún árbol. Si se tenía buena suerte, no pasaba nada, y si se tenía mala, el detrimento físico era inevitable.

-¿No había hospitales?

-En el pueblo había normalmente dos médicos, el de siempre y el nuevo. Entre ambos debían atender a los cuatro o cinco mil habitantes. Había también dos peluqueros que a la vez ejercían de practicantes. Los recuerdo como dos personas muy amables.

-Es curioso cómo nos acordamos de nuestra infancia-exclamó Scott.

-Creo que todavía recuerdo la sensación de subir las escaleras de yeso pintado de su vieja casa. Allí aguardabas tu turno y luego te inyectaban la famosa penicilina, que tantas vidas salvó.

-Nuestra infancia aparece, en ocasiones, como un mundo de luz. Sin embargo puede que hayan ocurrido acontecimientos

extraordinariamente trágicos-añadió Rosamunde recordando parte de su historia.

-Estamos hablando de que-continuó Julio que no se paró a pensar en lo que había querido decir la inglesa-cuando se iba al practicante era porque se estaba enfermo y sin embargo hasta tan nimios detalles aparecen luminosos.

-La vida es curiosa. Se almacena en nuestro cerebro como escenas de una película. Los héroes de nuestra infancia permanecen en la luz de nuestros benditos recuerdos...

-La barbería o peluquería era el lugar donde se contaban anécdotas: los años de frío, los amigos de los mayores, las tremendas nevadas, tormentas y heladas. Sin lugar a dudas, el fútbol era el rey.

-Siempre el fútbol, hombres-protestó con cariño Rosamunde.

-También estudiábamos con la ilusión de aprender. Con el tiempo se da uno cuenta de que es la mejor inversión que se puede hacer en la vida.

-¿Saber?-preguntó Scott

-Saber qué es el mundo o qué puede ser, intentar comprender la existencia del ser humano, por qué vive, qué futuro nos espera...

-Hay más cosas... por ejemplo el amor-intervino Rosamunde.

-Pero el amor es como si ya estuviese implícito en el ser humano, en su corazón. Sin embargo llegar a saber... es difícil conseguirlo.

-Y ¿qué es saber, Julio?

-Saber para cada persona es algo muy personal. Es llegar a una conclusión que para uno es la más pura verdad que puede descubrir. No importa si es una verdad total o no, es el fruto del estudio y de la experiencia. En definitiva, lo que uno llega a ser.

-Parece una buena definición-asintió Scott.

-¿Y qué has llegado a saber?-preguntó Rosamunde.

-Yo creo que a lo que más he llegado en mi vida es a comprender que el universo es inteligencia. Que más allá de si existe un Creador o múltiples creadores, que más allá de lo que las religiones nos intentan inculcar, el universo es inteligencia en sí misma.

-¿Y qué significa?

-En mi opinión, de simple profesor de instituto, ni siquiera de un catedrático o de un científico, definir que el universo es inteligencia es afirmar que para que ocurra algo tan extraordinario se necesita una continuidad en el tiempo, lo que nos lleva a la revelación lógica de que el ser humano como entidad inteligente, al igual que

muchas otras especies que puedan existir en los vastos espacios, son los reservorios de inteligencia que se acumulan y mantienen vivas las galaxias y los distintos universos y posibles dimensiones.

-Bella teoría-asintió Scott.

-Para mí no es solamente una teoría, más bien una realidad.

-Quizás podrías estar equivocado-intervino Lucía.

-Cuando un ser humano ha estudiado, meditado e intentado averiguar hasta donde ha sido capaz, lo importante no es si ha descubierto una realidad objetiva, sino que ha descubierto su propia realidad.

-Sin duda, no se le puede pedir más.

-Todo lo estudiado lo asimila y se vuelve creador. Creará bella música, hermosas melodías, bellas pinturas, más o menos excelsas obras literarias o de cualquier otro tipo. Él es. Su esencia inicial, más la agregada a lo largo de los años, es distribuida entre sus creaciones.

-Sin duda son sabias palabras-añadió Rosamunde.

-Nos hemos desviado de nuestra infancia-dijo sonriendo Julio.

-Quizás no tanto. Si recordamos la forma en que mirábamos las cosas que nos rodeaban en

nuestra niñez, tal vez podríamos llegar a la conclusión de que en la manera de ver de los niños permanece oculto el anhelo por evolucionar, por desentrañar los misterios de la vida-añadió Scott.

-Y quizás vez sea la tarea más importante a realizar a lo largo de nuestra existencia-continuó Rosamunde.

-Saber por saber, esa es la cuestión-corroboró Lucía.

-A veces pienso que lo que realmente quiere la sociedad es hacer máquinas que constituyan el engranaje de una cadena de producción-continuó Julio.

-En muchas ocasiones, así es-respondió Scott.

-Entonces... ¿qué queda de la vida?-preguntó Julio.

-Los seres humanos permanecemos en una serie de escalones. Desde los primates a los genios. Los minerales se convierten en plantas, las plantas en animales, los animales en seres humanos y los seres humanos en dioses-aseveró Scott.

-Tal vez sea así. Al fin y al cabo los genios que han nacido en la raza humana son semejantes a semidioses. Inteligencias que van más allá de lo común y establecen unos nuevos caminos no

transitados que nos llevan hacia algún punto desconocido.

-Así es, Julio. No te quepa la menor duda-indicó Scott.

-Creo que he hablado mucho.

-No, sólo un poco-dijo con ironía, Lucía.

-Quizás algún día se desvelen extraños misterios que demuestren la existencia de los dioses-indicó Rosamunde.

-Si tal conocimiento sirviese para que la raza humana evolucionase sería algo bueno, pero seguro que habría quien utilizaría cualquier verdad para mantener sometidos a los hombres-dijo Scott.

-No imagino qué podría cambiar la confirmación por parte de los científicos de que existiesen los dioses o los superhombres. La vida continuaría de una forma atormentada para muchos, como ya lo es ahora-dudó Lucía.

-Los grandes adelantos científicos permiten que los seres humanos puedan crecer y multiplicarse más fácilmente, sirven para que nuestra vida sea más saludable, para revelarnos los entornos en los que es conveniente vivir, aunque los perjuicios, que pueden llegar a ocasionar, también son de temer. El mal siempre permanece. Ocultos en los pliegues de la mente humana hay multitud de tendencias arcaicas que están

esperando a asomar al exterior cuando surge la más pequeña oportunidad. Y cuando ello ocurre, lo que debería ser algo beneficioso se convierte en perjudicial, y en una herramienta que puede ser utilizada para aprovecharse de los demás.

-Ciertamente-continuó Rosamunde. Los conocimientos de química, por ejemplo, pueden ser utilizados para confeccionar extraordinarias fórmulas medicinales que mejoren la salud o por el contrario para fabricar drogas de diseño.

El Starlight navegaba a toda velocidad hacia la fosa de Puerto Rico. Durante los segundos de silencio que siguieron a la última frase, la vida se escuchaba y se sentía a través de la piel de los cuatro pasajeros. Julio miró hacia el pequeño helicóptero, cercano a la popa del yate, donde permanecían de pie y hablando dos de los tripulantes.

-Sin duda, la ciencia es algo increíble-exclamó Julio.

-La ciencia es la demostración fehaciente de que los dioses existen-indicó Scott.

-Sinceramente-respondió Julio-, no soy creyente, pero la construcción de un submarino, de un avión, de un helicóptero, de un portaviones, de un ciclotrón... nos está señalando que la inteligencia existe-dijo Julio.

-Mientras tanto, la raza humana se va a autodestruir-sentenció Lucía.

-Es la consecuencia de nuestras limitaciones-respondió Rosamunde.

-De nuestro egoísmo-especificó la española.

-Yo, más bien -indicó Scott-, diría que los desfases existentes entre los seres humanos vienen determinados por el irrefrenable impulso de evolucionar. Existe vida en una rosa y en el abono que la hace surgir a la luz. Los seres microscópicos que habitan en la base del tallo anhelan ascender hasta las corolas de la rosa, y las microscópicas partículas que componen la bella flor, ansían volar a través del espacio en forma de aroma buscando los pulmones de otro ser donde quizás inicie una nueva etapa evolutiva. La partícula semiconsciente que habitaba en el limo, llega a ser el componente de una neurona que recibe el estímulo eléctrico que intensifica su propia capacidad de conciencia. Mientras tanto ha tenido que transmutarse y vencer numerosas dificultades, hasta que en sus postreros días llega a viajar por el inmenso espacio, cruza océanos y termina en el cerebro de un extraordinario científico. Es lo que ocurre con los seres humanos... desean un mundo perfecto, anhelan una vida mejor, suspiran por un universo que responda a sus deseos más íntimos, y que

probablemente vienen determinados e impelidos por las leyes universales. En definitiva, aunque los hombres no crean en Dios, en su interior luchan por ser dioses, dominar la materia y ser felices.

-Vamos, Lucía-sugirió Rosamunde-te enseñaré el barco.

Los hombres permanecieron callados. Ambos tomaban una cerveza. Julio miró hacia el horizonte. Le asaltó una débil sensación de pena. El sueño en el que permanecían se desvanecería en unos días. Aunque también recordó que pronto comenzaría el curso con alumnos nuevos y que tendría una nueva oportunidad de ayudar en cierta medida a los jóvenes estudiantes que así lo deseasen. Con tal de conseguir que dos o tres de ellos llegasen a ser hombres cultos y bondadosos, sería más que suficiente. Con ser capaz de avivar la pequeña llama de vida de algunos niños, su ansia por aprender y por ser... se daría por satisfecho.

Cuando un profesor ha tenido la suerte de seguir la vida de algunos de sus alumnos y los encuentra en la cúspide, en el cénit de su desarrollo personal, es un momento en el que llega a la convicción de que ha merecido la pena sufrir el descrédito actual de la sociedad para con los maestros y los educadores.

Gentes incultas, toscas, brutas, por muy acomodados que estén y tengan relucientes automóviles de marca, que son capaces de pegar y amedrentar a aquellos educadores que persiguen como norma general el bien de sus hijos. Cuando él era niño, los padres reforzaban la autoridad del maestro de escuela, ahora, cuando la decadencia de la sociedad es evidente, los padres no sólo desprestigian a sus profesores, sino que de vez en cuando les propinan algún golpe.

-Es bello el océano-dijo Scott sacando de aquellos pensamientos a Julio.

-Mirar hacia el horizonte es como si deseamos volar hacia otro mundo.

-Estoy de acuerdo, Julio. A veces cuando tengo un problema, paseo y contemplo la línea que divide el agua y el aire. Imagino que vuelo sobre el agua a toda velocidad, que veo pasar las olas que rozan mi piel y me dirijo hacia el Sol. Una vez llegado al corazón de nuestra estrella, me lanzo a un lago de fuego y libero mis temores entre un magma infinito que me da fuerzas-añadió Scott.

-Creo que los humanos nos limitamos demasiado y nos encerramos más de la cuenta en la vida cotidiana-respondió Julio.

-Soñar también es importante.

-Tal vez nos causa un poco de tristeza cuando nos damos cuenta de que los sueños sueños son.

-Una vez leí una frase. No recuerdo su autor pero me encantó.

-¿Sí?-preguntó Julio.

-Donde no hay sueños, los pueblos perecen.

-Parece una afirmación muy fuerte.

-Lo es.

-Está claro que el término pueblo se refiere a nación o planeta.

-Así es. Los seres humanos debemos tener sueños. Es bueno sentir ese anhelo abstracto que nos hace añorar la felicidad.

-Al estar aquí, en este maravilloso barco, se está cumpliendo un sueño-confesó Julio.

-¡Cuánto me alegro!

-¿Sabes Scott?-continuó Julio

-Dime.

-Jules Gabriel Verne intentó escaparse en un barco con apenas siete años de edad.

-No lo sabía.

-Sin embargo, a partir de que fue un gran escritor de aventuras, apenas si viajó.

-Parece algo contradictorio.

-El caso es que cuando se leen sus libros, a todos lectores nos entran deseos de viajar, de

conocer el mundo, islas misteriosas, fondos marinos, cavernas profundas llenas de magma.

-Y el hecho de estar aquí en el Starlight es como si estuviésemos inmersos en una de sus novelas-dedujo Scott.

-Así es.

-Para mí es algo muy reconfortante el hecho de saber que puedo contribuir a la felicidad de otras personas.

-Imagino que habrás tenido más de una decepción con la gente.

-Hay de todo. Es por ello que Rosamunde y yo valoramos mucho cuando encontramos personas sencillas que no persiguen ningún tipo de interés. Cuando ocurre algo así, nos sentimos más libres.

-Quizás deberíais abandonar todo esto y ser felices.

-Cada uno tiene su responsabilidad. La nuestra es poseer riquezas y utilizarlas en investigaciones científicas. Los sueños deben llegar a ser realidad.

-Es de admirar.

-Incluso en la riqueza siempre existe el dolor y el sufrimiento, el anhelo por ascender, así como la necesidad de ayudar a otros. La vida no termina

aquí en este planeta, existen otros mundos a los que algún día llegaremos.

-Sueños hechos realidad.

-¿Y el hambre en el mundo?-preguntó casi sin darse cuenta Julio.

-Hay descubrimientos científicos que pueden modificar, tal y como se puede comprobar en nuestra civilización, las circunstancias más adversas de la vida. Inventos que proporcionan un enorme bien a nuestros semejantes, gracias a los cuales millones de personas pueden llevar una vida mejor. ¿Te parece poco?

-Al contrario. El estudio de las leyes físicas es lo que nos convierte en supervivientes.

-Así es. Y todavía no se tiene en cuenta el beneficio que puede reportar una creación musical o literaria. El ser humano no es solamente un cuerpo físico. Hay aspectos que no conviene dejar de lado, como son los sentimientos, los pensamientos y el cuidado del alma.

-¡De qué le sirve a un hombre tener abundante comida si no es capaz de utilizar lo más sagrado que tiene dentro de sí mismo!

-Creo que nos entendemos, Julio.

-Sí.

Ambos miraron el horizonte. El océano era una de las más asombrosas creaciones de los dioses

desconocidos, se denominasen de una forma o de otra, perteneciesen al mundo de la abstracción científica con el nombre de leyes universales o cayesen dentro de los enunciados de cualquier religión.

El viento, el agua, la luz, el majestuoso yate, las olas, las nubes, la lluvia lejana, el arco iris... todo era un canto a la belleza, la paz y la armonía que colmaba los diminutos espacios temporales en los que los humanos se veían imbricados.

Capítulo 49

Los días, las semanas, los meses y los años pasaron rápidamente para Jany y Strung. Podría haber sido mucho peor, y haber percibido la lentitud del tiempo cuando todo va mal. Sin embargo, la relativa tranquilidad financiera de los meses posteriores a la aparición del nuevo Jason Doyle, permitió a Strung fundar una pequeña empresa turística de buceo. Si necesitaban financiación extra, el hijo del Sol, muy esporádicamente, conseguía alguna piedra preciosa que colocaba en el mercado.

Strung era un ser humano feliz. El embarazo, el nacimiento y los primeros años de su hija Rosamunde habían transcurrido velozmente, y en ningún momento había necesitado recurrir a su verdadera esencia.

Todo iba perfectamente hasta que un veinte de Septiembre de mil novecientos ochenta y dos, Strung fue a buscar, algo raro ya pues tenía catorce años, al tesoro más grande que como padre podía tener: su hija. Habían quedado en un parquecito cercano. Ella le había rogado que le ayudase a elegir un regalo para mamá.

Rosamunde salía de la puerta del colegio. Strung leía las noticias distraídamente cuando advirtió, que a la entrada del parque la seguía muy de cerca un hombre.

Decir que casi se quedó ciego ante el fogonazo que recibió a través de su frente, sería decir poco. Rápidamente se acercó a la siniestra figura que sonreía observando el caminar de Rosamunde.

En una décima de segundo había visto las intenciones de aquel humano, si de tal manera se le podía calificar. Le miró a los ojos. Sonreía con una maldad desconocida para él. Le cogió del cuello con las dos manos, apretó, dudando al principio, pero fracción de tiempo que transcurría, una nueva escena aparecía en su mente.

Salvo en alguna rarísima ocasión, su tercer ojo había quedado totalmente obstruido en el lago Kragken, por el contrario, ahora, ante la aparición de un peligro que se cernía implacable sobre su hija, vio claramente las intenciones de aquel animal. Supo que la sobaría, que la engatusaría hasta conseguirla y luego la rajaría como si de la piel de un conejo se tratase.

Strung continuó estrangulando a aquel desconocido. Había más imágenes, más ciudades, más parques, más niñas, más mujeres violadas y asesinadas. Durante el forcejeo, el extraño hombre dio con su cabeza contra el saliente de un banco de piedra del parque.

Antes de expirar, aquel demonio sonrió. Parecía decirle: nos veremos en el infierno, capullo.

El psicópata yacía muerto en el suelo. Strung no había escuchado los gritos de Rosamunde, ni había visto el círculo de hombres y mujeres que le rodeaban, ni había sentido los golpes de los dos policías que intentaron detenerle hasta dar con el rostro en la tierra.

-¡Rosamunde!-exclamó Strung.

-Papá-fue la última palabra que Strung escuchó antes de desvanecerse.

-¡Dios!-gritó Santiago, cerrando el libro de golpe.

-¿Qué ocurre?-preguntó Elisabeth que se despertó con el sobresalto de Santiago.

-No, nada... que estoy leyendo.

-Ya-respondió con cierta tristeza Elisabeth.

-¿Ya sabes por dónde voy?

-Creo que sí.

-No me esperaba nada de esto, la verdad.

-Es la vida, Santiago. A veces no es lo que esperamos.

-Joder, es que es fuerte.

-Será mejor que continúes.

-La historia de Strung no acaba bien, ¿verdad?

-Depende de lo que entiendas por bien.

-Lo que entiende todo el mundo por bien: fueron felices hasta el final de sus días.

-Ya.

-¿Y?

-¿Y qué?

-Que si me puedes decir cómo acaba.

-Pregúntaselo a Ómicron.

-Seguro que me dirá: termina el libro.

-Probablemente.

-Entonces continuaré leyendo.

-Será lo mejor.

-¡Qué dura eres, Elisabeth!

-¿Sólo porque te hago leer unas líneas?

-¡Sí!

-Entonces... te doy la razón. Soy muy dura.

-Así pues... ¿continúo?

-Ten paciencia. Falta muy poco, Santiago.

-Entonces... ya sé que acaba mal.

-¿Y no sientes curiosidad por saber qué es lo que pasa después?

-Pues que condenan a Strung a cadena perpetua.

-Ya.

-¿Ves?

-A veces se dice que no importa el final, sino cómo es el final.

-Siento pena por tu madre, Elisabeth.

-Es lo que vivió.

-¿Y tu abuela, Jany?

-Sigue y lo sabrás-respondió sonriendo Elisabeth.

-Está bien. Voy a continuar-Santiago volvió a abrir el libro por donde lo había dejado.

Los ojos de Jany escrutaron los de Strung. Uno frente al otro. Apenas si se podían tocar con los dedos de la mano a través de los barrotes. Jany lloraba. Las lágrimas resbalaban imparables por su rostro y caían sobre el suelo de la sala de visitas de la prisión de Casemates.

-Lo siento, Jany.

-Confío en ti, Strung. Sé que si lo has hecho ha sido por algo.

-Ese hombre habría matado a nuestra Jany.

-Seguro, Strung.

-Sabía que si no detenía a ese monstruo...

-Tranquilo.

-Quizás no ha sido un acto propio de un hijo del Sol.

-Sabes que no es así.

-Por muy hijo del Sol que se sea, por muy alma inmortal, no podemos permitir, si está en nuestras manos, que el mal destruya lo más sagrado y santo de nuestras vidas.

-Así es Strung. De mi corazón a tu corazón, mil gracias, hijo del Sol.

Strung miraba a Jany. Ahora era él quien no podía detener las lágrimas. Ya no podría ir a buscar a Rosamunde al colegio, ni podría estrechar entre sus brazos del dulce cuerpo de Jany, ni pilotar el Phoenix, ni bucear...

-No sé si podré resistir la prisión, Jany.

-Vamos a esperar al juicio.

-¿Crees que debo hacer caso al abogado y declararme demente?

-¿Tú qué crees, Strung?

-No lo sé. No sé mentir.

-Debes ser tú mismo, Strung.

-¿Ha podido comprobar algo el abogado que pueda desvelar los actos del psicópata?

-No. Era una persona aparentemente normal y que tenía una familia.

-¡Quizás he confiado demasiado en mí mismo!

-Tranquilo Strung... ya verás como al final las investigaciones confirman lo que tú dices.

-Pero a los ojos de la ley humana... o soy un loco o soy un asesino...

-Eres un hijo del Sol, Strung. Lo has demostrado desde el primer día en el que te conocí.

-Jason-es la hora-indicó el guardia.

Strung tocó con los dedos la suave mano de Jany. Strung no sentía compasión por sí mismo, sino por Jany y por Rosamunde... Quizás debería haber salvado a su hija y que el psicópata quedase libre... no, por Dios, pensó, habría matado a más niñas inocentes.

-Jany, te quiero-gritó unos segundos antes de desaparecer de la sala de visitas.

-Debes estar orgullosa de tu abuelo-dijo Santiago sin cerrar el libro.

-Así es. Le amo profundamente.

-El mundo debería estar gobernado por hombres así. Hombres y mujeres que tienen poder, sabiduría y corazón. No por gente mediocre que utiliza el poder para conseguir placer, y que son tan débiles que no hacen lo que es necesario para salvar a la raza humana.

-Gracias, Sant.

-El mal se escuda en la complejidad de las leyes. Se inventan mil recovecos para que la verdad y la justicia no prevalezcan. Seguro que hay cientos de casos que se libran de un castigo por triquiñuelas jurídicas. Asesinos malvados y reiterativos que entran por una puerta y salen por la otra...

-En muchas ocasiones, las personas honradas estamos indefensas ante la astucia del mal.

-También es verdad que la justicia nos ampara, pero, que hay agujeros por donde se escapan algunos, no hay duda.

-No es lo mismo cometer un delito por error, por una irresponsabilidad puntual, por una obcecación, que otro realizado a propósito y con calculada frialdad.

-Creo que Strung no tuvo otra salida. Si era capaz de ver el pasado de aquel individuo y el terrible propósito que albergaba en su mente, si además comprendió instantáneamente que el psicópata mataría a su hija, y continuaría reincidiendo, y si además el asesino tenía la habilidad de borrar las pruebas para quedar impune delante de la justicia... está claro. Strung hizo lo que tenía que hacer.

-Me alegra enormemente que lo comprendas, Sant.

-Es lógico ¿no?

-Hay algunas personas que son, a sabiendas o no, unas hipócritas. Seguro que dirían que defenderse de un asesino psicópata era no tener corazón. Que habría que perdonar. Que no serían capaces de reconocer públicamente que si su

propio hijo o hija estaban en peligro e iban a ser violados y luego asesinados, ellos también pensarían que era justo defenderse. Ya sabes... lo políticamente correcto. Una forma de engaño y de autoproclamarse superior a los demás. Pero si te fijas, en las películas y en las novelas, la gente sencilla admira a los héroes capaces de enviar al otro lado a los malvados. En algunos filmes, el guionista evita que el héroe se manche las manos, y que sea un destino ciego el que hace que el asesino muera, no quieren asumir que el ser humano sabio y poderoso puede ser también un instrumento del destino.

-Claro que una sociedad que se tomase la justicia por su mano llegaría al caos-respondió Santiago.

-También es verdad. Pero en el caso que estamos tratando, si Strung hubiese evadido su responsabilidad, salvando a su propia hija y dejando al asesino suelto... ¿qué habría pensado el padre al que, por la negligencia de un hombre sabio, hubiesen violado y matado a su hija?

-Se nota que has pensado sobre ello, Elisabeth.

-Estamos hablando de mi madre y de mi abuelo, ¿no?

-Así es.

-Apenas nos quedan unas horas para llegar al minúsculo agujero negro que hay en el interior del núcleo terrestre. Me gustaría que terminases la historia-cortó Elisabeth sonriendo.

-¿Agujero negro? Estás bromeando ¿no?

-Venga... lee y no preguntes tanto.

-Eres muy mala conmigo... Elisabeth.

-¿Quien? ¿Yo?

Elisabeth cerró la puerta y se fue a su habitación riéndose por la cara que había puesto Sant.

-¡Asesino!

-¡Canalla!

-¡Te esperaremos cuando salgas a la calle!

-¡Has dejado una familia destrozada, sinvergüenza!

Fueron algunos de los insultos con los que varios de los familiares de Jack White, el asesinado, recibieron a Jason Doyle.

Strung salió del furgón que le trasladaba desde la penitenciaría a la corte de justicia. Un hijo del Sol se sometía a las leyes de la Tierra, sus ojos permanecían entrecerrados. Sólo él sabía que era inocente ante las leyes divinas, ante las leyes que protegen a los más débiles, aunque ante los hombres fuese un vulgar asesino. Las lágrimas asomaron por su rostro cuando observó a su amada esposa Jany. El juez dio por comenzado el juicio.

-Cuéntenos qué ocurrió el pasado veinte de septiembre-preguntó el fiscal.

-Estaba sentado en un banco del parque leyendo el periódico. Esperaba que llegase mi hija del colegio.

-No tenía nada que hacer.

-No le entiendo.

-Si todo lo que tenía que hacer en la vida era esperar a su hija en el parque. En definitiva, si no tenía que trabajar como cualquier hombre honrado de nuestra isla. El fiscal ya había tomado la determinación de condenar a aquel sanguinario asesino.

-Habíamos quedado para comprar un regalo a su madre. Por la tarde tenía que llevar en el Phoenix a varios turistas y bucear con ellos.

-Es decir que se dedica a hacer excursiones, a pasarlo bien.

-Es mi trabajo.

-Trabajo duro, realmente.

-Un trabajo digno.

-Un trabajo digno es un trabajo que mantiene a un ciudadano ocupado diez horas al día, y no aquel que simplemente consiste en salir de vez en cuando al mar.

-Los turistas están contentos con nuestro trato.

-Ya. Pero nada más que pudo abandonó su trabajo de analista financiero para dedicarse a un trabajo, digamos, menos agotador.

-Así lo decidimos mi esposa y yo.

-No veo qué tienen que ver estas preguntas con el caso-protestó el abogado defensor.

-Denegada la protesta-indicó el juez. Veamos a dónde quiere ir a parar el señor fiscal.

-Quizás nos pueda decir el acusado, Jason Doyle, cómo pasan las tardes y las noches algunos de sus famosos turistas.

-No sé. Yo les llevo a bucear y eso es todo.

-Ya, pero es de dominio público que después de las inmersiones, algunos gustan de utilizar ciertas sustancias estupefacientes.

-Le digo que no lo sé.

-Está bien, por el momento no haré más preguntas.

-Díganos con sinceridad qué es lo que ocurrió aquella mañana del veinte de Septiembre del año en curso-preguntó su abogado defensor William Bradbury.

-Como estaba diciendo, esperaba a mi hija. Algunas niñas con sus madres estaban al otro lado del parque. Al mirar hacia mi hija observé que un hombre la seguía de cerca. Era tan extraño que me llamó la atención. Su forma de mirar, su manera de fumar... había algo que no encajaba.

-¿Qué le impulsó a dirigirse hacia él?

-Mientras le miraba a la cara, una luz cruzó mi mente. Estaba teniendo una visión. Sabía qué estaba pensando.

-Protesto-gritó el fiscal-Nadie puede saber lo que otra persona piensa, en todo caso lo supuso.

-Aceptada la protesta.

-Bien. Continúe, Jason.

-Percibí claramente cómo aquel hombre estaba pensando en violar a mi hija y matarla después, no sin antes haberla despellejado como a un conejo.

La gente exclamó aterrorizada.

-Silencio-se impuso la voz del juez.

-Continúe, por favor, Jason-le animó el abogado.

-Estaba seguro de que aquel hombre llevaría a cabo su pensamiento.

-Protesto-gritó enfurecido el fiscal-. No hay nadie que pueda afirmar tal necedad.

-Aceptada la protesta. Deje que el acusado termine su declaración.

-Aterrorizado por lo que acababa de saber, me acerqué hasta aquel hombre, le cogí por el cuello, él sonrió, era como si se riese de mí. Sabía, estaba seguro, de una forma tan clara e inconfundible que aquel hombre asesinaría a mi hija de catorce años que apreté fuertemente su cuello. En lugar de mostrar miedo, continuó pensando en todos los asesinatos que había cometido. Le estaba estrangulando y cada vez aparecían más mujeres a las que había violado y asesinado. Era como si rememorase lo que más le había gustado hacer a lo largo de su miserable vida. Dudé un segundo. Quizás me estaba equivocando, o aunque no me

equivocase yo, quizás no actuaría en el futuro de una forma tan criminal. Pero aquel individuo se obstinaba en recordar cada una de sus maldades. No resistí más y en el forcejeo, cayó sobre un banco de piedra y ya no se levantó.

-No hay más preguntas por ahora-terminó William Bradbury.

Las exclamaciones de la sala se mezclaron, y más de uno gritó: asesino, criminal, miserable.

-¿Podría el acusado darnos alguna pista para que pudiésemos identificar alguno de los actos que creyó ver con su mente?-comenzó de nuevo el fiscal.

-Es lo que intento averiguar, pero los lugares son desconocidos para mí.

-¿No puede citar alguna montaña, algún lago, algún edificio que nos indicase que lo que usted ha soñado es verdad?

-No.

-Claro. No puede indicarnos nada porque tales imágenes sólo están en su mente.

-Quizás son de otro país... no sé.

-¿Una persona como usted, analista financiero que ha viajado a multitud de poblaciones, que conoce nuestras islas, que ha visto televisión, periódicos, películas... no es capaz de darnos una idea del lugar en el que el supuesto asesino, según usted, y le recuerdo que en realidad es el asesinado, ejecutó tan terribles injurias contra las mujeres?

-No conozco tantos lugares como usted indica.

-Ya... ¿Y no será que, al igual que algunos de sus clientes que fumaban "maría", en aquel momento estaba fuera de control?

-¿María?

-Vaya. Ahora el señorito no sabe qué es "maría"

-No.

-Va y me lo creo.

-Protesto-gritó William-. El fiscal está prejuzgando de antemano a mi cliente.

-Denegada la protesta.

-¿No será que además de bucear, suministra estupefacientes a sus ricos clientes?

-No.

-¿No será más cierto que parte de su riqueza viene del contrabando de la droga?

-Protesto-volvió a gritar William-. Nadie ha demostrado que algo así haya ocurrido.

-Denegada la protesta.

-¿No será que en realidad usted estaba "colocado"?

-No. Yo nunca he tomado ningún tipo de droga.

-Vaya... ahora el analista financiero nos va a hacer creer que en sus incursiones por las Islas Caimán no recurrió a ningún estimulante para marcharse con alguna fulana, como es lo habitual.

-Protesto-dijo William

-Denegada la protesta.

-Y no será que la verdadera realidad es que su mente está quemada por la droga y que vio alucinaciones cuando lo único que tenía delante era un hombre honrado que entretenía el tiempo, y que casualmente pasaba por allí.

-Lo que percibí era real.

-Claro, tan real como los alucinados que escuchan voces y asesinan al primero que pasa por la calle. Tan real como los que oyen 'mata', 'mata'...

-Tengo la habilidad de saber qué piensan los demás.

-Yaaaaa -gritó el fiscal mirando al público.

-Le digo la verdad.

-Entonces... sabrá en qué estoy pensando ahora mismo.

-En nada.

-Genial... Hasta un niño de tres años podría responder así.

-Digo yo, que como mínimo estaré pensando en lo que digo.

-Sí. Pero no refleja una imagen distinta de la que nos rodea. Por lo tanto se puede decir que en nada.

-Además de alucinado, le gusta la verborrea.

-No entiendo.

-Que engaña con sus palabras misteriosas al público.

-No sé engañar.

-Bien... cada vez me lo pone mejor. No sabe qué es la "maría", no sabe engañar, adivina el pensamiento, asesina a un individuo... y fue un embaucador analista

financiero... la escoria humana, los que provocan el crack de la bolsa y la ruina de las naciones... -¿Qué más excusas nos pondrá un individuo de la peor calaña como es usted?

Strung recordaba su antigua vida en el Sol, su entrada en el lago Kragken, su reencarnación en el cuerpo de Jason Doyle, su amor por su esposa Jany y por su hija Rosamunde. Por más que dijese nadie le creería.

-Le diré algo. El asesinado, la víctima, Jack White, era una excelente persona; un extraordinario comercial de una de las más importantes empresas informáticas del mundo, un entrañable padre de familia con dos hijos. Ni la más mínima disputa con su esposa. Ni el menor atisbo de utilización de la fuerza con sus dos niños. Asiduo colaborador en campañas sociales. Él sí que era un intachable ciudadano al que un hombre sin escrúpulos financieros o de cualquier otro tipo, como usted, arrebató la vida.

Cualquier cosa que hubiese dicho Strung como mucho-ya se lo había indicado su abogado defensor- le conduciría a ser acusado de asesinato, pero no pudo callarse.

-Le gusta ponerse ropa de mujer-lanzó a los cuatro vientos Strung.

-¿Qué dice?-preguntó con los ojos desencajados el fiscal, al escuchar en público lo que tanto ocultaba al mundo.

-He dicho que le gusta ponerse las braguitas de sus amantes.

-Vaya... ahora intenta engañar al jurado.

-No.

-¿Quiere decir que ahora llevo una prenda femenina puesta?

-No.

-Claro. Además de asesino y drogadicto, es un impostor y un desestabilizador del orden social. No haré más preguntas.

El fiscal miró a Strung. Los ojos enrojecidos por la ira estaban a punto de estallar. Sintió que la sangre le hervía en las venas. Percibió que el corazón había acelerado su velocidad. Se sentó, bebió un poco de agua, y respiró como si no hubiese sucedido nada.

Los testigos habían visto todo. Los policías habían intentado detener a Jason Doyle y confirmaron lo que varias mujeres declararon. El juicio estaba visto para sentencia. Cadena perpetua por asesinato.

Santiago no sabía cómo iba a acabar aquello, pero no pintaba bien. Cabía la posibilidad de que Strung viviese todavía, se dijo. Si por entonces tenía treinta y cinco años, actualmente rondaría los ochenta. Pensar tal cosa le ocasionó un nuevo sobresalto. Le encantaría conocer un hijo de las estrellas en un cuerpo humano. ¿Habría salido ya de la cárcel? Siempre hay alguna forma de poder cambiar la cadena perpetua por otra menor, gracias a algunos beneficios por buen comportamiento... o

la pena de estar encerrado ¿le había causado la muerte?

Capítulo 50

Canción de un hijo del Sol

Detrás de tan fríos barrotes y densos muros,
permanezco enterrado en vida.
Yo, un hijo del Sol que volaba libre entre los planetas de nuestro sistema,
una entidad solar que no conocía la muerte, el dolor o la angustia,
un ser inmortal que evolucionaba hacia la ascendente e inmarcesible sabiduría,
siento el terrible frío y la penetrante humedad de un oscuro averno,
al que he descendido, desoyendo los consejos de los rectores de nuestra estrella.

No sé si maldecir el día en el que encerré mi cuerpo de energía,
en los densos magmas de lago Kragken.
No sé si ha merecido la pena sucumbir a tan honda melancolía,

en la que mi alma se sumerge día tras día.

Miro los puños que apretaron la garganta del terrible humano,
y pienso que quizás debería, hacia otro lado, haber mirado.
Las gruesas gotas de lluvia se deslizan hasta esta celda, estrecho habitáculo,
y mi corazón se empapa de los más negros presagios.

¿Dónde están las fuerzas de un ser inmortal?
¿En qué lugar lejano, mi amado Padre se ha quedado?
De mis hermanos, aquellos que habitan sobre los excelsos tronos dorados,
residentes de una distinta dimensión, me veo segregado y abandonado.
¿Volveré algún día a ver sus rostros de brillo inmaculado?
No sabía, o quizás había olvidado, que este planeta está bajo un terrible hado.
Ahora, que para evitarlo ya es tarde, mis ojos permanecen nublados.
No distingo si camino hacia arriba o hacia abajo, si después de un sorbo tan amargo

seré capaz de encontrar el sendero de luz que me devuelva a mi hogar amado.

Los grilletes que aprietan mis manos, los golpes que continuamente recibo,
bien sean de los altos señores o de los bajos esclavos
perforan y destruyen día tras día, hora tras hora, minuto tras minuto
cualquier atisbo de divinidad que en el fondo de mi corazón apenas si hallo.

Por si fuera poco, también he perdido la escasa libertad de un ser humano.
Bucear bajo las olas, navegar a través del inmenso océano,
sentir en mi piel la dulce brisa que desde lugares lejanos llega hasta mis brazos,
dejar que mis largos cabellos se enmarañen alrededor de mi cuello,
saltar desde la proa, libre como un delfín, y por el agua salada ser envuelto.

Triste destino he elegido.
Aunque de las leyes humanas soy infractor, ninguna ley divina he infringido.
Y si en tan terrible situación me veo envuelto,

solo me queda recordar, que por amor a los humanos lo he hecho.

Aun así, percibo que la oscuridad más densa anega mi alma,
separado de mi dulce esposa Jany y Rosamunde, mi hija amada.
¡Oh Padres eternos! Vosotros que habitáis más allá del alba,
concededme poder vivir, no como un alma en pena,
sino como un simple hombre, que a los suyos anhela.

Santiago quedó en silencio. Strung ya no era un dios lejano, un ser que permanecía alejado del dolor y sufrimiento humanos. Ahora, cuando precisamente aparentaba ser más débil, estaba tomando la dimensión de un verdadero dios. Los hombres no reverenciamos ángeles puros que eviten el contacto de la vida, no queremos héroes a los que se les permita caminar por nuestro mundo sin sufrir. Tales seres no son divinos. Son simples quimeras. No son dignos de llamarse dioses. Sólo aquellos héroes que sucumben a la adversidad, que sufren indecibles dolores, y que en última instancia se sobreponen, sólo y sólo ellos son dignos de

llevar tan magno adjetivo. Strung era un hijo del Sol que soportaba las terribles pruebas de este castigado planeta, conocido en otros lugares como la estrella del sufrimiento.

-Hola, Jason-saludó a Strung uno de los presos de Casemates, cuando llevaba cuatro años y medio encerrado.

-Hola-respondió Strung.

-¿Puedo sentarme con usted?

-Por supuesto...

-Me llamo Duncan. Hace unos meses que me han trasladado aquí.

-¿Y ya conoce mi nombre?

-Todo el mundo en Casemates sabe su historia.

-Supongo que todos piensan que estoy loco.

-Cuando menos, es considerado como un poco raro.

-Ya-sonrió Strung.

-Me gustaría contarle mi tragedia. Creo que le interesará.

-Si algo nos sobra a todos es tiempo-continuó sonriendo.

-Ya lo creo. El tiempo nos consume y nos aplasta. Mientras la vida se desarrolla ahí afuera, nosotros permanecemos lejos de nuestros seres queridos.

Strung miró a Duncan a los ojos.

-No parece un preso común.

-Ni usted, Jason.

-Lo cierto es que asesiné a un hombre.

-Yo conocía a Jack White-afirmó Duncan para sorpresa de Strung.

-A veces, dudo de mi acción.

-Probablemente salvó a más de una mujer de sus garras.

-Ojalá estemos en lo cierto-Strung contestó doblemente sorprendido.

-Hace aproximadamente cinco años y medio, yo era una persona que tenía todo lo que se puede pedir en la vida: una esposa, tres hijas, un trabajo en el que ganaba enormes sumas de dinero y relevancia social.

-Le entiendo perfectamente, a mí me ocurrió igual.

-Estaba considerado uno de los mejores comerciales del mundo informático. Jack White y yo trabajábamos para NSR, una de las mayores empresas junto a IBM. Nuestros clientes eran multinacionales y grandes empresas que recién estaban informatizando sus servicios. Nuestras grandes computadoras eran y son todavía las más demandadas en todo el mundo. Ambos estábamos en la división comercial de Bermudas, Caimán y toda la región del Caribe.

-Una zona muy amplia.

-No es su tamaño lo que importa, sino la rápida instauración de sucursales bancarias a nivel mundial.

-Parece que ambos hemos trabajado para parecidos jefes.

-Es lo que me habían dicho, que usted había sido analista financiero.

-Lo dejé, y hasta que ingresé aquí, me dedicaba al turismo.

-Proseguiré mi historia. En el año mil novecientos ochenta y uno conseguimos ser los mejores vendedores de todo el continente americano.

-Vaya.

-La compañía celebró su conferencia anual en Londres. Y los mejores comerciales de todo el mundo nos desplazamos allí. Serían cinco días de fiesta total.

-No invitaron a sus esposas.

-Había que abonar el pasaje y la estancia de las mismas, así es que la mayoría fuimos sin ellas.

-Imagino que más de uno se descontrolaría.

-Por supuesto. Yo, se lo digo de corazón, en todo momento pensé en mi esposa y mis tres hijas.

-Eso está muy bien.

-Pero... la realidad iba a ser otra. La primera noche, cuando llegamos al hotel, en el hall había varias jóvenes de compañía. Ni siquiera las miré. Bueno, las miré, pero desvié la vista. Por la noche, justamente al otro lado del tabique se escuchaban los gritos de una mujer llegando al orgasmo.

-Entiendo.

-La siguiente noche tampoco caí en la tentación.

-Pero, los seres humanos son débiles.

-Jack sonreía cada vez que nos veíamos a la mañana siguiente. Parecía decirme: eres tonto, no sabes lo que te pierdes.

-¿Tuvo él algo que ver con lo que ocurrió después?

- Te invito, me dijo Jack cuando llegábamos al hall.

-Tengo mujer e hijos-le respondí.

-Yo también.

-Amo a mi familia.

-Y yo-sonría de una forma extraña. Parecía el mismo demonio.

-Conocí la misteriosa sonrisa.

-Era diabólica.

-Creo que no hay una expresión que defina mejor lo que al parecer ambos hemos visto.

-Se dirigió hasta donde se encontraban dos señoritas. La verdad, sus minifaldas apenas cubrían su ropa interior y su sonrisa era la de dos sirenas.

-¿Cuánto por las dos?-preguntó Jack White

-Mil libras.

-¿Algún límite?-preguntó como si de un experto se tratase.

-Cariño...por ese dinero nos podéis hacer lo que queráis.

-De acuerdo-contestó Jack.

-En aquel instante sentí que mi boca se secaba. Se aceleraron las palpitaciones del corazón que llegaban hasta

la garganta. Pensé que me desmayaría allí mismo. Y a la vez, percibí una atracción que no podía resistir.

-Caíste-intervino Strung.

-Ya lo creo que caí. Estoy aquí en Casemates.

-¡Dios!-exclamó Strung.

-Los cuatro subimos en el ascensor. Jack no mostraba el más mínimo pudor. Le sobaba los pechos con las manos. Incluso sacó uno y lo relamió.

-Y en el juicio decían que era un excelente padre de familia.

-Un santo varón.

-Entonces... quizás no me equivoqué.

-Le dio su merecido. No le quepa duda, Jason.

-No sabe lo que me consuelan sus palabras, Duncan.

-Aunque no lo crea, yo siento profundo respeto y agradecimiento por su heroica acción.

-Tal vez habría habido otra salida-se lamentó Strung.

-No la había, créame.

-Si le hubiese denunciado...

-Sabe mejor que yo que no se puede denunciar por pensar.

-Ya.

-Como le decía, yo estaba muy nervioso. La mujer me rozó levemente en el ascensor y pensé que me daba un infarto.

-Vaya, vaya... eres un poco tímido-me dijo sonriendo la mujer de compañía.

-Es que nunca he engañado a mi mujer-contesté.

-Vamos Duncan. Alguna vez tiene que ser la primera, ¿no?-se burló diabólicamente Jack.

-No te preocupes... que yo te enseñaré-me dijo la joven volviéndome a tocar suavemente mis partes.

-El ascensor llegó al sexto piso. Parecía que el destino estaba escribiéndose en aquel instante. Observé sin darle la mayor importancia al número de mi apartamento, el 666. Jack tenía el 667. Las terrazas estaban separadas por un diminuto muro. Y este detalle es algo que solamente, mucho más tarde, aquí en la prisión, a lo que concedí la importancia que realmente tenía.

-Aprovecha, Duncan. Sólo ocurre una vez en la vida-me dijo entrando con su acompañante en la habitación.

-Unos minutos más tarde, el chico de las habitaciones nos subió dos botellas de champagne.

- Y perdió el conocimiento.

-Si sólo hubiese sido eso... Cuando me desperté, estaban aporreando la puerta y la joven, muerta y ensangrentada yacía sobre mí. En la mano tenía el sacacorchos y la piel de la joven mostraba claramente todo tipo de pruebas en mi contra, semen por los pechos y el pubis, arañazos, pelo, saliva y huellas por todo el cuerpo. Había sido estrangulada y penetrada y no había rincón en el que no estuviese implicada mi propia identidad. Ni

siquiera pareció necesario en aquel momento analizar la vagina.

-Y ahora... está aquí.

-Así es.

-¿Y Jack?

-Se había preocupado muy mucho de tener coartada en todo momento.

-Pero... usted, Duncan, tiene la firme convicción de que nunca hizo nada malo.

-Exactamente. Recuerdo que bebí champagne, que la mujer me hizo tener placer dos o tres veces sin entrar dentro de su cuerpo... yo no era nada más que un ignorante aficionado que se sentía culpable de engañar a su esposa, un juguete en manos de una profesional que derretía a su cliente con sus simples susurros al oído.

-No tenía maldad.

-Y ahora viene lo más interesante, tanto para usted como para mí.

-¿Sí?

-En cada ciudad en la que se había celebrado el simposio de la empresa, antes de la muerte de Jack White, durante los cinco días que duraba, siempre había habido un asesinato de una mujer, precedido de su violación.

-¡Dios!

-Así es.

-Pero... Jack...

-Él estuvo en todos. Es más, en el único al que no asistió, en la ciudad de Toronto, no ocurrió nada.

-¿Y cómo lo ha sabido?

-Cuando llegué a la conclusión de que quizás había sido él, tuve que averiguar dónde habían acaecido las celebraciones de la empresa y comprobar los periódicos de los cinco días que envolvían al acto.

-Entonces... usted, Duncan, está en prisión injustamente.

-Así lo creo.

-¿Y no lo ha dicho a nadie?

-Mi mujer y mis hijas me abandonaron, mis padres murieron, no tengo dinero... sólo me queda la vida en esta terrible prisión.

-Quizás mi esposa y mi abogado podrían ayudarle.

-Es el segundo motivo por el que se lo he relatado. Usted tiene cierto desahogo económico, y su esposa todavía le ama. El primero era simplemente mostrarle mi más profundo agradecimiento por evitar que un criminal siguiese violando y asesinando.

-Tal vez podamos beneficiarnos ambos. Sería extraordinario.

-Ya lo creo.

-Duncan-recalcó Strung levantándose del banco en el que estaban sentados los dos presos.

-¿Sí?

-Haré todo lo que está en mi mano para sacarle de aquí.

-Gracias, Jason.

-Quizás las nuevas técnicas forenses puedan aportar evidencias de su inocencia. En Reino Unido ha sido capturado el primer violador gracias a un análisis del ADN.

-Ojala que Dios le escuche, Jason.

Menos mal que ha tenido un poco de suerte- pensó en voz alta Santiago, y continuó leyendo.

Era el tres de mayo del año mil novecientos ochenta y nueve cuando Jany, Rosamunde y Duncan estaban esperando que Strung saliese por la puerta de la prisión de Casemates. Habían sido siete años extraordinariamente duros para ellos. El caso de Duncan había dado un giro de ciento ochenta grados cuando se demostró que el ADN de Jack White se encontraba en cinco cuerpos distintos a lo largo de casi toda la geografía mundial. Si alguien había llegado hasta el culmen del acto sexual con cada una de las cinco mujeres, había sido White. En el caso de Duncan, únicamente se habían evidenciado pruebas externas. Se había dado por hecho que no era necesario analizar más detalladamente lo que mostraban las pruebas más evidentes. Cuatro asesinatos que permanecían sin resolver fueron atribuidos a Jack White y el quinto, que se había endosado

a Duncan, también. La justicia se veía en la obligación de revisar el caso de Jason Doyle. A posteriori se había demostrado que el asesinato podía ser considerado como en defensa propia, puesto que su hija podía correr verdadero peligro. No hubo revisión del caso. No podía ser causa de jurisprudencia. Ello habría significado que pensar podía constituirse en acto delictivo, lo que era un absurdo, dada la condición de ceguera humana, pero la demostración de que Jack White era un psicópata asesino, ayudó a mitigar la pena asignada a Jason Doyle. Desde que habían ayudado a Duncan, éste se convirtió en hombre profundamente agradecido que ayudó con los turistas a Jany durante los tres últimos años.

Strung salió, Rosamunde se abalanzó sobre él y le abrazó entre sollozos. A continuación se abrazó Jany. Y así permanecieron cerca de tres largos minutos. Por fin, caminaron los tres juntos y Duncan condujo el automóvil hasta Hamilton.

-Me alegro de verle. Gracias, señor-recibió Duncan con profundo agradecimiento a quien le había sacado de la prisión.

-Soy yo quien debe estarte agradecido, Duncan-respondió Strung tocando el hombro de su compañero de penurias.

Capítulo 51

Santiago pasó la hoja y se encontró con la sorpresa de ver que las siguientes páginas estaban en blanco. Buscó ávidamente. Deseaba saber el final, pero no había nada más. Ni siquiera un epílogo que resumiese el libro de Strung.

-Elisabeth-llamó saliendo de su habitación.

-Shhhhh-rogó silencio.

-¿Qué ocurre?

-Vamos a entrar en el corazón de la Tierra.

-Nunca había oído algo parecido.

-Ahí lo tienes. Delante de ti.

-¡Un agujero negro!-exclamó Santiago.

-Así es.

-Pero... quizás nos absorberá y no podremos salir de él.

-Es exactamente lo que queremos.

-¿Y Ómicron?

-Tranquilo... él es un experto. No hay ningún problema.

-En teoría, en el núcleo interno, únicamente debería haber hierro y níquel.

-Como dicen los snobs, en la vida todo está conectado.

-¿Con quién nos conecta?

-Con Venus-afirmó Elisabeth.

-Te estás burlando de mí.

-En absoluto, Sant.

-¿Por qué con Venus?

-Porque es nuestro Yo superior.

-Por Dios, Elisabeth. Dime algo normal.

-Vamos a los dos sillones que están detrás de los dos estudiantes.

-Nunca me acostumbraré a que ni siquiera nos miren.

-Es que no necesitan mirarnos para saber dónde estamos.

-Ah, ya estoy más tranquilo.

-Vamos, Sant, no seas niño.

-¿Y ahora qué?

-Pulsa el botón que tienes a tu derecha, sobre el reposabrazos y no te asustes.

Santiago no escuchó las tres últimas palabras. Gritó, aunque nadie le oyó. No esperaba quedar herméticamente cerrado en una coraza. Unos segundos más tarde entraron en la oscuridad que giraba un poco por debajo de la velocidad de la luz. Después de unos segundos en los que la nave pareció desintegrarse les envolvió la oscuridad. Delante de ellos, en ellos y detrás de ellos. Tras unos segundos de estupor e incertidumbre, apareció un mundo de luz violeta.

-¡Uaooo!-exclamó Santiago.

-¿Te gusta?

-Sí. Es... yo creía que Venus tenía un color más plateado.

-No todas las partes de Venus son iguales. Depende un poco de los materiales que nos rodean en cada momento. Es parecido a lo que ocurre con la atmosfera terrestre. Vista desde el espacio adquiere una tonalidad azulada, pero cuando estás en su interior, el atardecer y el amanecer toman multitud de colores.

-No entiendo lo que has comentado de que Venus es nuestro Yo Superior.

-La Tierra, por sí misma, únicamente llegó a generar inteligencia animal.

-¿Animales?

-Sí.

-¿Y los hombres?

-Los hombres eran animales en un principio. Les faltaba el ángel solar o la materia autoconsciente.

-Y Venus aportó la materia inteligente autoconsciente.

-Así es.

-¿Quieres decir que si tenemos un cerebro y una mente es debido a la influencia de Venus?

-Sí.

-Pero...

-No te lo crees.

-No.

-Normal.

-¿Entonces?

-Ya lo verás por ti mismo, no te preocupes.

-¿Veré a los ángeles solares?

-Sí.

-Cuando la Tierra había conseguido, después de multitud de fracasos evolutivos, un cuerpo que pudiese ser habitado por las inteligencias del universo, un poderoso ángel solar ayudado por cien sabios de su misma esencia llegó a la Tierra.

-Parece que hablas como los antiguos griegos. Algo así como las mitologías.

-Los ciento un seres de fuego autoconsciente llegaron a la Tierra. Gea les había rogado que la fecundasen. Y así fue. Hubo un terrible caos, fuego por todo el planeta, muchas formas fueron destruidas. Quedaron las que podrían ser utilizadas en el futuro. Los ángeles solares, materia inteligente autoconsciente, descendieron a la Tierra. Los dioses habitaron entre los hombres.

-¿Y la inteligencia?

-Al principio, los fuegos inmortales no podían entrar en los cuerpos. Los hubieran quemado. Por lo tanto, transcurrieron muchos

miles de años en los que los hombres animales cohabitaron con los seres de fuego eléctrico. Paulatinamente, la materia inteligente autoconsciente fue utilizando los cerebros humanos y modificándolos de acuerdo a su necesidad.

-Ciento un fuegos no parecen muchos para los millones de seres humanos.

-Hay hechos que no se narran en ningún lugar. Casi todo son conjeturas y lagunas. En mi humilde opinión, es probable que al principio cada uno de los señores del fuego autoconsciente habitase simultáneamente multitud de cuerpos. Si no hubiese sido así, los animales no habrían resistido el poder eléctrico. Y con el tiempo, la materia inteligente propia de la Tierra fue tomando las propiedades de la materia autoconsciente de los señores de Venus.

-Es lo que llamas la fecundación.

-La materia inteligente de Gea se transmutó en materia autoconsciente, y el ser humano apareció.

-Parece todo tan fantástico e increíble.

-Más increíble es la estructuración del código genético, y nos la creemos.

-Claro, porque lo estamos dominando.

-Quiero decir que los humanos somos tan ciegos que aún pensamos que el código genético surgió espontáneamente, al azar.

-Tal vez tengas razón... no parece ser fruto de la casualidad el diseño del código genético.

-¿Te gusta el color violeta que toma el dióxido de carbono?

-Es maravilloso. Transmite una paz extraordinaria. Ya tenía ganas de dejar de ver tanta luz. Este paisaje me gusta más.

-Entonces... salgamos...

-No me hagas reír... el dióxido de carbono no me gusta, la verdad.

-Tonto. Salgamos en los vehículos esféricos.

-Los vehículos, supongo que llevarán oxígeno.

-Hemos atravesado el magma de la Tierra, su corazón, y ahora te preocupas por el dióxido de carbono.

-Está bien... Pero que nos dé el visto bueno Ómicron.

-Tranquilo, Sant, no te pasará nada-dijo Ómicron.

-Parece que a todo el mundo le da por llamarme Sant-bromeó Santiago.

-Ómicron es de la familia-sugirió irónicamente, como de pasada, Elisabeth.

-No sabía yo que tuviese como familiar un p.c.

-Bueno... algo es algo.

-Graciosa.

-Siempre lo he sido.

-Espero que un día reveles el final de Strung.

-Lo sabrás antes de que acabe la aventura.

-Gracias, generosa.

-El vehículo está preparado, Elisabeth-dijo Ómicron. Y casi por primera vez, les observaron detenidamente Sorx y Lxunx.

-Mil gracias, gentiles dioses-se dirigió hacia ellos Santiago, sorprendido por su cambio de actitud.

-Suerte-escuchó Santiago en su interior. Uno de ellos le había hablado, después de casi siete días.

-Espero que no sea una despedida-ironizó Santiago.

-Vamos, Sant. No seas tan orgulloso. Ellos están centrados en sus cosas. No es su obligación que el señorito se sienta bien.

-Es que nunca me acostumbro a que un ser humano sea tan poca cosa para ellos.

-Es una de las lecciones que puedes aprender de este viaje. El Universo es mucho más que la raza humana. Nosotros somos como animales de compañía. Estamos ahí, y eso es todo.

-¿Tanta diferencia hay entre ellos y nosotros?

-La mayoría de las veces, sí.

-Me cae mejor Strung. Él sí que era un dios.

-Gracias-dijo Ómicron.

-Hasta el p.c. de medio mega de memoria es más comprensivo que los becarios.

-Mil gracias, señor, por tenerme en tan gran estima-respondió Ómicron.

-Gracias, pequeño chip-respondió Santiago.

-Veo que no respetas nada, Sant.

-En el fondo te estimo, Ómicron.

-¿Y a mí?

Santiago miró a Elisabeth. Su belleza era como la de una diosa. El cabello rubio y sus grandes ojos le tenían cautivado.

-A ti, te amo, Elisabeth-dijo seriamente, Santiago.

-Tengo que decirte algo, Sant.

-¿Sí?

-Es mi cuarto día de embarazo.

-Me lo creo.

-Te pregunto seriamente: ¿Deseas un niño o una niña?

-Quiero una hija de la misma belleza que tú.

-¿Estás seguro?

-Por supuesto.

-¿Sabes a dónde vamos a ir?

-Has dicho a dar un paseo.

-Sabes que te amo profundamente, Santiago.

-Sí.

-Para mí, tener una hija tuya es una de las cosas más grandes que me van a ocurrir en mi vida.

-No sé qué decir, Elisabeth. Para mí, amarte es lo más extraordinario que podía haber imaginado.

-Sé que para ti va a ser difícil de entender lo que ahora te voy a revelar.

-Dime, Elisabeth.

-Vamos a buscar el alma que otorgará vida autoconsciente a nuestro embrión.

-Pero... los humanos normales no vienen hasta Venus para que renazca un alma.

-Así es. Como norma general, las almas, las más evolucionadas de las hijas de Gea, son las que habitan los cuerpos humanos, pero en casos especiales, las almas proceden de otros planetas.

-¿Sabremos educarla?

-Por supuesto, Sant. Es por eso que llevamos muchos días probándonos a nosotros mismos.

-Quizás yo no sea el hombre que tú esperas.

-Lo eres.

-Tal vez te equivocas.

-No. No me equivoco. Tú eres el padre que deseo para nuestra hija.

Santiago se acercó a Elisabeth y la abrazó.

-Es la hora, Elisabeth. No tenemos mucho tiempo-indicó Ómicron.

Elisabeth y Santiago entraron en el vehículo esférico. Cuando partieron hacia al mar de dióxido de carbono, una luz radiante se desprendió de la nave matriz y envolvió la pequeña esfera. Los tres surcaron el océano de Venus. Llegaron a un óvalo de color azul eléctrico. Aproximadamente tendría cinco kilómetros de alto. Por lo tanto, el vehículo en el que viajaban apenas si representaba una pequeña motita en un cristal. Entraron a través de una cortina de energía. Más allá de la línea divisoria, a ambos lados, permanecían, estoicas, dos figuras gigantescas de color violeta. Entre una y otra se extendía un velo compuesto por millones de chispas eléctricas que justo cuando llegaron, dejaron un círculo por el que exactamente cabía su vehículo.

-Un océano de luz blanca-exclamó Santiago.

-Es el alma de Venus, Sant. Estamos en un lugar sagrado.

-¿Cómo sabremos qué alma elegir?

-Es la última de las pruebas. Será ella quien nos elija, Sant.

-Y si no quiere venir nadie con nosotros.

-Será un día triste, Sant. El embrión deberá morir.

-Ojalá que seamos dignos de que un alma quiera encarnar-se expresó Santiago con toda la fuerza de su corazón.

En ese preciso instante, del océano de luz inmortal se desprendió una forma blanquecina. Se acercó hacia ellos. Observó la nave, entró, miró fijamente a Elisabeth y a Santiago. Circunvaló la figura de la mujer y extendió las manos. De ellas surgió una esfera pequeña de luz blanca viviente, y la introdujo en el regazo de Elisabeth. Escrutó de nuevo los ojos de la madre, y regresó a la matriz de almas. Un hilo de luz uniría durante todo el tiempo de encarnación de la materia inteligente autoconsciente residente en la Tierra con el ángel otorgante.

-Divina deidad de Venus, gracias por el honor que nos has concedido. Rogamos que nos ilumines en el difícil camino de cuidar de una de tus hijas-rezó Elisabeth mientras la nave salía en dirección al interminable océano de dióxido de carbono.

Elisabeth se quedó dormida. Santiago la miraba. Le invadió el temor a fracasar. Los acontecimientos eran tan extraordinarios que en aquellos instantes habría preferido ser un humano más. Olvidarse de todo lo experimentado y vivir normalmente, oculto tras la inconsciencia natural de la que su raza hacía gala acerca de la esencia y la naturaleza de casi todo lo que les rodeaba.

El inmenso océano de Venus parecía cambiar continuamente de color, si bien demasiado pausadamente. Se sintió cansado. Tomó con su enorme mano los suaves y delicados dedos de Elisabeth, inclinó ligeramente la cabeza y también se quedó dormido.

Ómicron, siempre Ómicron, sonrió. Él era la energía que movía la nave, él era la fuerza que manejaba las pequeñas esferas. Él era el que era.

Los humanos apenas podían comprender cuánta era la energía que podía llegar a adquirir un hijo del Sol. Era algo normal para aquellos que algún día llegarían a ser los señores de los planetas, todavía por nacer, en un nuevo sistema solar. Su estructura fohática absorbía multitud de rayos que atravesaban todo el Sistema Solar, aunque fuese en el centro oculto de un planeta. A través de la materia siempre existían caminos de fuego, o líneas de energía, incluso desconocidas para los actuales

científicos humanos, quienes solo habían descubierto una clase de electricidad de las tres que utilizaban los ángeles solares.

Capítulo 52

Elisabeth y **S**antiago regresaron a la nave. Sorx, para sorpresa del geólogo, le recibió con gran cordialidad.

-Bienvenidos de nuevo-escucharon los jóvenes en sus mentes.

-Gracias.

-Enhorabuena Elisabeth.

-Gracias Sorx.

-Es una gran noticia para nosotros, el hecho de que una hija de Venus haya llegado a nuestra nave.

-Esperemos que todo vaya bien, Sorx.

-Seguro, Elisabeth.

-Ya sabes que la Tierra es en muchas ocasiones un planeta de gran crueldad.

-Sí.

-¿Es por ello que no os gusta relacionaros con nosotros?

-En parte sí. Evitamos el odio y el rencor.

-Supongo que según vuestra esencia es algo correcto.

-Volar sobre la luz es mejor que caminar entre el barro.

-Tienes razón.

-Sin embargo, admiramos a aquellos de los nuestros que voluntariamente se sacrifican naciendo entre vuestra especie.

-¿Las hijas de Venus tienen también relación con vosotros?

-Normalmente viven largas temporadas en el Sol.

-¿Amáis a las hijas de Venus?

-Mi joven esposa es venusina.

-Vaya, Sorx, no sabía que estuvieses casado.

-Casado es un término humano. En nuestro caso existe el término fusionado.

-¿Fusionado?

-Significa que ambas almas se funden durante un tiempo en una sola.

-Debe ser maravilloso.

-Sí. Aunque también es una responsabilidad.

-No me imagino cómo puede ocurrir algo así. ¿Quién decide qué hacer? ¿Existe cierto grado de disparidad de criterios?

-No. La fusión de nuestras almas no implica ninguna contradicción.

-Pero... dos mentes en una, dos almas en una... pueden acarrear algún tipo de bipolaridad.

-Una vez que se ha llevado a cabo la unión, el pensamiento es único.

-¿Y quién dirige?

-Las decisiones son tomadas de una forma parecida a como las toman los seres humanos. Se medita, se decide la mejor opción y se ejecuta. No existen dos voces, ni dos pensamientos divergentes, simplemente se decide de acuerdo a la esencia de la fusión de ambas mentes.

-Así pues, no se sabe exactamente por qué se toma cierta decisión.

-Algo así. Como te digo es parecido a lo que hacéis vosotros. Cuando observáis un objeto lo veis de una forma determinada. Como si fuese a través de un cristal de cierto color. El cristal esencial a través del que nosotros miramos es el cristal compuesto por ambas esencias, de donde se deduce que no se toma la misma decisión si una entidad es única o si es doble. La mezcla de las dos esencias genera una cualidad diferente.

-Creo entender. Sois como una gota de agua. Un nuevo elemento formado por dos elementos originales.

-Correcto.

-Tal vez es lo que los humanos anhelamos continuamente.

-Has acertado plenamente.

-¿Y qué ocurre cuando llega la separación?

-No es normal que nos volvamos a separar.

-¿Quieres decir que permanecéis unidos para siempre?

-Sí.

-¿Y la individualidad?

-Al principio hay cierta conciencia de la misma, pero pasados cientos de años, ambos consideran que ellos son.

-Se olvidan de su anterior esencia.

-Así es. No diferencian entre lo tuyo y lo mío, para las entidades totalmente fusionadas, sólo existe el nuestro que con el tiempo se convierte en lo mío.

-¿Y qué se gana?

-Conciencia.

-¿Se incrementa?

-Claro. La materia inteligente que se puede utilizar es cada vez mayor.

-¿Y cuando os habéis fusionado completamente hasta olvidaros de que existió una fusión?

-Comienza otro ciclo de adquisición de materia inteligente, y de nuevo anhelamos una nueva fusión.

-¿Cuál es el límite?

-No lo hay. Se puede llegar a ser una entidad tan inmensa como pueda ser una estrella.

-Entonces... ¿una estrella es una comunidad de almas fusionadas?

-Exactamente.

-¿Sois felices?

-Simplemente, somos.

-Es extraño que exista un mundo en el que el concepto felicidad no sea un regalo porque es la esencia misma de las cosas.

-No todo el universo es como la Tierra.

-Es un lugar terrible. Lleno de dolor, miseria. Parece que es un lugar de castigo.

-Algo parecido.

-El universo debería ser una escalera a través de la que se accede a distintos niveles de felicidad, sin sufrimiento ni tragedias.

-Lo es.

-Pero, la Tierra...

-La ignorancia y las pasiones de los seres humanos son las causas de su dolor y sufrimiento.

-¿No nos podremos evadir nunca de sus cadenas?

-El día que la Tierra deje de ser un mundo de sufrimiento y evolución, ya no será la Tierra.

-Parece que hablas enigmáticamente, Sorx.

-La Tierra en sí misma es bella y hermosa, sin embargo sus habitantes se encuentran muy cerca de la materia, sienten su poder y su hechizo. En el fondo, los seres humanos están encantados de sentir el agua, el calor, el viento, la humedad, aunque luego se quejen porque no quieren ser esclavos ni sufrir.

-Dejar atrás las hermosas sensaciones es algo incomprensible para nosotros.

-Así pues, ¿os gusta la Tierra?

-Dicho así, sí.

-Sin embargo hace unos minutos te quejabas.

-Claro. Es que nos gustaría sentir el placer más intenso y no conocer el dolor.

-Si se tiene un cuerpo en el que el sistema nervioso es esencial, no se puede disfrutar del placer y evitar el dolor. Ambos son sensaciones.

-¿Y vosotros?

-Se podría decir que no sentimos tanto como vosotros, y por lo tanto, tampoco sufrimos. Nuestra esencia es buscar la luz para el bien de nuestro grupo.

-Me imagino que no conoces a Strung-cambió la dirección de la conversación Santiago.

-Muchos de nosotros admiramos el arrojo que un hijo del Sol mostró para mezclarse con los humanos.

-Creía que reprobabais su proceder.

-La mayoría, sí. Por mi parte, sólo siento admiración. Es una de las causas por las que estoy aquí.

-¡Me gustaría tanto conocerle! ¡Sufrió tanto que para mí es un verdadero semidios!

-Quizás Elisabeth te podría ayudar. Ahora debo continuar con mi labor en la nave.

-Mil gracias, Sorx.

-A ti, Sant.

-Vaya, parece que ahora todos me quieren.

-Es bonito, ¿no?-preguntó Elisabeth.

-Todo lo que viene de ti, es bello.

-¿De verdad admiras tanto a Strung?

-Fue valiente para hacer lo que hizo. Lo que muchos humanos no nos habríamos atrevido a llevar a cabo, aunque en el fondo nos hubiese gustado ejecutar.

-Tal vez pueda hacer algo por ti, Sant.

-Entonces... muéstrame la parte final del relato de Strung.

-Haré algo más, Sant. Acompáñame al séptimo nivel.

-¿A la esfera dorada?

-Sí.

-Estupendo, nos despediremos de Ómicron.

-Ya sé que tienes debilidad por el p.c. de medio mega-Elisabeth sonrió.

-Bueno... le incrementaremos hasta un mega.

-¡Qué generoso eres!

-Las máquinas siempre son máquinas.

-¿Ómicron?-preguntó Elisabeth cuando tenían delante la esfera dorada.

-Dime, Elisabeth.

-Santiago admira enormemente a Strung.

-Lo sé.

-¿Conociste también a Jany?

-Sí.

-Seguro que era bella.

-Es bella, todavía.

-¡Vive!

-Jany y Strung, Strung y Jany llegaron a ser una sola alma.

-¿Puede ocurrir algo así?

-Ya te lo ha comentado hace unos minutos, Sorx.

-Pero... Jany era una humana.

-También los humanos se fusionan con los hijos del Sol.

-No sé qué puedo decir, Ómicron.

-Los milagros existen, incluso en la Tierra, Sant.

-Después de esta semana, no puedo negarlo.

Ómicron no respondió. Se hizo un silencio. La luz de la esfera aumentó la intensidad de su resplandor. De la esfera dorada salieron dos haces de luz. Eran dos espirales doradas que rotaban sobre sí mismas y a la vez una alrededor de la otra. Las espirales se convirtieron en dos figuras humanas de dos metros de altura.

-¿Strung? ¿Jany?-preguntó en voz baja Santiago.

Jany avanzó hasta Elisabeth y la abrazó. Luego besó en la mejilla a Sant y regresó al lado de Strung.

-Lo siento Strung-pidió disculpas Santiago.

-¿Por?

-Porque los humanos te hicimos mucho daño.

-En su momento tomé una decisión, sufrí, pero el dolor iluminó mi alma, me llenó de sabiduría y además encontré el gran corazón de Jany. Quizás debería pedir yo disculpas por privaros de una mujer tan valiosa.

-Siempre te recordaré, Strung.

-Nosotros, Ómicron, siempre estaremos con vosotros.

Las espirales fueron abstraídas por la esfera que volvió a tener el brillo primitivo. Santiago permaneció en silencio. Elisabeth le tomó de la mano y descendieron al primer nivel. La Tierra azul se dibujaba en el ventanal de la nave.

-Estamos llegando, Sant.

-Tengo miedo, Elisabeth.

-¿Miedo?

-De abandonar tanta belleza y excelsitud.

-No seas tonto, Sant. La sabiduría nunca nos abandonará.

-Pero... quizás la podamos perder.

-Si un día nos abandonan tan bellos momentos, es que ya no seremos nosotros.

-¿Y nuestra hija?

-Tranquilo, Sant. Nunca estará sola.

-Es bello contemplar nuestro planeta-afirmó Sant mientras observaba el espacio.

Elisabeth puso la mano izquierda sobre los hombros de Santiago. La atmósfera y el océano lucían sus tonalidades azules.

-¿Puedo pedirte algo, antes de llegar?

-Hombre... Ómicron. Te echaba de menos. Lo que quieras.

-Para el próximo viaje espero que me concedas el honor de añadirme otro medio mega.

-Hecho-respondió Santiago que se puso a llorar como un niño.

-Vaya... La humedad relativa ha aumentado-bromeó Ómicron.

-¿Qué harás, Ómicron, cuando nos dejes en la Tierra?

-Dejaré esta nave durante un tiempo y me iré a cualquier estrella por ahí.

-Da recuerdos a Strung y Jany.

-De tu parte, Jules Gabriel Verne.

-¡Qué más quisiera yo!

-Todo a su tiempo, Sant.

Cuando la nave interplanetaria llegó a los cuarenta mil pies comenzó a cubrirse de una densa niebla que la acompañó hasta posarse sobre las olas del océano Atlántico, a unos quinientos metros del Starlight.

-Estamos en casa, Sant.

-Quizás no te pueda pagar con toda una vida lo que me has entregado, Elisabeth.

-Vamos... tonto... soy yo quien estoy en deuda, tengo un amor y una hija. ¿Qué más puedo pedir?

-Regresa pronto de tu estrella, Ómicron-se despidió Santiago cuando sintió la suave brisa,

fruto del hermoso planeta en el que inconscientemente habitaban.

-Si no me traes un SIM de memoria de medio mega, no vuelvas-bromeó Ómicron.

Santiago y Elisabeth saludaron a sus padres que permanecían atónitos, especialmente Lucía y Julio.

Los viajeros que regresaban del corazón de la Tierra lloraban porque Ómicron, Sorx y Lxunx se marchaban, a la vez que sus seres queridos les recibían.

Los tres pasajeros ascendieron al Starlight, mientras el submarino era amarrado en la bodega.

Unos minutos más tarde, la niebla se elevó al cielo y se confundió con algunas nubes vaporosas que reflejaban los rayos dorados del atardecer.

Capítulo 53

El **S**tarligth surcaba el océano Atlántico hacia Hamilton. La noche era apacible. Los seis, después de casi dos horas de intercambio de experiencias, permanecían en la mesa un tanto abstraídos por todo lo relatado.

-Rosamunde-retomó la conversación Sant.

-¿Sí?-preguntó la madre de Elisabeth.

-Como ya he comentado, admiro profundamente a tus padres: Jany y Strung.

-Gracias Sant.

-El libro de Strung se corta de repente y ya no dice nada sobre lo que ocurrió después de salir de Casemates.

-Hay una segunda parte-respondió ella, sonriendo.

-Sería estupendo poderla leer-añadió Santiago.

-En ocasiones se hace difícil de entender.

-La primera parte era comprensible.

-La segunda es un tratado sobre energía espiritual, podría asegurarse que es para iniciados.

-No entiendo.

-¿Ves? Sólo he dicho dos palabras y ya no sabes exactamente a qué se refiere.

-Haría un esfuerzo por comprender.

-Vibración eléctrica de un centro de energía.

-Vaya, Rosamunde. Creo que no puede ser todo tan difícil como lo que estás mencionando.

-Tienes razón. En realidad es más comprensible de lo que aparentan mis extrañas palabras.

-Menos mal.

-Deberíamos hablar de rotación sincronizada de centros humanos.

-Por Dios, Rosamunde, ya he estudiado dos carreras científicas, aunque, es verdad que no dispondré de mucho tiempo libre dentro de unos meses.

-¿Por?-preguntó con curiosidad Rosamunde.

-No... porque ya soy un poco mayor-disimuló Santiago. En realidad había pensado que debería dedicar sus mayores esfuerzos a la educación de su hija. La mirada de Elisabeth fue suficiente para hacerle desviar la contestación.

-Parecía que lo decías por otra causa.

-Ya no soy tan joven. El aprendizaje tiene un límite.

-Aprender algunos aspectos de la vida espiritual siempre es posible.

-¿Es lo que ocurre cuando se lee la segunda parte del libro de Strung?

-Así es, Santiago.

-Parece algo atractivo-intervino Julio.

-Lo es. El mundo espiritual está ahí para ser estudiado por los científicos. Algún día lo descubrirán-respondió Rosamunde.

-¿Te lo mostró Strung?-preguntó Santiago.

-Así es. Era mi padre. Él me educó en la ciencia de los centros de energía del ser humano y en los misterios de la vida y de la muerte.

Todos miraron a Rosamunde. Lucía, Julio y Santiago nunca habían visto afirmar algo espiritual con tanta fuerza y convicción.

-Es una suerte, Rosamunde-dijo Julio.

-Todo en la vida tiene un precio. Incluso la sabiduría.

-¿Saber?

-Strung supo que Jack White era un psicópata y le costó casi diez años de prisión.

-Pero, sin lugar a dudas, salvó tu vida.

-Es cierto. Nada que objetar. Veo que has leído la primera parte-respondió sonriendo la hija de Strung.

-Quizás sufrió en Casemates mucho más de lo que se menciona en la primera parte el libro.

-Así es, Santiago. Sus primeros años en la Tierra fueron días felices y llenos de amor; lo mismo que los últimos. Pero en Casemates tuvo que utilizar todos sus recursos disponibles para no volverse loco. Amaba a Jany de una forma, probablemente, imposible de entender por un ser humano.

-¿Tan mal lo pasó?

-Durante un tiempo se vio separado de su familia solar, y por si fuera poco, privado del contacto con sus seres queridos en la Tierra. Se sintió un desheredado. Se veía a sí mismo atado a unas gruesas cadenas en lo más profundo de una cueva oscura a la que no llegaba ni el más delgado hilo de luz.

-Pero... él era un hijo del Sol. Debería haber utilizado sus poderes para sobrevivir.

-Y así fue. Lo que ocurre es que tardó unos años en comprenderse mejor, en utilizar de una forma más sabia su propio vehículo físico y por consiguiente encontrar la paz y la sabiduría perdidas.

-Sin embargo... ahora es un dios-respondió Santiago.

-Así es. Algunos de su mundo sienten verdadera admiración por él. Parece ser que desde entonces se ha reabierto una antigua vía cerrada

entre los hijos del Sol y los seres humanos. Gracias a la inconsciencia inicial y a la energía adquirida con posterioridad, numerosos hijos del Sol se están animando a descender al cielo-infierno del lago Kragken y a reactivar gran cantidad de almas humanas aletargadas por largos años de hibernación.

Un golpe de brisa fresca recordó a todos que ya era noche avanzada.

-Creo que es hora de reponer fuerzas-sugirió Elisabeth.

-Lo mismo estaba pensando-respondió Lucía.

-Entonces...es la hora de soñar-añadió Scott.

-Cuando sea su momento, te regalaré el segundo libro de Strung-prometió Rosamunde a Santiago.

-Será un gran regalo.

-No creas, añadió John Scott. Yo lo he intentado leer en varias ocasiones y siempre acabo por cerrarlo. Hay que ser muy especial para estudiarlo. Lees palabras y llegas a la conclusión de que no las entiendes.

-Gracias por todo, John-se despidieron Lucía y Julio.

-A vosotros por acompañarnos.

-Buenas noches-deseó Rosamunde.

Algunas ráfagas de viento levantaron minúsculas olas que acariciaron la quilla. El Starligth no se inmutó, continuó su rápido avance a través del inmenso y oscuro océano.

Capítulo 54

La capilla de King's College en Cambrige apenas albergaba veinte personas. John Scott y Elisabeth habían estudiado allí. El treinta de Septiembre fue el día en el que se les concedió una hora para efectuar la ceremonia. Ninguna nota a la prensa, ninguna noticia antes de la boda, ningún comentario después de ésta. La bella iglesia gótica era excesivamente grande para tan escaso público, pero si algo perseguían Rosamunde y John era no llamar la atención. A veces resultaba imposible, aunque el hecho de tener su residencia habitual en Hamilton, les salvaguardaba de los indeseables paparazzi. Ningún lujo externo era su máxima.

Salieron a las diecisiete horas de Londres en cinco automóviles, llegaron a las dieciocho horas y treinta minutos al pie de la iglesia. Se adelantó Santiago acompañado de Lucía y esperaron durante un minuto a que llegase Elisabeth y John. Entraron los cuatro juntos. Un coro formado por cinco estudiantes acompañaba los sonidos del órgano.

Elisabeth vestía muy sencillamente. Un traje blanco que finalizaba cerca de los zapatos, también de color blanco, y un velo justo hasta la cintura.

Llevaba una delgada gargantilla de esmeraldas que Strung había regalado a Jany, quien a su vez la había entregado a Rosamunde, y que hacía juego con los finos pendientes, también de esmeraldas.

Santiago vestía un traje gris oscuro, camisa blanca y corbata azul índigo.

Detrás, en los primeros bancos, estaban Rosamunde y Julio, Duncan que desde que conoció a Strung, siempre había permanecido al lado de la familia, su esposa Ann, que al demostrarse que el asesinato había sido una encerrona, le perdonó, dos de sus hijas con sus esposos y cuatro nietas. Los padres de Scott y una hermana de éstos con su marido.

Mientras el sacerdote pronunciaba un discurso, Sant se preguntó si sería capaz de llevar a cabo la misión del matrimonio. Los divorcios estaban a la orden del día. Él había renunciado a su trabajo, a su país, a la cercanía de sus padres... incluso había firmado, voluntariamente, la renuncia a cualquier tipo de compensación en caso de separación.

Era un hombre al que se le había mostrado un nuevo camino, un destino desconocido para la inmensa mayoría de los seres humanos. Comenzaría una nueva vida al lado de su esposa Elisabeth y su hija, cuando naciese, Jany. Cerró los

ojos, agradeció la oportunidad otorgada y rogó con todo su corazón a los ángeles solares que le concediesen la fuerza y la sabiduría necesarias para hacerlas felices.

-¿Quieres a Elisabeth por esposa en la salud y en la enfermedad, en la alegría y en la tristeza, en la pobreza y en la riqueza?

-Sí, quiero.

-¿Quieres a Santiago por esposo en la salud y en la enfermedad, en la alegría y en la tristeza, en la pobreza y en la riqueza?

-Sí, quiero.

Un instante precedido de muchos instantes, un segundo predeterminado por millones de segundos, una palabra de aceptación detrás de mil palabras de amor. Sabían su pasado y conocían su futuro. Su amor les conduciría hacía un tiempo inmediato desconocido, en persecución de un destino lejano inexorable, el de aquellas almas que aprenden a volar hacia su verdadero hogar en las estrellas, mientras se debaten entre la vida y la muerte, el dolor y el placer, la alegría y la tristeza, la salud y la enfermedad, la ignorancia y la sabiduría, el odio y el amor, la desgracia y la felicidad…

Juntos fueron a cenar en un reservado del restaurante-pub: The Anchor. Era en recuerdo de

Syd Barret, el creador de *Astrónomy Dómine* y componente de Pink Floyd.

John Scott, aunque un poco más joven, le había visto en más de una ocasión, tanto en su cénit como en su caída. En cierto modo le recordaba a Strung. Ambos eran hijos de dioses que suben y bajan, que, como todos los humanos, caminan por el filo de la navaja de la vida en la Tierra, planeta que externa e internamente alberga multitud de seres humanos y no humanos, y que a través de su corazón está unido a Venus, al Sol, y, por ende, a todo el universo.

Si la Tierra era considerada como la estrella del sufrimiento, en justicia debería ser también encumbrada como la estrella del amor, porque en ella se ponía a prueba el verdadero valor de los hombres, de los ángeles y de los dioses.

Para llegar a ser hombre, mujer, ángel o dios... es obligatorio pasar por tan extraño planeta, o diversos planetas de similares características que sin lugar a dudas existen en los cientos de millones de galaxias.

FIN

OBRA LITERARIA DE QUINTÍN GARCÍA MUÑOZ

Los ciclos del Planeta Andria	Novela
Iniciación	Novela
Magia Blanca	Novela
Ingrid y John o Unificación de las almas	Novela escrita con María Eliana Aguilera Hormazábal
Plaza Baquedano	Antología de autores chilenos – Con María Eliana (cuentos)
Río Bellavista	Antología de autores chilenos – con María Eliana (cuentos)
Parque Merced	Antología autores chilenos – con María Eliana (cuentos)
El Hijo de Osiris o El hombre que amó mil corazones	Novela
Cuentos de Almas y Amor	Cuentos con Salvador Navarro Zamorano e Isabel Navarro Reynés
Nueva Narrativa	Narraciones con Salvador Navarro Zamorano e Isabel Navarro Reynés
La Cueva de los Cuentos	Página web de cuentos.
El camino del Mago	(*Poemas* y prosa) *Quintín* & Salvador
Cerro Forestal	Antología de autores chilenos – con María Eliana (cuentos)
Crónicas	(*Versos* y prosa) (*Quintín* & Salvador)
Creadores de Mundos	*Poemas*
Serpiente de Sabiduría	En formato de guión

Nueva Narrativa Vol 2	Relatos con Isabel Navarro Reynés y Salvador Navarro
Lecciones de cosas	Ensayos & *poemas* (Salvador Navarro Zamorano& *Quintín*)
La mujer más poderosa del mundo	Novela Salvador Navarro Zamorano & Quintín García Muñoz
Alma	Poesía
Telepatía y Tele-energía	Ensayo
Transmutación Humana	Ensayo
Etérea	Novela
Atrapando la luz	Poesía
Hijo de las estrellas	Novela
De la Luz a la Vida	Ensayo
Micromundos	Cuentos
De amor y de odio	Novela
Viaje al corazón de la Tierra	Novela
Página web	www.orbisalbum.com

Quintín García Muñoz

LA GRAN INVOCACIÓN

Desde el punto de Luz en la Mente de Dios,
Que afluya luz a las mentes de los hombres;
Que la Luz descienda a la Tierra.

Desde el punto de Amor en el Corazón de Dios,
Que afluya amor a los corazones de los hombres;
Que Cristo retorne a la Tierra.

Desde el centro donde la Voluntad de Dios es conocida,
Que el propósito guíe a las pequeñas voluntades de los hombres;
El propósito que los Maestros conocen y sirven.

Desde el centro que llamamos la raza de los hombres,
Que se realice el Plan de Amor y de Luz
Y selle la puerta donde se halla el mal.

Que la Luz, el Amor y el Poder restablezcan el Plan en la Tierra

UNIFICACIÓN

Los hijos de los hombres son uno,
y nosotros somos uno con ellos.
Tratamos de amar y no odiar,
de servir y no exigir servicio,
Tratamos de curar y no herir.

Que el dolor traiga la debida recompensa
de luz y amor.

Que el alma controle la forma externa,
la vida y todos sus acontecimientos,
y traiga a la luz el amor que subyace en todo
cuanto ocurre en esta época.

Que venga la visión y la percepción interna.
Que el porvenir quede revelado.
Que sea demostrada la unión interna.
Que cesen las divisiones externas.
Que prevalezca el amor.
Que todos los hombres amen.